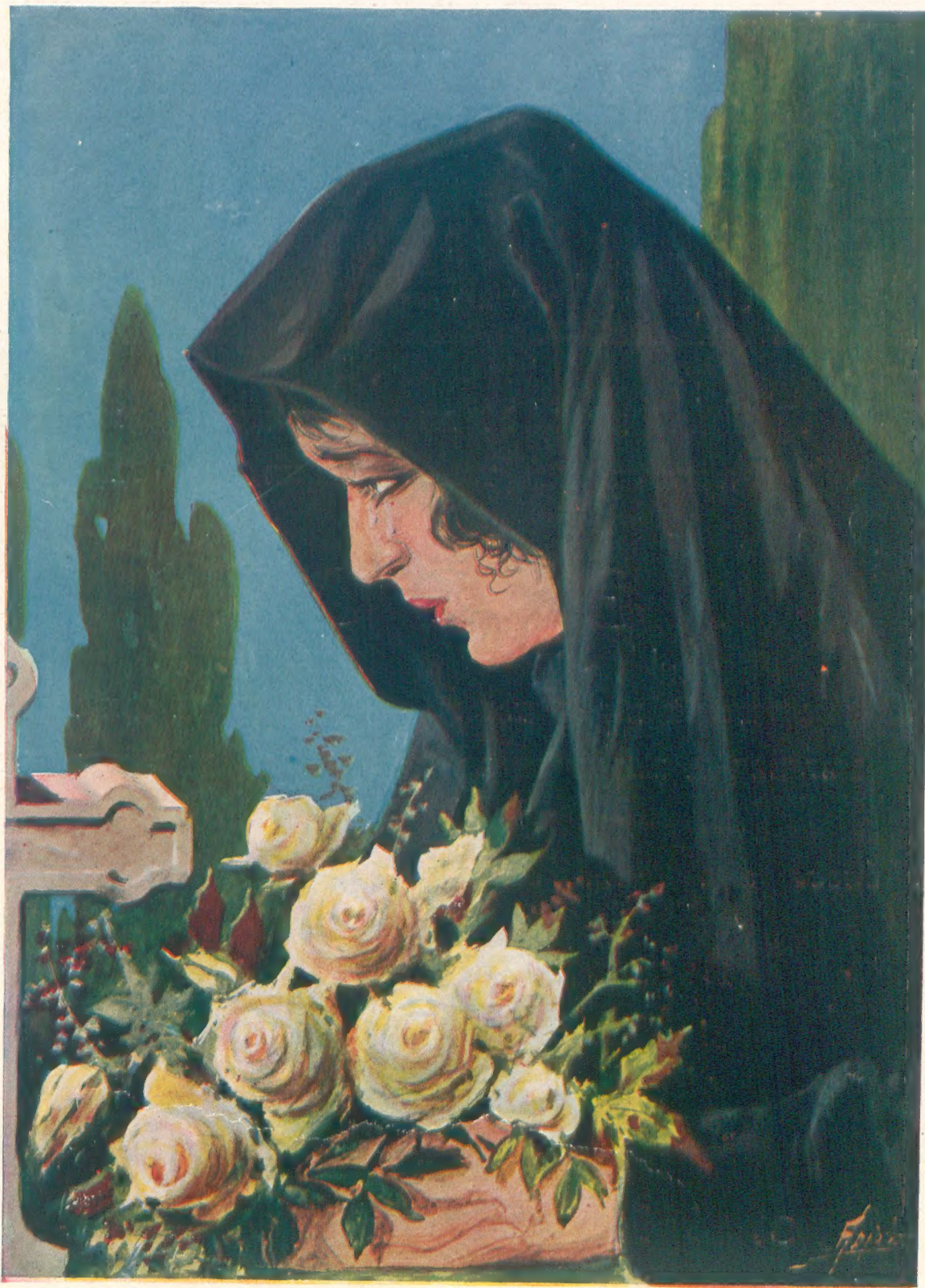


Z/13135: 15,758 (1926)

FRAY MOCHO



"La ofrenda a los que fueron"

Per ROMAS

N.º 758

No nos cansaremos de repetir

A NUESTROS ACCIONISTAS Y AL PUBLICO EN GENERAL, QUE ESTA
SOCIEDAD TIENE LAS PUERTAS ABIERTAS PARA SER FISCALIZADA
EN TODO MOMENTO

LA CONTABILIDAD, REGISTRO DE ACCIONISTAS Y CUANTO DATO
PUEDA INTERESAR AL PUBLICO, ESTA A SU INCONDICIONAL DIS-
POSICION.

La Nueva Cerveceria Argentina., S. A.

CUENTA CON MAS DE 1.600 ACCIONISTAS Y NO CEJARA EN SU
LUCHA HASTA TANTO LLEGUE A TENER

3.000

LA SUSCRIPCION DE ACCIONES SE DESARROLLA CON TODA NOR-
MALIDAD A PESAR DE LA CRISIS COMERCIAL REINANTE

Sí Vd. busca una buena colocación a su dinero, hágase accionista

**Bastan \$ 100 para estar aso-
ciado a esta noble institución**

OFICINAS:

Diagonal ROQUE SAENZ PEÑA 555

U. T. 0217 - 5049, Avenida

Los interesados por concesiones pueden solicitarlas por carta

FRAY MOCHO

Año XV

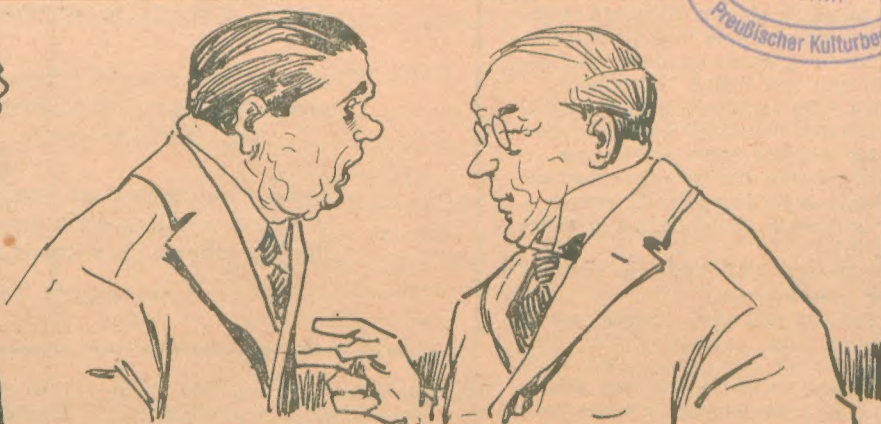
Buenos Aires, 2 de noviembre de 1926

N.º 758

Y ASI ES LA COSA, por Rojas



—La Corte de Inglaterra no ve con buenos ojos el carácter periodístico que la reina de Rumania ha dado a su viaje.
—¿Y qué hará la reina cuando se entere de eso de la Corte?
—Supongo que no le dará corta.



—El dramaturgo Linares Rivas dice que dentro de cincuenta años, todas las compañías españolas que vengán a Buenos Aires necesitarán un intérprete para que las entiendan los criollos.
—Lo que hace falta es que traigan buenas obras y buenas compañías, que de eso entendemos bastante.



—Opiniones autorizadas dicen que el equipo argentino cayó derrotado en Nuñoa porque le faltó calor, vida, espíritu...
—¿Y quiénes son esos que opinan así? ¿Cómo quieren que tuvieran calor unos muchachos que jugaban cerca de la cordillera? Antes de hablar hay que saber geografía!



—El fracaso de ciertas compañías teatrales se debe al bataclán. Ya estamos cansados de ver piernas de mujer.
—¿Y qué quieren ustedes ahora?
—Tocarlas.



—En España los mismos doctores quieren suprimir el título de doctor.
—¡Naturalmente! ¡Como que ya es doctor hasta Primo de Rivera!



Pedrito se levantó tarde, almorzó poco y de mala gana y se dirigió a su estudio con paso lento y aire distraído y de aburrimiento máximo.

Hacia más de tres meses que había recibido su título de abogado y, por consiguiente, que brillaban a ambos lados de la puerta de su casa las flamantes chapas de bronce que lo pregonaban; pero, ni por equivocación se había presentado una persona en su bufete para utilizar sus servicios profesionales.

Como en la facultad siempre había figurado en primera fila, es natural que se había forjado las más bellas ilusiones para el porvenir; y por eso cuando, ya con su título, vió pasar uno y otro mes sin que a nadie se le ocurriese encomendarle el más trivial de los asuntos, había caído en el desaliento y llegado a preguntarse a sí mismo si no habría hecho un disparate al dedicar sus energías y su juventud a la consecución de un título que, tal vez, sólo era útil a los audaces.

En tales pensamientos se hallaba sumergido cuando el muchacho que había tomado como escribiente... para cuando tuviese algo que escribir, abrió despacito la puerta—y, asomando tímidamente la cabeza, dijo:

—Doctor; ahí hay un paisano que quiere verle.

Pedrito hizo un brusco movimiento, como aquel a quien despertan de improviso, miró unos instantes al muchacho con expresión de inconsciencia y luego, volviendo a la realidad y pensando que, quizá, sería el primer cliente tan ansiadamente esperado, dió orden de hacerle pasar. Pero cuando volvió a abrirse la puerta y se presentó el visitante, sintió Pedrito la impresión de una ducha fría. El supuesto cliente era Suárez, el viejo peón de la estancia de su tío.

Con la concisión propia de los paisanos, Suárez le informó de la salud de su tío y respondió a las preguntas que le dirigió Pedrito. Después quedaron ambos silenciosos y ya comenzaba a hacerse molesta la situación, cuando Suárez, que tenía fija la vista en un ramo de la alfombra, levantó la cabeza y dijo:

—Pa lo que había venido no es cosa del patrón.

Y, hallada así la fórmula de entrar en materia, explicó en pocas palabras y con su acento dulzón y quejumbroso, el objeto de su visita.

Su hijo, Vicente, se había desgraciado. El muchacho era bueno y trabajador; nunca había tenido que ver en cosas de justicia y había aguantado cuanto puede aguantar un hombre; pero el finado, que era un crápula y las daba de guapo, juzgó cobardía la prudencia del mozo y, en esta creencia, le había tomado pa la farra. El último domingo, hacia cuatro días, estando en la plaza, le provocó de nuevo; el muchacho, cansado ya, le contestó fuerte, el bravucón levantó el rebenque para castigarle y lo demás fué cuestión de pocos segundos. El mozo se apoderó rápidamente del rebenque de su contrario y le cruzó con él la cara; contestó el provocador disparando su revólver cuatro veces, pero, antes de que pudiera hacer el quinto disparo, cayó al suelo con el corazón atravesado por el cuchillo de Vicente.

Pedrito, aunque en el fondo sintiera la desgracia que afligía al dolorido padre, a duras penas podía disimular su alegría: presentaba-

El triunfo de Pedrito

Por Emilio Vera y González

sele la ocasión de dar a conocer su talento defendiendo una causa justa. ¡Su sueño dorado! Y mientras el viejo paisano, al referirle su cuita, conservaba inalterable la grave y tranquila expresión de su semblante, Pedrito sentía animarse el suyo, brillábanle los ojos intensamente y a cada momento cam-

no creó Cervantes en vano la figura de Don Quijote. Animado Pedrito por el espíritu del sublime loco, hizo tales prodigios de elocuencia y luchó con tal entusiasmo y tanta fe, que a pesar de las marañas del sumario y de las altas influencias puestas en juego por los que a toda costa querían perder al muchacho,

En el cementerio

Junto a una cruz, al expirar el día,
una pobre mujer, de angustias llena,
sus lágrimas vertía...

Dolió a mi corazón su amarga pena
y ante el sepulcro de la madre ajena
lloré la muerte de la madre mía.

ARTURO B. PELLERANO CASTRO.

biaba de postura en su sillón. Cuando Suárez terminó, hizo multitud de preguntas y, al despedirle, le acompañó hasta la escalera animándole, golpeándole el hombro cariñosamente y prometiéndole, con acento de la más firme convicción, que saldrían triunfantes.

Por fortuna para la humanidad,

hizo triunfar a la justicia y su defendido fué absuelto.

Cuando se pronunció el fallo, Pedrito se sintió verdaderamente feliz.

Cierto que en su felicidad tenía una parte la satisfacción del brillante triunfo con que se iniciaba en su carrera; pero seamos justos con él. Hubiera prescindido sin pe-

EXISTIR

¿Existir? Sobre todo durar.

El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo. Mirad en torno vuestro y no veréis sino el designio formidable de la renovación universal.

Es para asegurar el porvenir de los gérmenes que la raíz se hunde bajo las piedras y la hoja respira. Si los árboles ensanchan su ramaje es para multiplicar con el número de frutos las probabilidades de la reproducción. Si las flores agotan en sus cálices la purísima paleta del arco iris es para seducir a los insectos y confiarles el mágico polen que engendrará las flores de mañana. Hay alas temblorosas, suspendidas un instante en un rayo de sol. Aparecen, se fecundan y se desvanecen.

Dieron la existencia casi al recibirla, pues no es existir lo que importa sino volver a existir. No es ser lo que importa sino avanzar. Y morir es avanzar a través de la sombra. ¿Por qué tejen con tanto cariño sus nidos las aves parejas que se adoran a veces con fidelidad de esposos? Porque los pajarillos al romper asustados el huevo están desvestidos e inermes; exigen protección y proteger es amar. Todo el amor, todos los amores, los que sentimos hacia los seres más extraños a nosotros, hacia los objetos inanimados, hacia lo inaccesible, lo ausente, lo difunto, lo olvidado; hasta los amores que sentimos hacia lo que no conocemos y hasta aquello mismo, que nos odia, salieron del nido, de la debilidad sagrada de nuestros niños que es preciso salvar, pequeñas naves que cruzarán el tiempo, vencedoras de la muerte.

RAFAEL BARRET.

na de cuanto afectaba a su amor propio y a su porvenir. Su dicha descansaba sobre algo más elevado y más noble: la conciencia de haber hecho triunfar a la justicia.

Y al ver entrar en su estudio a Suárez y a su hijo, ya libre, dió rienda suelta a su desbordante alegría, en tanto que ellos, aunque sintiendo hondo, expresaron su gratitud con el mayor laconismo y sin que se alterase un instante el tono pausado de su voz ni la grave y tranquila expresión de su tostado rostro.

Pedrito enderezó al joven un elocuente y sentidísimo discurso sobre la necesidad de evitar lances como el pasado; le hizo ver todo el horror del derramamiento de sangre y trazó con admirable maestría el terrible cuadro del hombre atormentado por los remordimientos.

Escucháronle padre e hijo visiblemente conmovidos; tanto que más de una lágrima se deslizó silenciosa por sus curtidors rostros. Después el padre tocó el punto de los honorarios, del que, hasta entonces, nadie había hablado.

—Nada me deben ustedes — dijo Pedrito. — Estoy recompensado suficientemente con la satisfacción de haber evitado que un hombre bueno fuese a consumir su juventud y a corromper su alma en un presidio.

Insistieron ellos; mantúvose firme él, y entonces el mozo, al tenderle la mano en señal de despedida, le miró fijamente en los ojos, y dijo:

—Está bueno, doctor; no se hable más de plata. Pero yo he de pagarle este servicio que me ha hecho. Haga de mí lo que quiera; y si alguna vez se le atraviesa alguien en su camino, ni que sea el mismo presidente, no precisa más que decirme: "Vicente, ese hombre m'estorba".

Oprimió el mocetón la mano de Pedrito al decir esto, aprobó el padre con un enérgico ademán, y mientras el joven doctor, anonadado, no acertaba a decir palabra, los paisanos salieron lentamente del estudio.

Los ganadores del premio Nobel

Desde 1901, fecha de la fundación, hasta la actual, el premio Nobel de literatura ha sido otorgado como sigue:

Cinco escritores de lengua francesa, entre ellos, un belga: Sully Prudhomme, 1901; Mistral, 1904; Maeterlinck, 1911; Romain Rolland, 1915; Anatole France, 1921.

Cinco escritores de lengua alemana, entre ellos, un suizo: Mommsen, 1902; Eucken, 1908; Paul Heyse, 1910; Gerhart Hauptmann, 1912; Spitteler, 1919.

Cinco escandinavos: Björnson, 1903; Selma Lagerlof, 1909; Heidenstamm, 1916; Gjellerup, 1917; Knut Hamsun, 1920.

Tres escritores de lengua inglesa, entre ellos, un hindú y un irlandés: Kipling, 1907; R. Tagore, 1913; Yeats, 1920.

Dos españoles: Echegaray, 1904; Benavente, 1922.



SINTÉTICAS

HIGIENE SOCIAL

Mussolini acaba de impartir a los oradores italianos una orden terminante. Les ha dicho: "Menos discursos y más concisos", y, además, les ha indicado la conveniencia de que los discursos sean improvisados.

Esta bella disposición ha empezado a regir desde el día primero del corriente mes.

No se puede negar que el "duce" tiene genialidades envidiables, y que a nosotros nos vendrían, como hechas a la medida, muchas de sus iniciativas. La que comentamos, por ejemplo, nos sería muy provechosa, porque implantada la obligación de improvisar lo que haya de decirse en público, es indudable que gozaríamos de un silencio reparador y, al mismo tiempo, de saludables digestiones.

ANUNCIO CONMOVEDOR

En un periódico que aparece en Istmina, República de Colombia, hemos leído el siguiente aviso:

"¡Amigos míos! Ruego a las personas que tengan cuentas pendientes en el Estanco, que procedan a cancelarlas inmediatamente, porque estoy de viaje para Quibdó.—Diego Torrijos".

No se nos oculta que ese elocuente eufemismo con que empieza el llamado, es la incontenible exclamación de un drama íntimo; y también que el anuncio del éxodo va encaminado a tocar el corazón de los desalmados deudores; pero, a pesar de ello, mucho nos tememos que el señor Torrijos, propietario del Estanco, encuentre "estancados" los sentimientos de sus victimarios, pues

Pese a su amable lenguaje,
Los tramposos, el mensaje
Han de contestar así:
"¡Caro amigo; buen viaje
y... no vuelva por aquí!"

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Una estadística, recientemente publicada en Londres, revela que el número de personas internadas en los asilos de enajenados de Inglaterra y de Gales, asciende actualmente a 133.883, cifra que representa un aumento anual de 2.337 vesánicos.

Ante semejante noticia, se apodera de nosotros una extraña dualidad de sentimientos, pues, mientras por un lado lamentamos sinceramente los progresos del mal, por otro, no podemos sustraernos a cierta oculta satisfacción que nos produce el hecho de que los ingleses se vuelvan locos. Desde ahora estamos, ojo avizor, espiando, con secreta alegría, la presencia de los primeros síntomas en nuestro sastre.

BACO TRIUNFA

En Noruega acaba de realizarse un plebiscito, donde la voluntad nacional se ha pronunciado sobre el consumo de las bebidas alcohólicas. "Húmedos" y "secos", han luchado en las urnas con ardientes entusiasmos, llevando a los comicios a un millón de votantes.

Como no podía menos de esperarse, dadas las condiciones climatológicas de aquel país, el resultado de la votación significó una aplastadora derrota para los "secos", pues sus adversarios tuvieron una mayoría a su favor de 200.000 sufragios.

Restablecida, pues, la institución del "alpiste", el padre Baco sonreirá desde el Olimpo a sus incondicionales adeptos, por el nuevo pámpano que ciñen a su corona.

SE INVIERTE EL ORDEN DE LOS FACTORES

El profesor alemán, doctor Westenhoefer, en una conferencia que ha poco pronunciara en Salzburgo, ha declarado que contrariamente a la doctrina sustentada por Darwin, no es el hombre el que desciende del mono, sino el mono el que desciende del hombre.

Esta sensacional revelación, viene a amargar la conciencia de la humanidad, al mostrarle el cuadro desolador que ofrecen tantos hijos encerrados en las jaulas de los parques zoológicos, o abandonados en las ramas de los cocoteros africanos.



—¿Te ha prometido el patrón hacerse socio de la casa, o algo parecido? — preguntó irónicamente Tibbets.

Gilberto, más satisfecho aún, respondió, sin reparar en la forma en que le había sido hecha la pregunta:

—Esta noche, en el restaurant de "Las Mariposas", Tibbets. Voy a verla. No te afirmaré que sea una belleza deslumbradora, pero es sumamente simpática y tiene el más encantador de los cabellos. Es de un color cobre que brilla como fuego al rayo del sol.

—En otras palabras... que es pelirroja, — agregó Tibbets, con el mismo tono de ironía.

—No negaré — continuó el otro sin preocuparse, de la respuesta de su amigo, — que desde el momento en que la ví por vez primera, cambió por completo mi vida.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

Gilberto, frunció ligeramente el entrecejo.

—En realidad, no la conozco... Es decir, no he hablado nunca con ella. Pero la veo muchas noches en el restaurant de "Las Mariposas" y allí...

—Si tengo media hora disponible esta noche, — manifestó Tibbets — iré para conocer a esa mujer extraordinaria, y tratar de poner cerco a la plaza.

—No es cosa fácil. Ella es una muchacha muy inteligente — dijo Gilberto.

Y sin que nada le inquietase fué aquella noche al restaurant para contemplar a la muchacha cuya presencia lo había enloquecido desde hacía tres semanas.

Cuando por fin la vió llegar, quedó como atontado sin querer dar crédito a lo que veía con sus propios ojos. El efecto había sido aterrador. La joven del admirable cabello color cobre se había cortado la melena.

Aquello le indignó. Experimentó una gran amargura.

—Parece como si estuviera arrepentida de lo que ha hecho, a juzgar por la expresión de su cara... Creo que debo hablarla... Es una buena oportunidad para romper el hielo.

Resueltamente se levantó del asiento y marchó hacia la mesa en que estaba ella.

—Señorita... Seguramente que está usted ya arrepentida de lo que ha hecho — comenzó. — ¡Cortarse un cabello tan precioso como el que tenía.

La joven levantó la cabeza y en sus ojos se notaba más bien sorpresa que lágrimas.

—¿Habla usted conmigo? — exclamó fríamente.

—Sí... Por supuesto... — balbuceó él. — Yo estoy casi indignado por lo que ha hecho usted...

La muchacha se levantó, pagó el gasto y luego dijo:

—¿Usted me conoce?

—No... realmente... yo... — dijo Gilberto cada vez más azorado.

—Entonces permítame que le diga — exclamó, sacudiendo la cabeza, — que soy libre de hacer lo que juzgue oportuno.

Y salió a la calle.

A la mañana siguiente Tibbets supo en la oficina todo cuanto había ocurrido.

—¡Caramba! Esto me hace recordar que yo debía haber ido ano-

La joven de los cabellos color de cobre

Por Luck Williams

che a ese restaurant a la hora de la comida... En realidad, estuve, mas ya era tarde y no pude ver esa beldad de cabellos cobrizos... Pero en cambio encontré esto junto a la mesa en que estuvo sentada. Y al

ría entre mil... Si fueses tan bueno Tibbets, que me lo diceses... Yo...

—¿Qué estás diciendo? No, amigo mío. Yo se lo voy a devolver, personalmente. Esta noche se lo



La joven del admirable cabello color de cobre, se había cortado la melena...

hablar así sacó una pequeña caja dentro de la cual había una mata de cabellos de color de cobre.

Gilberto lo miró sorprendido.

—¡Es suyo! — murmuró con pasión. — ¡Su cabello! Lo reconozco-

llevaré a su casa. En la caja había una tarjeta con su nombre y dirección.

Gilberto estaba desesperado.

—Si por dinero lo haces, te daré...

EL ENSUEÑO

Esto que tú crees positivo y lo único digno de ser codiciado, es tan inseguro y mudable como las arenitas del desierto. Lo más real, lo que a ti se te figura más tangible, se desvanece, como lo fantástico, en un instante.

Por no haber sabido encontrar el verdadero sentido de la vida, nos imponemos una existencia de afanes terribles, queriendo materializarlo todo rápidamente. No hemos aprendido la hermosa ciencia de esperar sonriendo y nuestras esperas son terribles y dolorosas como enfermedades.

Desviemos un tanto nuestros pensamientos de la grosera materialidad. Los días son largos, y no estará mal que los acortemos un poco dándole un lugar al ensueño. El ensueño proporcionará placida alegría a nuestras esperas, fortalecerá nuestros espíritus, nos dará más vigor y aumentará nuestra fe en que todas las semillas brotan y florecen.

Soñemos; acaso en una hora de ensueño se nos revelará claramente lo que somos y se nos mostrará el verdadero camino, orlado de flores, que nos conduzca a la felicidad, con más rapidez que lo positivo y lo real.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

—No. No es cuestión de plata.

—Pero... pero Tibbets. Yo estoy enamorado de esa muchacha...

—Será preferible que la olvides. Si es tan encantadora como dices, trataré de que se enamore de mí.

—Déjame, por lo menos, ver su tarjeta.

—Tampoco, — respondió Tibbets. — Me considero en el deber de amparar a esa muchacha contra tus siniestras intenciones...

Ni súplicas, ni amenazas, hicieron que el mal amigo cambiase de modo de pensar.

Aquella noche no pareció por el restaurant la joven de los cabellos de color de cobre, y Gilberto esperó inútilmente hasta la hora de cerrar.

A la mañana siguiente Tibbets llegó a la oficina contento y risueño.

—Tengo que darte las gracias por haberme puesto en el camino de esa muchacha, — dijo a Gilberto. — Te aseguro que es de lo más encantador que había conocido hasta ahora. Me agradeció mucho la atención y no tardamos en hacernos buenos amigos... Parece, ser que la señorita... Bien, la señorita Blanca, es una artista de segundo orden, que ahora está sin contrata. He tenido el placer de recomendarla... y esta noche nos volvemos a ver.

—¡Oh! — exclamó Gilberto.

—Le manifesté que mi compañero de oficina — continuó Tibbets — la había conocido en el restaurant y el incidente parece que la divirtió muchísimo, pues me dijo: — palabras textuales. — ¡Oh! ¿Aquél señor del aspecto tragi-cómico es compañero suyo?

Gilberto estaba fuera de sí. ¡Con que al designarlo lo había hecho con la frase del "señor de aspecto tragi-cómico"! Ni un momento pasó por su imaginación que Tibbets pudiese mentir. No era hombre capaz de gastar plata sin su seguro interés.

—¿Qué muchacha! — continuó el otro. — ¡Es admirable! Ya nos llamamos por el nombre de pila... Las cosas van rápidamente.

A partir de aquel instante, Gilberto sufrió horriblemente. Había perdido ya toda esperanza, pero por más que hacía le era imposible olvidar un solo instante a la muchacha del cabello color de cobre. Dejó de ir al restaurant, pues según le había dicho Tibbets, ella iba allí todas las noches con él.

No fué el amigo más expansivo, pero de tarde en tarde le manifestaba que todo iba a pedir de boca.

Pasó el tiempo. La hermana de Gilberto llegó para pasar unos días en la ciudad y como una tarde se encontrase en la imposibilidad de acompañarla, Tibbets se ofreció a hacerlo él, mientras el joven terminaba un trabajo urgente en la oficina.

Dos días después Gilberto era abordado por su amigo, quien le dijo:

—Necesito ahora que me hagas un gran servicio. Blanca me ha visto tomando te con tu hermana, la otra tarde y no quiere creer lo que la he dicho. Se apartó de mi lado furiosa y diciendo que todo había terminado entre los dos. Todas mis tentativas por hacerla comprender lo ocurrido han fracasado... ¿Quieres hablarla tú y explicarle...?

Gilberto recibió la noticia con gran alegría.

—A cada uno le llega su día. Yo tuve momentos de amargura y ahora te tocan a tí. Esa muchacha no

es de las que tú acostumbras a tratar.

El sol volvía a brillar para Gilberto. Ahora que Tibbets no iba con ella al restaurant, podía esperar verla de nuevo.

Sin prestar atención a las indicaciones de su amigo, Gilberto comenzó a ir de nuevo a "Las Mariposas" y a la quinta noche tuvo la alegría de ver llegar a la muchacha.

Jamás le pareció tan atrayente. Pero al momento notó en su rostro una expresión de amargura. Pensó que aquello obedecía al disgusto con Tibbets.

—Es penoso para mí comprobarlo, pero, sin duda, le ha tomado cariño.

Inconscientemente se levantó y se aproximó a la joven.

—No olvido lo ocurrido entre nosotros, señorita — la dijo. — Pero tengo mis buenas razones para hablarla de nuevo, si es que me lo permite.

—¿Sí? — exclamó ella.

—Sí, — respondió Gilberto, sentándose a su lado. — Yo no pensaba salvar a Tibbets del trance en que se encuentra, pero en vista de lo que adivino, lo haré. La joven con quien tomaba el té la otra tarde, es mi hermana. Como yo tenía que hacer, él me hizo el servicio de acompañarla. Ahora ella regresó a su casa y Tibbets...

—Un momento! — interrumpió la joven, mirándolo sorprendida. — Le advierto que yo no conozco a nadie que se llame de ese modo...

El sorprendido esta vez fué Gilberto.

—Pero no hay duda de que usted es la joven a quien él devolvió el cabello. Yo sé que encontré una

tarjeta en la caja...

La joven sonrió.

—En efecto, el cabello que yo me corté lo perdí. El peluquero me manifestó que tenía el encargo de una artista de proporcionarle, a buen precio, cabello del color del mío, para fabricarse una peluca... Y,

ro después no he vuelto a saber nada ni del cabello, ni de la tarjeta, ni de la artista.

—¿Entonces!... — murmuró Gilberto.

—¿Sabe usted algo al respecto? — preguntó ella.

Gilberto refirió punto por punto

EL COHETE

Lanzóse audaz a la extensión sombría,
y era, al hender el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día
resplandeció en los cielos fulgurante
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entregaba.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudo meteoro
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro,

SALVADOR RUEDA.

en efecto, en la misma caja puso una tarjeta con el nombre y la dirección. La noche en que usted me habló, en mi apuro por marcharme, dejé olvidado todo aquí... pe-

lo ocurrido. Comprendió que Tibbets jamás había visto a la joven y que aquello del "señor de la cara tragi-cómica", era una invención suya para desanimarlo.

EL TESTAMENTO

Por Belisario Roldán

Era don Plácido Mendieta un modesto y honorable empleado de correos. Frisaba en los cuarenta y cinco años y su físico poco interesante — bajo, obeso y calvo, — no le había impedido casarse con la muchacha más buena moza que hubiera existido jamás en la circunscripción de Vélez Sársfield, donde habían llegado a ser famosos sus grandes ojos negros, su piel morena, su sonrisa encantadora y su silueta ondulante. Elisa era, por lo demás, una compañera muy buena y una madre muy cariñosa, madre de un hijo único — Manolillo — que constituía el orgullo y la esperanza de aquel hogar apacible. Vivían en una casita-quinta, en la misma parroquia de Vélez Sársfield. Al lado, y en un caserón antiguo y silencioso, metido entre árboles y jardines, vivía el dueño de la casa, don Claudio Carrasco, ciudadano de cincuenta y cinco a sesenta años, poseedor de una respetable fortuna y poco dado a salir de su quinta, donde, según los vecinos, solía pasarse hasta un año entero sin asomar al exterior su figura de anciano, gallarda y severa. No tenía familia ni amigos y era, a todas luces, un hombre un poco raro. No mucho costó, empero, a los esposos Mendieta vincularse con él. Y el puente de plata fué Manolillo. Manolillo daba decididamente poca importancia a la fama de misántropo que rodeaba a don Claudio y empezó por invadirle el jardín y llegar ruidosamente hasta las habitaciones del grave propietario. Y parece que allí se operó la conquista. Los cuatro años del chico, sus

ojos negros y su detonante alegría de siempre acabaron, sin duda, por ser necesarios al viejo; y así fué que empezó una buena amistad con los padres, que acabaron por quererlo sinceramente. ¡Era tan bueno don Claudio y, sobre todo, tan cariñoso con Manolillo! ¡Le regalaba tantos juguetes y le hacía tantos mimos!

Cuando sobrevino la enfermedad de Elisa, don Claudio acompañó con verdadera solicitud a su inquilino. Plácido no lo olvidaría nunca. Fué una tífus maldita. Lucharon hasta lo indecible por ven-

cerla; pero todo fué inútil. Tras un mes de alternativas y de angustias, la pobre cerró los ojos para siempre. Fué un golpe terrible para el marido, tan terrible que si Manolillo no hubiera estado de por medio, tal vez habría hecho algo para irse detrás de ella... Y empezó para el infeliz una vida de soledad y de dolor. Poco se veían ya el propietario y el inquilino. Manolillo, sin embargo, continuaba en sus excursiones diarias a la quinta de don Claudio; y cuando el desolado padre resolvió cambiar de vivienda, el viejo le hizo prometer que Manolillo iría a visitarlo todos los domingos. Y así se hizo, durante

BIEN VA..

Bien va aquel que sigue una ilusión, cualquiera que sea esa ilusión; bien va el práctico que en su ilusión bancaria cree ser mañana feliz; bien va aquel a quien su ilusión política coloca en plausibles ambiciones y en sueños de puestos proficuos, y aquel que tiene, por fatal peregrinación, que buscar entre las estrellas su provecho de nefelibata, bien va, si lleva en la mano su conciencia, y su corazón está con él.

RUBEN DARIO.

—Pero lo que no me explico — prosiguió el cándido de Gilberto — el por qué esa muchacha no le dijo a mi amigo que aquel cabello no era suyo, cuando él fué a devolverlo.

La joven se sonrió.

—Es muy sencillo. Acaso pensó, primeramente, en obtener gratis lo que estaba dispuesta a pagar, y luego tal vez advirtió en su amigo un candidato a quien explotar... Usted podrá aclarar ahora las cosas, hablando con su compañero.

Gilberto hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que lo hará usted así — dijo ella mirándolo fijamente. — Deben ser muy buenos amigos, cuando acudía usted en su apoyo después... de...

—No. Yo no lo hacía por él. Yo he venido aquí a hablarla, porque me pareció verla tan triste que pensé se acordaba de él y con tal de hacerla feliz... aún a costa de mi propio sacrificio...

Su rostro había tomado un tinte color púrpura, mientras la joven miraba el fondo de la taza.

—Acaso tenga esta expresión de tristeza cuando considero que estoy tan sola en el mundo — dijo ella. — Desde aquella noche he estado pensando en mi brusquedad para con usted... Acaso sea ésta una confesión sincera e involuntaria como la suya... He venido aquí esta noche esperando encontrarme con usted...

—Eso quiere decir — murmuró Gilberto, — que terminaremos por ser buenos amigos?...

—¿Nada más? — dijo dulcemente ella.

cerca de dos años. Instalado en un departamento de la capital, Plácido dividía el tiempo entre el correo y su hijo. Sus doscientos pesos de sueldo no le permitían mayores lujos, pero se daba mañana para tener siempre bien vestido al chiquillo adorable. Todas las mañanas lo acompañaba al colegio y todas las tardes iba a buscarlo. Los domingos, la vieja mucama, ya se sabía, lo llevaba a Vélez Sársfield, de donde siempre regresaba con algún juguete, o con caramelos, o con un trajecito nuevo.

Plácido sintió un dolor muy grande cuando le anunciaron la muerte de don Claudio y Manolillo, que ya tenía siete años, lloró con él. Y casi tan viva como su dolor, fué la sorpresa que experimentó cuando recibió la noticia de que don Claudio había legado cien mil pesos a su hijo. ¡Cien mil pesos! El porvenir del niño estaba, pues, asegurado. ¡Pobre don Claudio! Antes de entrevistarse con el notario iría a poner unas flores en su tumba. Y acudió después a la escribanía para oír la lectura del testamento. Y sucedió, que cuando el notario hubo leído, en presencia de Plácido y de otras personas, el primer párrafo, sufrió un síncope el conmovido padre de Manolillo. Dicen que de golpe se puso de pie, miró alrededor, alzó los brazos y sin proferir una palabra cayó redondo, con una mueca trágica. Es preciso añadir que el escribano había leído las siguientes palabras:

"Yo, Claudio Carrasco, lego la suma de cien mil pesos a mi hijo, el niño Manuel Mendieta"...

Eran las diez de la mañana de un caluroso día del mes de enero, cuando entraba en la maravillosa bahía de Río de Janeiro un buque portugués.

Sobre cubierta se veían multitud de pasajeros, contemplando, embelesados, aquella tropical naturaleza, rica, extraña y variada.

Los valles y ensenadas que aparecen medio escondidos entre los altos montes, verdes, lozanos, frondosos, en los cuales jamás humana planta imprimió su huella, la vegetación exuberante, habían cautivado poderosamente a un caballero que, apartado de los demás, no se cuidaba de la proximidad del puerto, ni de que el buque se disponía a echar anclas.

La algarazara de los demás le sacó de su meditación y, aun cuando con sentimiento, tuvo que ocuparse en atender a las felicitaciones de dos o tres personas, que a bordo de una elegante falúa, habían llegado en aquel momento.

—Su Alteza os espera con impaciencia, señor conde, —dijeron con profundo respeto.

—Pues, señores, estoy a sus órdenes.

—Desde que se anunció vuestra llegada, como portador de un presente de gran valía, Su Alteza ha contado los días, las horas y los instantes.

El conde Linhares, enviado del duque de Borba, regente de Portugal, sonrió y guardó silencio.

La curiosidad de los cortesanos se vio defraudada.

El noble portugués se dirigió a la escala, descendió, seguido de los dos brasileños, saltó a la falúa y ésta voló, sobre las rizadas ondas, hasta llegar al muelle.

Allí subieron al carruaje que debía conducirlos a palacio.

El conde de Linhares, sorprendido y curioso, estudiaba el aspecto de la población, se fijaba en las robustas negras, que vendían frutos y flores, y admiraba sus brazos y sus hombros descubiertos.

Media hora más tarde, el enviado de Lisboa estaba en presencia de Juan VI, acompañado por algunos cortesanos.

El príncipe regente contestó al saludo del embajador y le dijo:

—Señor conde, estoy impaciente por saber cuál es el depósito confiado a vuestra lealtad.

—Antes de contestar a V. A. me permitirá hacer algunas explicaciones.

—Señor: en los disturbios políticos han sido profanadas varias tumbas, entre ellas la de la bellísima cuanto desgraciada Inés de Castro, esposa del infante de Portugal, don Pedro, hijo de Alfonso VI.

—He ahí las consecuencias del desbordamiento social: esa es la ventaja que resulta de la emancipación de las masas populares; desórdenes y profanaciones, que deben corregirse con brazo de hierro. Continúa, conde.

—Ignoro si V. A. tiene conocimiento de que uno de los atractivos de doña Inés era su cabellera de oro, cantada y celebrada por todos los poetas de su tiempo.

—Efectivamente; creo que fué una de las redes en donde quedó preso el corazón de don Pedro.

—Pues, aquella profusa y natural diadema que coronaba la cabeza que debió ceñir una corona, yacía en tierra al lado de la tumba,

La diadema de doña Inés

ANECDOTA

Por la baronesa de Wilson

cuando un pobre monje la recogió y presentó más tarde al Regente del reino.

—¿Quién la habrá conservado co-

grato a la casa real del Brasil obtener ese precioso depósito, determinó que fuese yo el portador.

—Y esa cabellera, ¿en dónde

VIUDA DISCRETA



—¡Pero, señora! ¿También hoy va usted a llevar flores al cementerio?

—¡Naturalmente! ¡Son tres los esposos difuntos que tengo, y no está bien ir a ver a todos en el mismo día!

mo una reliquia? — preguntó el Regente.

—Tal fué la idea de Su Alteza, pero calculando que podría serle

está?

—Aquí, señor.

Y el conde de Linhares puso en manos de Juan VI un precioso co-

Los grandes errores de la vida

Esperar que nuestro propio concepto del bien y el mal se establezca, y que todo el mundo se conforme a él.

Querer medir el goce de los demás por el nuestro.

Esperar la uniformidad de opiniones en el mundo.

Buscar el juicio y la experiencia en la juventud.

Esforzarse en amoldar de una misma manera las disposiciones de todos.

No ceder en frioleras que nada importan.

Buscar perfección en nuestras propias acciones.

Incomodarse e incomodar a los demás por cosas que no tienen remedio.

No remediar lo que necesita remedio cuando podemos hacerlo.

No ser indulgente con las debilidades de los demás.

Considerar algo como imposible, simplemente porque nosotros somos incapaces de hacerlo.

Negar todo aquello que nuestro limitado pensamiento no puede alcanzar.

Manejarse como si el momento, el día o época en que se vive, hubiesen de durar siempre.

frecillo.

El príncipe regente levantó la tapa.

Sobre un rico almohadoncillo de raso blanco, se veían colocados, artísticamente, los brillantes y dorados cabellos, sedosos y perfumados, como si aún coronaran la frente de la infortunada deidad a quien su soberana belleza le había sido tan fatal.

¿Quién ignora esa leyenda de amor, tan poética y dramática a la vez?

¿Quién no ha leído, con placer y dolor, las conmovedoras y tiernas páginas consagradas a la que fué reina después de morir?

II

La dorada cabellera fué el objeto de la curiosidad general entre los cortesanos y su admiración creció cuando el sol, invadiendo la regia estancia, dió a los cabellos caprichosos cambiantes, proyectando una fantástica cascada de luz e inspirando entre los circunstantes un sentimiento misterioso, indefinible.

Aquella hermosa madeja parecía encerrar invencible atracción y conservar el poder fascinador de otros tiempos.

Los cortesanos estaban poseídos de inexplicable emoción y hasta el Regente guardaba silencio, y no separaba la vista de aquel presente que le enviaba Portugal.

Los infortunios de doña Inés de Castro acudieron a la memoria de todos, y bella, majestuosa, resignada y amante, tomó cuerpo e hizo latir los corazones. Pero, de repente, inesperada ráfaga de viento abrió con estrépito una de las ventanas, y los cortesanos, estupefactos por el repentino cambio que anunciaba próximo huracán, sintieron disiparse la extraña alucinación.

El cielo, poco antes sereno y tranquilo, parecía sombrío y amenazador.

En el espacio, cargado de electricidad, brillaban los relámpagos y retumbaba el trueno.

Los pajarillos, asustados, saltaban de árbol en árbol y la naturaleza parecía sobrecojerse por la proximidad de la tormenta.

El príncipe Regente sentía invencible terror por las tempestades de los trópicos y corrió despavorido en busca de un asilo contra el rayo.

El cofrecillo fué abandonado sobre una mesa y otra ráfaga de viento, más furiosa que la primera, arrebató los rubios cabellos, en medio de las exclamaciones de los cortesanos y de los esfuerzos inútiles del conde Linhares para recogerlos.

En alas del poderoso elemento recorrieron los jardines, los vallés y praderas; subieron a la elevada cima de las montañas; descendieron a los abismos; se elevaron de nuevo como lluvia de oro, y la brisa, acariciándolos y meciéndolos, hizo remontasen a las colinas, en donde, cuenta la tradición, formaron los nidos de los preciosos pájaros que se conocen con el nombre de "rayo de sol", mezclándose con sus plumas y, según dice un poeta brasileño, prestándole su espléndido color.

La suerte es caprichosa.

Aquella cabellera, deleite y admiración de don Pedro de Portugal, acompañó a la tumba a doña Inés de Castro y fué más tarde impregnada con su esencia, orgullo y gala de los bosques del Brasil.

LA VENGANZA

Por Raúl Montero Bustamante

"Mala sombra" detuvo su caballo en la cumbre de la cuchilla, donde cruzan los dos caminos. Miró hacia el valle lleno de noche, y sintió que todo el pasado subía desde allí como un humo malo que le envolvía y le ahogaba. Un momento tuvo la sensación de que se hallaba aún encerrado en la cárcel y extendió los brazos para tocar las paredes que durante años fueron testigos de su salvaje tristeza, pero la inmensidad que le rodeaba, el campo lleno de sombras y el cielo lleno de estrellas, le devolvieron la noción de la libertad y con ella el hambre de odio y de venganza.

Volvía al pago después de tres años de forzada ausencia, a cumplir el juramento hecho en la cárcel, cuando conoció el engaño de su amigo Sandalio que, sin compasión, le arrastró al crimen para robarle la única mujer que había querido sobre la tierra. La visión clara de su desgracia, frente a aquellos lugares llenos de recuerdos muertos para siempre, le causó un dolor intolerable. Oprimió los ijares del caballo y se lanzó por el camino que se perdía en la sombra. Junto al paso se detuvo de golpe; vió detrás de los árboles brillar las luces de las casas y llegaron confusamente hasta sus oídos rasgueos de guitarra, roncadas notas de acordeón y rumores de fiesta.

—Están bailando, — dijo con rabia e instintivamente su mano acarició el puñal. Desmontó, cogió el caballo por el cabestro y avanzó sigilosamente hasta las casas. Por las puertas y ventanas abiertas sobre la noche, vió pasar las parejas que danzaban. Dió la vuelta a la ranchería, se aproximó al palenque del fondo, y ató allí el caballo, pronto para la huida. Tentó luego el puñal y la pistola y se dirigió hacia la casa iluminada; pero la luz amarilla y triste que brotaba de la pequeña puerta que daba sobre el corral le detuvo. Vió confusamente un ataúd entre cuatro velas y murmuró entre dientes:

—Es un velorio.

"Mala sombra" se aproximó y miró hacia dentro. El "angelito" parecía dormir en la pequeña caja forrada de merino blanco, a la luz miserable de las velas de sebo. Los padres, sentados junto al féretro, miraban desolados la carita blanca del niño muerto.

De las habitaciones contiguas, llegaba el rasgueo de las guitarras, las voces roncadas del acordeón y el zapateo de los bailarines. El hombre se incorporó y pasándose la mano por los ojos húmedos, se dirigió a la puerta entornada y se quedó recostado contra el marco, mirando la noche. "Mala Sombra" reconoció a Sandalio y se apartó. Pudo haberle matado en seguida, pero el primer golpe era para ella y esperó. Sandalio se dirigió hacia la puerta de la sala, la abrió y desapareció tras ella. Entonces, el paisano

entró como el tigre que se dispone a saltar sobre la presa. Se detuvo ante el féretro, miró al angelito muerto y luego clavó los ojos negros y llameantes en la mujer que lloraba.

Paula alzó la vista, miró al forastero y no se movió ni lanzó un grito; sus ojos se abrieron desmesuradamente, una mueca de espanto contrajo su rostro y apenas pudo murmurar como un suspiro.

—¡Mala sombra!

El paisano no pestañeó; siguió mirando con intensidad a aquella mujer y durante largo rato la aseteó con sus ojos llenos de pasión salvaje.

—¿Es tuyo? — preguntó, señalando al niño muerto.

—Sí... — murmuró apenas.

—¿Y de él?

—Sí, — repitió como un eco.

Hubo un silencio largo y terrible como una tempestad. Luego, con voz sombría, dijo:

—Venía a matarte. Venía a matarlos a los dos, porque lo sabía todo. Hace años esperaba este momento. Entre las cuatro paredes de mi celda no he soñado en otra cosa. Era como una fiebre que me devoraba el corazón. Traigo el puñal pronto para concluir de una vez. Y, sin embargo, estoy aquí a tu lado y no te mato.

El paisano calló; luego agregó con tono extraño:

—No sé qué me pasa; siento que me tiemblan las manos y que se me nublan los ojos. Yo creo que es el angelito. El difunto me ha hecho daño. No puedo matarte, Paula; el brazo no tendría fuerza para herir.

Permaneció silencioso e irresoluto y luego agregó:

—Adiós, Paula.

El paisano hizo la señal de la cruz, miró todavía a la infeliz y abrió la puerta de la sala. Cuando entró "Mala sombra", los instrumentos callaron como por encanto y los bailarines se detuvieron suspensos y amedrentados. El gaucho, de pie en la puerta, estaba realmente hermoso con la enfermiza palidez de la cárcel en el rostro lleno de infinita melancolía. "Mala sombra" buscó a Sandalio y cuando lo apercibió en un rincón, se dirigió a él, le estrechó la mano, y con voz ronca le dijo:

—Te acompaño en el sentimiento, hermano.

Luego salió, se dirigió al pozo, levantó la tapa y cogiendo el puñal lo arrojó con rabia. Ya a caballo, se sintió más aliviado.

—¿A dónde voy? — murmuró, mientras clavaba los ojos en la janía donde asomaba la aurora.

Aquel resplandor vago le entró en el alma como una esperanza y espoleando el caballo marchó hacia el horizonte, donde empezaba a aparecer el día.



Apenas es un punto...

Maipú, la región de Mendoza que da la uva más rica, es apenas un punto en el mapa. De allí procede el vino Toro.



BEBA **TORO**

Se vende en botellas de litro y en cascos.

BODEGAS Y VIÑEDOS, CIOL S. A. • CANGALLO 434 • BUENOS AIRES

Romance de los ciegos

El ciego tiene quince años; quince años de lobreguez. Sus ojos están abiertos, como si quisieran ver. Ella, la desconocida, tiene quince años también. Sentada está junto al ciego y le habla con voz de miel: estoy solita, solita; quíereme. El ciego siente por dentro una extraña lucidez. Sus ojos abiertos miran pero no la pueden ver. Ella acaricia sus manos, y él le responde a la vez: estoy solito, solito; quíereme. Ella siente que en el pecho se le agiganta la fe. Tiene los ojos abiertos pero no lo pueden ver. Las manos entre las manos, la sien unida a la sien, como mirando la calle, sienten la lluvia caer. Los ojos abiertos, fijos, miran y no saben qué... Y son puntos suspensivos de un amor ciego también.

JOSE E. PEIRE.

Por la ley de los contrastes, la tarde del mes de los muertos, del melancólico y nebuloso noviembre, son en Sevilla más tristes y desagradables que en parte alguna. Allí, donde todo es luz, armonía, colores, exuberancia de vegetación y lujo de savia y matices, el otoño tiene mayores diferencias con la primavera que en otras latitudes; hay aves y flores que sólo sirven para hacer notar la falta de las demás; la campanilla azul parece que llora por la ausencia de las rosas.

Los sevillanos tienen sitios favoritos para pasar esas tarde pesadas y melancólicas; después del camino del cementerio, donde se halla el hospital de San Lázaro con sus leyendas temerosas y sus restos mudéjares, puede considerarse como el punto de meditación más apropiado; el hospital de la Santa Caridad, donde es fama que murió, en opinión de santo, un émulo del legendario y popular don Juan Tenorio.

Este edificio, situado extramuros de la capital, cerca de Guadalquivir y dando frente a la célebrada Torre del Oro, fundada sobre el antiguo emplazamiento de una capilla dedicada a San Jorge, es hoy un precioso templo que encierra riquísimas joyas artísticas entre las cuales se cuentan, en primer término, los grandes lienzos de Murillo "La multiplicación de panes y peces" y el llamado "Las aguas".

Cerca del atrio del templo y ante la puerta de ingreso del hospital, hay una pequeña explanada plantada de árboles y rodeada de modestos bancos de ladrillos, sin adorno ni respaldo; allí solían departir sobre cuestiones de arte Murillo y Valdés Leal, acompañados del venerable hermano Mañara, que, peinando canas y retirado por completo de las sollicitaciones del mundo y de la carne, se deleitaba en estrechar la mano del pobre que se espulgaba al sol o que daba al aire las úlceras de sus piernas.

Algunas tardes engrosaban el círculo los peregrinos que solían venir de lejanas tierras y los caballeros que compartían con el venerable las asiduas tareas de la Hermandad. Estas sesiones no siempre vespertinas, eran más animadas en los meses calurosos o en las mañanas de invierno; sobre todo, los días festivos después de la misa, veíanse en el corro, trusas y capotillos de terciopelo, sombreros y gorras con joyeles, nobles empaques y rostros que delataban a caballeros principales. La capa humilde del elegido de la Caridad, destacábase siempre como el centro de todas aquellas riquezas, y mientras éstas perdían su valor al más pequeño roce, aumentábase, considerablemente, el de los andrajos de los pobres, que entraban con aquella balanza cristiana con gran contentamiento de todos.

Imitando a Platón, que solía sentarse rodeado de sus discípulos y admiradores en los jardines de la academia, don Miguel de Mañara acomodábase en uno de aquellos bancos, bañados por el sol, que hacía brillar la monterilla de la Torre del Oro, y departiendo amigablemente extendía las máximas del Evangelio entre ricos y menesterosos. No eran aquellas, sesiones graves y didácticas en las que se exigiese a los concurrentes silencio y compostura; eran, más bien, conversaciones familiares en las que salían de sus dudas, con una interrupción cualquiera, lo mismo el

Cuento de noviembre

Por César Borgia

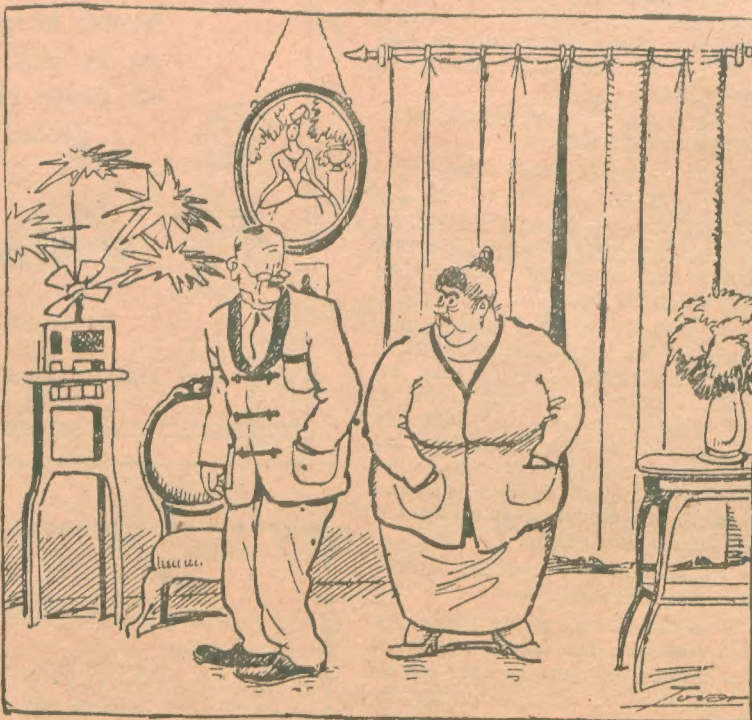
pequeñuelo que el adulto, tanto el siervo como los señores. Allí se iniciaron, acaso, la mayor parte de los oraciones del "Discurso de la Verdad", cuyas familiaridades y llanezas se ven en estas líneas:

"Quien ve al poderoso le llama rico y es mentira, porque falta a su codicia todos los bienes ajenos; le dicen que es señor, y no lo es, porque no tiene los bienes, antes, los bienes lo tienen a él; y así no se

hombre (que ya el serlo es oprobio) y al embustero, cortesano; al bufón, hombre ligero, y al que es modesto, pesado. Este es el vocabulario de la casa de locos y del palacio del humo, donde reina Babilonia, y adonde habitan las bienaventuranzas temporales que hoy son y mañana no parecen".

Cuando desaparecía el concurso y quedaban solos Valdez Leal, Mañara y Murillo, las conversaciones

QUIEN QUITA LA OCASION...



BELLA.—¡Supongo que este año me llevarás a ver el "Tenorio"!
EL.—¡Ni lo pienses! ¿Qué quieres? ¿Sentirte aprisionada en sus redes?

ha de decir: Pedro tiene cien mil ducados, sino los cien mil ducados tienen a Pedro. Al fuerte y temeroso le llaman valiente, y es todos los días vencido de sus pasiones. Lllaman belleza a la compuesta de carne podrida, que mañana será gusanos; al virtuoso llaman hipócrita, y al hipócrita hombre ajustado; al liberal, pródigo y al pródigo, hombre bizarro; al verdadero, buen

se hacían más íntimas y solían tocarse puntos más graves y dificultosos; el pasado, sobre el cual tendió siempre el velo de su prudencia nuestro don Miguel, rasgóse alguna vez para sus íntimos amigos y dejó ver pequeños resquicios, de cuyas extrañas claridades brotaron tal vez de algunos cuadros del pintor del cielo y los detalles de otros del autor de "Las alegorías de las

La educación

La educación es la que debe dar forma nacional a las almas y encauzarlas de tal modo en sus opiniones y gustos que lleguen a ser patriotas por inclinación, por pasión, por naturaleza. El niño, al abrir los ojos, debe ver la patria y, hasta la muerte, no ver más que la patria; todo republicano de verdad, con la leche de la madre, mama el amor de su patria, de sus leyes, de su libertad: este amor constituye toda su vida; no ve más que la patria, ni vive sino para ella. Si queda solo, es como si no existiera; si no tiene patria, ¿para qué vive? Y si no ha muerto, tanto peor.

J. J. ROUSSEAU.

glorias humanas".

Cierta mañana de invierno, en que los tres amigos departían solos en uno de aquellos bancos próximos al atrio, y se quejaban del viento frío que hacía inútiles los esplendentes rayos del sol, los cuales caían sobre los santos San Jorge y Santiago, lanzando relámpagos irisados al deslizarse por los azulejos, don Miguel de Mañara se quejó del estado de sus macetas de rosales que, como siempre, cuidaba con sus propias manos y que habían sufrido mucho con la crudeza del tiempo.

—Esos rosales, amigos míos, tienen para mí un simbolismo inapreciable, y el día en que dejaran de florecer creería que Dios me dejaba de su mano, — dijo el venerable varón a Valdez Leal y a Bartolomé Esteban; — si fuera posible yo regeneraría su savia con mi sangre...!

Y haciéndoles señas para que entrasen con él hasta los patios interiores del hospital, los llevó ante los ocho tiestos sembrados de hermosas plantas, que son las mismas que se conservan en la actualidad en la Santa Casa, avaloradas por la siguiente leyenda:

"Ocho plantas de Rosal con sus macetas traídas a esta santa casa por su ilustre fundador el venerable siervo de Dios DON MIGUEL DE MAÑARA VICENTELLO DE LECA, caballero del orden de Calatrava en 1674, conservadas en todo su vigor y dando frutos todos los años en su propia fuerza, como resulta del reconocimiento judicial que en 1749 hicieron de ellas los jueces del proceso informativo folio 1091 a 1097, y permanentes hasta el día en el mismo estado, se han colocado en este lugar, año de 1802.

Los amigos de Mañara contemplaron aquellas plantas que, en realidad, no tenían ninguna particularidad que las avalorase, a no ser los cuidados que les prodigaba aquel a quien tanto querían y respetaban; y después de convencerle de que la savia circulaba por las yemas y de que los vástagos no ofrecían el menor peligro de muerte, volvieron todos al banco de la explanada con deseos de sorprender el secreto encerrado en aquellas macetas de humilde barro, consideradas ya, por ellos, como riquísimas ánforas romanas.

El atrio estaba casi desierto. Sólo algunos pilluelos, vivos retratos de los que sirvieron al gran pintor para colocarlos en lienzos tales como "Santa Isabel y San Félix", diableaban acá y acullá presentando, de vez en cuando, perfiles y escorzos que hacían sonreír de orgullo a Bartolomé Esteban; por último, uno de esos ancianos pobres y desarrapados, que también pintó más de una vez el creador de las Concepciones, dormía con el brazo sobre el palo y la cabeza sobre el brazo, en el banco próximo, turbando, de vez en cuando, la tranquilidad del lugar con sus importunos ronquidos.

El arrepentido tenorio, — según cuenta la tradición oral — comenzó su relato en voz baja y acentuando cada cual de sus partes de modo conmovedor, como si hubiera de servirle de espontánea confe-

sión y descargo de culpas pasadas. Esta relación, que oyó el anciano durmiente o que creyó oír entre las torpezas de su sueño, es la que voy a referir, más o menos modificada por las versiones que de ella se hicieron.

Cierta noche, don Miguel de Mañara, conocido en Sevilla por sus escándalos, por sus derroches y por sus amoríos, cenaba con siete jóvenes nobles y ricos como él, en una magnífica cuadra de su casa solariega, adornada con el triclinio de Lúculo.

Las apetitosas viandas se sucedían sin interrupción y los vinos generosos relucían a la luz de los candelabros en brillantes copas de cristal de Bohemia. Celebraban una fecha lúgubre: el 2 de noviembre.

Señores, — decía Mañara con la copa en alto, — nuestro banquete anual no corresponde a la fama de que gozamos. Si es cierto que somos galanes, pendencieros y emprendedores, no basta romper con la tradición festejando en alegre cena el día de Difuntos; pido que juremos sobre las empuñaduras de nuestras espadas, que el primer día del mes de las flores se repetirá esta fiesta, acompañándonos a la mesa ocho damas hermosas que robaremos a sus hogares o que conquistaremos el mismo día.

— ¡Bien...!

— ¡Bravo...!

— ¡Soberbio...!

— ¡Magnífico...!

— ¡Oportuno...!

— Alto ahí, — exclamó uno de los comensales; — para el año que viene es posible que algunos de nosotros haya dejado de existir y en ese caso el festín quedaría en proyecto.

— Tiene razón el conde, — repitió otro; — una sangría o una estocada, podría privar a los demás de tan famoso entretenimiento.

— Con los muertos no se cuenta, — replicó Mañara desenfadadamente; — juremos, y a preparar ocho hermosas, de las más nobles y garrridas, para el banquete primaveral.

— Sé me ocurre una idea que ha de pareceros de perlas, — dijo uno de aquellos locos cuyos puños de encaje y fina ropilla de Utrecht delataban a un soñador galante y apasionado, — pido que el banquete se celebre en el gran cenador del jardín de Mañara y que cada cual de nosotros, una vez realizada su conquista, plante un rosál por su propia mano para señalar la efemerides dignamente.

— ¡Admirable! — contestó otro de los convidados; — pido, además, que en la referida noche reverdecan las plantas y las arboledas como cuando se dice misa en San Luis del Monte...!

— ¡Veremos quién es el primero que planta el rosál! —

— ¡Mérida!

— ¡Tenorio!

— ¡Mañara!

— ¡Villamediana!

Otros muchos nombres volaron sobre los manteles mientras se consumía el resto del vino que contenían las botellas; después salieron a luz las espadas y haciendo sobre las empuñaduras la señal de la cruz, juraron llevar a cabo, con todo el desenfreno de su escuela cortesana, la orgía del equinoccio.

— ¡El 21 de marzo en el cenador grande de mi quinta a orillas del río!

— ¡Vivos o muertos!... — contestaron todos estrechando la mano de don Miguel de Mañara.

A contar desde aquella noche, las más hermosas damas de la nobleza sevillana se vieron asediadas

con peticiones, billetes y presentes y perseguidas continuamente por una colección de dueñas busconas.

Este hermoso sombrero para hombre, en paja rustic, trenzado muy fino, con excelentes guarniciones, modelo de última moda, (recibido el 15 del pasado), lo ofrecemos en todas las medidas al excepcional precio de...

\$3.50

A. CABEZAS
SARMIENTO 130 SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

LO IMPOSIBLE

¿Qué viento la trajo hasta allí? No lo sé. Pero yo vi la flor de la semilla, que germinó en verde guirnalda de hojas, al pie del alto ciprés que se levanta, como la última columna de un templo arruinado, en la llanura escueta y solitaria.

Yo vi aquella flor azul, del color de los cielos y roja como la sangre, y me acordé de nuestro imposible amor.

Un breve estío duraron los ligeros, vaporosos festones de verdura en derrador del viejo tronco; un breve estío duraron las campanillas azules, y las abejas de oro, y las mariposas blancas, sus amigas.

Y llegó el invierno helado, y el ciprés volvió a quedar solo, moviendo melancólicamente la cabeza, y sacudiendo los copos de nieve, alto, delgado y oscuro, en medio de la blanca llanura.

¿Cuántas horas durarán tus risas y tus palabras sin sentido, tus melancolías sin causa y tus alegrías sin objeto? ¿Cuánto tiempo, en fin, durará tu amor de niña? Una breve mañana; y volverá a hacerse la noche en torno, y permaneceré solitario y triste, envuelto en las tinieblas de la vida.

Yo no envidio a los que rien; es posible vivir sin reírse... ¡pero sin llorar alguna vez!

G. A. BECQUER.

La noble doña María de Fuenmayor, célebre entre sus enemigas por la blancura de su epidermis y sus menudas orejas color de rosa; la altiva condesita del Guadarrama, cuyas manos eran tan pequeñas y tan preciosas como los idolillos de marfil que traían de la India los hispanos galeones; la encantadora Inés Coello, cuyos ojos grandes y rasgados eran conocidos en Sevilla por los dos soles de Triana; Ana de Herrera, la virgen trigueña, como era llamada por sus admiradores; las tres perlas de Casa Miranda, Fe, Esperanza y Caridad, que por ser hermanas y bellas eran llamadas las tres virtudes; todas aquellas damas, en fin, que por sus encantos y por sus prendas eran dignas de solicitar la atención de los galanes y de despertar los apetitos, sufrían la persecución de los amigos de Mañara.

Cuando el más favorecido de ellos mandó el primer rosál, en cuyo lujoso búcaro de Sevres se leía en letras de oro el nombre de "Aurora", ya en las hornacinas del cenador se hallaba colocada otra maceta; era la de don Miguel de Mañara, que se había anticipado a todos sus amigos, al hacer su amorosa conquista. Aquel rosál plantado en precioso vaso de porcelana tenía el siguiente letrero: "Inés".

Para la época fijada, todas las hornacinas del cenador ostentaban su correspondiente búcaro adornado de áureas letras. El día antes se congregaron los jóvenes juramentados en la sala de armas de don Miguel de Mañara, y se convino en reunirse a la media noche en los jardines de la quinta próxima al Guadalquivir, llevando a sus respectivas amadas, que ocuparían otros ocho lugares en la mesa.

¿Cómo habían de conducirlos allí? Esta era la única dificultad.

Sin embargo, el más feliz éxito había coronado las gestiones de aquellos calaveras que iban a profanar, en un punto mismo, la honra y el nombre de las que habían tenido la debilidad de creerlos rendidos amantes. A juzgar por las razones que se cruzaron la víspera, Mañara podía, con toda tranquilidad, avisar a sus criados que arreglasen el cenador grande, supuesto que no faltaría ninguno de los comensales.

Así lo hizo, preparando por sí mismo, los ramos y las coronas. El banquete iba a tener todos los caracteres de una orgía asiática, y el gran cenador o pabellón destinado al efecto, cubierto de estatuas y flores, ocupado por larga y espléndida mesa, parecía convidar a aquellos gozos del triclinio que tanto deleitaron a Heliogábalo y que fueron en las cortes de Enrique VIII y de Luis XIV las delicias del libertinaje.

Don Miguel, que no faltaba nunca a sus promesas, debía de llevar a cabo aquella noche el robo de su amada. Se trataba de una de las bellezas más celebradas de Sevilla, de la hija del Comendador Ulloa, noble anciano cuyas dolencias le tenían postrado en cama, siendo aquella niña para él su única dicha, su ángel tutelar, la que velaba junto a su lecho y le despertaba al venir el día. Todas estas consideraciones no importaron un ardite al despiadado caballero.

Ganados los servidores del Comendador y contando con la ayuda de una dueña, falsa y pérfida como todas, poco tardó en conseguir su objeto, y doña Inés de Ulloa fué arrebatada de su mansión y lleva-



da a la quinta próxima al Guadalquivir, ni más ni menos que como se refiere en la leyenda de don Juan Tenorio.

Antes de dar la primera campañada de las doce, don Miguel de Mañara se hallaba sentado en la larga mesa del banquete. Cerca de él, la hermosa Inés que vestía aún la sencilla vesta con que fué arrebatada de su hogar, parecía sonriente y dichosa; fenómeno extraño y nota desacordada que no dejó de advertir Mañara, acostumbrado a gustar los primeros favores de sus conquistas entre espasmos y lágrimas.

El cenador estaba magnífico. En el centro de la mesa habían sido colocados los ocho búcaros de porcelana que contenían los rosales y que ostentaban los nombres de las "víctimas". Ardían antorchas aromáticas entre las enredaderas, y globos venecianos brillaban, a lo lejos, como estrellas de colores suspendidas en las acacias. Ocho candelabros de plata, con guardabrisas de cristal, dejaban caer, sobre aquellos diez y seis lujosos servicios, sus luces oscilantes; los asientos rústicos con almohadones de plumas daban a aquel nido de delicias el contraste propio del arte y de la naturaleza, unidos en caprichoso consorcio.

Ingresábase en aquel triclinio al aire libre por un arco triunfal de enredaderas y lianas y las bóvedas de pámpanos y de hiedras debían dejar sobre las cabezas de los convidados un toldo movable, a través del cual brillaran, alguna que otra vez, las radiantes constelaciones.

—¡Ah, de mis servidores! — dijo Mañara a la fila de lacayos que se escalonaba en la especie de atrio formado por maceteros y enverjados, — los convidados se tardan; ¡id y ved si se acercan los coches y guiad aquí a los que se extravían por esas calles de árboles!

Los lacayos no se movieron. Parecían maniqués vestidos de librea y colocados allí por genial artificio.

—¡Pero, no me oís! ¡voto a cien mil legiones de diablos! — gritó el audaz caballero, que se impacientaba al notar la calma y el silencio que reinaba en torno suyo.

Ni uno solo de aquellos hombres se movió de su sitio. En aquel momento sonaban lenta y reposadamente las doce de la noche.

Iba Mañara a levantarse de su asiento, sin duda para dar un merecido a aquellos desobedientes servidores, cuando aparecieron en el arco de ingreso siete extrañas parejas que fueron ocupando los asientos de la mesa, poco a poco. Mañara, al verlas, palideció y abrió los ojos extremadamente, creyéndose juguete de atroz pesadilla; sus convidados eran siete descarnados esqueletos que daban el brazo a siete hermosas cuyos encantos le eran, por demás, familiares.

—Soy Ana de Castro, — dijo la primera, — ¿me conoces?

—Soy la judía Rebeca, ¿me recuerdas? — dijo la segunda.

—Soy María de Medinas, — dijo la tercera, — ¿es verdad que aún me adoras?

Las cuatro restante saludaron, también, al anfitrión y tomaron asiento delante de los búcaros en que se leían sus nombres: eran la bella Esperanza de Artal, la noble Aldonza Conteras, la encantadora Noemí y la apasionada Adelaida de Orquid.

—Pero, y vosotros ¿quiénes sois? — dijo Mañara a los esqueletos,

cuyas rótulas crujían horribilmente al acomodarse en los almohadones.

—¡Somos tus pecados! — dijeron a coro los esqueletos, moviendo sus dientes sin labios y haciendo castañetear las secas mandíbulas, como si fueran movidas por el mismo resorte.

Mañara sintió deslizarse por sus venas el frío de la muerte y palideció tanto que su rostro tomó el color de la cera. Quiso moverse y no pudo, intentó sacar un pistolete que llevaba en el cinto y sus dedos no pudieron reunirse en haz, miró a su pareja y la vió transformada con escapulario y tocas; las antorchas del festín desaparecieron como por encanto y sólo quedaron a un lado y otro de la mesa blandones y paños negros.

Los árboles se desprendieron en aquel punto de sus hojas, los fuegos fatuos empezaron a brillar en

tre la hiedra, y de las cuencas de los ojos de aquellos esqueletos partieron amarillos relámpagos que cayeron a intervalos sobre el mantel. Las flores rodaron deshechas, los frutos se pulverizaron y las botellas de cristal se llenaron de líquido fosfórico y parecieron contener, como la redoma de Asmodeo o de Homúnculus, algún ser maléfico y genial. Por último, las campanas del monasterio cercano doblaron acompasadamente.

Una claridad extraña hizo resaltar los encantos de aquellas mujeres al lado de aquellos esqueletos descarnados y Mañara recordó sin duda cuántos placeres había gozado en otro tiempo, ocupando el lugar de tan inmundos rivales. Tocados por dedos sin yemas, por bocas sin labios, veía talles y hombros que hubieran dado envidia al junco y a la azucena; cada mirada de aquellos ojos vacíos, al clavarse en la retina de sus antiguas vícti-

mas, le quemaban y herían de rechazo.

—¡Idos, vive Dios...! quería decir el calavera impertinente, sin que en realidad acertara a pronunciar una sola palabra: — ¡idos!... ¡dejadme! ¡sepultáos en vuestros antros, fantasmas vanos! — balbuceaba torpemente; pero aquellas pesadas imágenes continuaban ocupando tenazmente sus asientos.

Al cabo Mañara hizo un supremo esfuerzo y logró ponerse de pie apoyándose en el brazo de aquella Inés, sorda y muda a sus halagos y a sus quejas; pero entonces las heterogéneas parejas se levantaron también y en ordenada fila se les pusieron delante formando una especie de extraño cortejo.

Mañara quiso entonces detenerse, mas le fué imposible; sus pies no se deslizaban ya por la alfombra de su jardín, sino por las resonantes losas de un claustro con altas bóvedas y arcos ojivales. Sus lacayos con crespones en las libreas y con cirios en las manos, abrían la marcha y se internaban poco a poco en aquellas soledades.

De repente una puerta correspondiente a labrado cancel giró sobre sus goznes, silenciosamente, y se encontraron en la iglesia. Cantábase el oficio de difuntos y larga fila de frailes franciscanos rodeaban un féretro en el que se veía un cadáver vestido de rica ropilla y envuelto en blanco sudario.

—¿Quién es el muerto? — preguntó Mañara al monje que sostenía el aspersorio, con cierta timidez propia del estado excepcional en que se hallaba.

—¡Don Miguel de Mañara! — dijo el monje continuando en sus aspersiones y volviendo el rostro con marcada indiferencia.

Al oír esta frase terrible, Mañara se llevó la mano al corazón y sintió ocho punzadas terribles y dolorosas. En aquel mismo punto, Inés y sus siete compañeras se inclinaron sobre el féretro donde se hallaba el cadáver y clavaron, simultáneamente, en el pecho, ocho alfileres de oro.

De aquellas ocho picaduras brotaron ocho gotas de sangre que al extenderse sobre el sudario se convirtieron en ocho rosas encarnadas.

III

La tradición, como ya hemos indicado, nada dice del origen de los ocho rosales que llevó Mañara a la Santa Casa, y este cuento de ánimas que oí una noche de noviembre, acusa su origen novísimo en muchos de sus detalles.

Es lo cierto, que los poéticos rosales, que según el testimonio de los guardadores de la fe pública, reverdecen todos los años, se prestan a que las imaginaciones meridionales fantaseen sobre ellos y creen, como mi amigo Cano y Cuetto y como el inventor del dicho cuento de ánimas, historias fantásticas que pueden vulgarizarse. Yo mismo he querido encontrar entre estos rosales y otros cuántos, que ví cierto día en las siete ventanas del histórico convento de la "Madre de Dios", en Sevilla, analogías suficientes para tejer una historia dramática y sencilla. Pero ¡oh deficiencia de los elementos naturales para las invenciones fantásticas! faltaba una ventana o sobraba un rosal y no pude localizar el hecho, abrir el hueco, ni trasladar los rosales.

DOS DE NOVIEMBRE

Dos de Noviembre: día de los muertos,
día que yo también derramo lágrimas
y en que me voy por la mañana, muy temprano,
a rezar una Salve por las almas,

Día en que corto con mis propias manos
las flores de mis plantas
y en que compro en la calle un par de cirios
para alumbrar las ánimas.

Día en que no sostengo paradojas,
ni teorías ingratas,
porque quiero tener el espíritu limpio
hasta del tinte de una mácula.

Día en que rememoro una por una
las ilusiones mutiladas,
y que veo pasar, como un cortejo fúnebre
algunas pocas esperanzas.

Día de pena, día de amargura,
de una congoja fuerte que no pasa;
día en que se me quiebran los sentidos
y se me anuda la garganta.

Día en que evoco, desoladamente,
el trunco idilio con la amada;
aquella amada que se fué una noche
después de una agonía lenta y larga.

Ah! Qué lejano me parece todo eso;
a veces creo que he tenido otra alma
y que he vivido una existencia diferente,
no del todo olvidada.

Y para convencer a mi propio espíritu
de que fueron tuyas aquellas ansias,
voy a visitar en el día de los muertos
la sepultura de la amada.

Y dejo allá mis flores predilectas,
y echo a rodar mis lágrimas,
y pido a Dios por el descanso eterno
de aquella pobrecita alma.

Padre nuestro, que estás en los cielos,
y escuchas todas las plegarias,
recoge el alma de mi dulce amiga
en tu divina gracia.

LUIS MARIA JORDAN.

EL OBSTÁCULO

Por Abraham Polanco

—¡Hombre, ya podías haber venido antes! — dijo Manolo estrechando la mano que le tendía Julio.

—Verás — contestó su amigo. — Déjame descansar, chico. El caso es que... Si, te he dado un plantón; pero la cosa es grave. Y, ¡claro!, me he acordado de tí.

—¿Y qué es?

—¿No lo adivinas? Un asunto de honor.

—¡Ah!, ¿sí? Pues no cuentes conmigo.

—Déjate de bromas, Manolo.

—No es broma, querido. Busca a otro.

—¿Pues?...

—Yo no sirvo para eso. Yo no puedo intervenir en eso.

—¡Hombre!

—Como te lo digo. Tú vienes buscando en mí un representante honorable, ¿verdad?

—¡Claro!

—Pues bien, yo no tengo honor. Me han dejado sin él. Me lo han gastado los demás.

—¡Manolo!

—Y aunque todavía tengo lo suficiente para ir tirando, he decidido conservarlo. Me puede hacer falta cualquier día.

—Tú has bebido, ¿eh?

—Nada de discusiones. Escucha.

A todos, a tí el primero, os extraña el que yo me case, ¿no? Vas a saber la razón, si es que alguna existe para hacer locuras. A los treinta y nueve años no es fácil que nadie pique en el anzuelo del matrimonio. Sin embargo, yo mismo me he clavado en él como un pez principiante en la navegación que no acertase a distinguir el bocado inofensivo del que lleva dentro la trampa. Conchita, mi futura, y yo nos conocimos de chicos, nos hemos criado juntos, nos tuteábamos, ella venía a casa, yo entraba en la suya... Por esto mismo nuestra amistad tenía cierto matiz fraternal, que alejaba cualquier idea mucho menos peligrosa que la de casarnos. Este verano fui a su finca, invitado por el padre y... ¡el honor, chico, el honor!, me caso con Conchita.

—¿Qué cabeza!

—Tú imaginarás cualquier atrevimiento por mi parte, una debilidad de los dos, un resbalón, ya lo sé. Pues estás equivocado. Puedo jurarte que no ha ocurrido más que lo siguiente: Una mañana don Daniel entró en mi cuarto y me dijo a boca de jarro:

—Mira, Manolín, tienes que marcharte.

En seguida añadió:

—Y si puede ser hoy mismo, te lo agradeceremos todos... Conchita la primera.

—¿Pero qué?...

—Eso dije yo: “¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¿Está usted loco?” El padre me dió toda clase de explicaciones. El y todos me conocían bien; pero había que atajar la murmuración. Por el pueblo corría algo muy serio respecto de nosotros, muy serio y muy canallesco, y el novio de Conchita había planteado la cuestión en unos términos que

no dejaban lugar a duda. Total, que me llevé el disgusto consiguiente y que vine en el primer tren, no sin romper lanzas obstinadamente en defensa de la calumniada.

—Hiciste bien. Pero no veo... Quedaste como un caballero.

—No es eso lo malo, sino que quise continuar siéndolo. Decididamente, la buena conducta no se debe menudear. Tarde o temprano, te pierde. Al mes supe que las relaciones de Conchita se habían deshecho. Su novio retiró la palabra empeñada, y la chica estuvo a pun-

to de suicidarse. Y aquí entraron mis cavilaciones. Yo no tenía la culpa; pero sin mi ida allá nada habría ocurrido. Ya conoces mis escrúpulos, mis minuciosidades. No comía, no dormía, pensando en el porvenir de una inocente, trunca, roto. Días más tarde me presenté a don Daniel:

—¿Qué piensa Conchita de su antiguo novio?

—Nada — contestó; — lo desprecia, siente asco por él.

—¿Y usted?

—Para mí es un cochino, Manolín, un cochino.

—Pues bien; si Conchita no le quiere, ¿me querría a mí por compañero?

Eso es todo, Julio. La idolatría del honor me ha traído a este trance. La reparación era, a mi juicio, obligada. Esa mujer no podía llevar sobre sí la más leve mancha pudiendo yo librarla de ella. Y estoy que trino, porque aquí, entre nosotros... Conchita, seguramente,

me hará feliz, es muy buena, pero yo estaba muy bien soltero.

—¡Sí que es notable!

—Pues ahí va otro botón. Illescas del Oro, ya le conoces, entró en el Banco Continental por mí. No le querían. Había recelos. Yo rogué, trabajé, revolví, y entró. Ha timado veintidós mil pesos. Nadie puede creerse complicado en esto; pero mi honor me acusa de benevolencia lesiva para el prójimo, y he pagado.

—Pero, Manolo, esto mío es otra cosa. Comprende...

—¿Para qué? Tengo observado que quienes mejor viven son los que no se preocupan de tonterías. Y como alguna vez ha de corregir uno sus defectos, he decidido prescindir de la caballerosidad, del decoro y de todas esas monsergas. Así es que deseo hacer esta rectificación: yo no soy un caballero, yo soy un granuja. Tomen nota las personas honradas que pensasen explotarme en cualquier forma.



“mamá-abuela”

PARA ella la vida se reduce hoy a tres cosas: “chochear” con los nietos, oír misa y hacer calceta. Estos dos últimos placeres solían amargársele, porque la pobrecilla sufre de reumatismo y a veces no podía manejar las agujas, o el dolor en las piernas no la dejaba salir a la calle. Ahora ya no, desde que entró en casa la

CAFIASPIRINA

No sólo le alivia los dolores, sino que tomándola regularmente ha logrado que los ataques sean menos agudos y frecuentes. Por eso ella, que antes no creía en “esos descubrimientos modernos”, tiene ahora fe tan ciega en la CAFIASPIRINA y la llama “mi remedio milagroso”.

Y todos en la casa opinan como ella, porque a todos alivia y les devuelve el bienestar.

“Milagrosa” también para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los excesos alcohólicos; las trasnochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍÑONES.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE “CAFIASPIRINA” de dos.

Una serena mañana de mayo (han pasado ya muchos años de entonces acá), bajo la suave caricia de que es capaz el sol en latitud 18, el aspirante de guardia saliente miraba amantillar el aparejo a son de puerto...

Los últimos golpes de los escudadores sobre cubierta anunciaban la terminación de la limpieza de aguas. La gente del palo mesana, sin duda más activa, orgullosa de su limpieza de bronce adujaba "a la holandesa" los cabos de la maniobra en un derroche supremo de marinera coquetería.

Aunque los deseos de dejar la guardia eran muchos, bajaba a la camareta pausadamente, con los anteojos en bandolera y los tiros en la mano como persona que cree abandonar un puesto de importancia... Y frío, sereno, como un buen comandante en el puente, con el aire natural de quien discierne un favor, pidió a otro camarada una navaja con todos los adminículos necesarios para la toilet personal.

Mientras se enjabonaba, silbando entre dientes el aire de una marcha de a bordo, pensaba, así, como al descuido, que sus compañeros no tenían razón en negarse rotundamente a retribuir una visita a cierta familia, sobre todo por haber en ella niñas bien parecidas y pertenecer a un núcleo de verdadera significación social.

Como la negativa de parte de sus compañeros era terminante, él sería más gentil y haría honor a los antecedentes de la brigada a que pertenecía. Si los otros aspirantes no lo comprendían en esa forma, él estaba allí para velar por el prestigio de toda la "camada" si era necesario.

¡Sí! decididamente iría a la casa de la calle de Las Cruces, aunque tuviera que escabullirse con el mayor disimulo del baile que la legación Argentina ofrecía a la plana mayor del buque. Su ausencia, por otro lado, no despertaría sospechas, pues en la fiesta estarían muy solícitos con las niñas donosas y elegantes, además de los mozos con galones, los siete cadetes restantes de la "brigada" franca.

Antes que la segunda pasada de la navaja terminara su cometido, había tomado una resolución al respecto. Como su gorra no le pareciera del todo presentable, pediría prestada una nueva a sus camaradas de la "brigada" de guardia. Y así lo hizo. Pero; ¡cosa extraña! ese día las gorras estaban en alza y tuvo que conformarse con llevar la propia, previo cambio del escudo, con lo que en cierto modo se rejuvenecía.

A pesar de haber mantenido con su palabra la conveniencia de quedar bien con la familia que los había invitado, su derrota lejos de molestarlo, le produjo una viva alegría, que se cuidó muy bien de exteriorizar...

¿Qué haría él en una rueda de tres o cuatro niñas y siete aspirantes, de los cuales por lo menos seis eran apuestos y gentiles?... Si la competencia fuera con la "brigada" de estribor, las probabilidades de éxito serían más equilibradas; porque en ésta, escaseaban, de veras, los tipos arrogantes...

Decididamente no son condiciones relevantes las de ser bajo, gordincho y no llevar ninguna presilla en los hombros... Pero él no consideraba perdida la partida... Apelaría a todas las armas y pondría en

El hombre propone...

Por El Teniente Doserres

juego todo su ingenio para desempeñarse con garbo y éxito.

Por lo pronto, causaría alguna impresión presentándose solo. Pediría luego disculpas en nombre de sus compañeros, congratulándose de paso con los dueños de casa. Llevaría, además, cintas con el nombre del buque, que él personalmente ataría en el brazo de la más atractiva de las chicas y por último, conformaría a las menos bellas, ofreciéndoles postales de los puertos de escala. Se reservaría además el derecho de invitarlas a todas a visitar nuevamente el buque; pero únicamente en nombre propio...

A las cuatro horas de la tarde aquella, la fiesta en la casa de

manecer en una recepción oficial, codeándose con gente seria y grande, en lugar de mostrarse afables, corteses y sentimentales, con las cuatro deliciosas amiguitas que tan galantemente los habían invitado a su casa.

Cuatro veces se calzó los guantes y otras tantas se los sacó, pensando que si es correcto llevarlos puestos, no deja de tener su encanto el saberlos colocar entre los botones consecutivos del saco-guerrera.

En esas y otras cosas igualmente importante pensaba, cuando sin saber cómo, se halló frente al llamador de una amplia casa colonial. Entonces cambiando de opinión, al verse en el vidrio de la cancela, se calzó el guante de la mano izquier-



—¡Esta sí que es buena! Ahora estoy indeciso entre irme al cementerio a depositar el ramillete en la tumba de mi inolvidable esposa, o quedarme en el corso de las flores "asaltando" corazones.

nuestra legación en Lima estaba en todo su apogeo. El aspirante del relato había desaparecido. Al pasar por el guardarropa llevóse la mejor gorra que encontró, lamentándose no poder hacer lo propio con los guantes. Después de andar unos pasos, picado por el microbio de la duda, retrocedió y contó en las perchas las gorras sin galones. La cosa marchaba bien; la línea de frente de las gorras se mantenía intacta. Poniéndose entonces la capitana en la cabeza, ligeramente escorada, inició la maniobra independientemente.

¡Qué afortunada en todo era su "brigada"!... en cambio con ese día tan lindo los pobres de "estribor" debían permanecer a bordo y de guardia... ¡Qué simpática le resultaba la antigua ciudad de los virreyes!... Hasta le parecía que toda la gente de la ciudad sonreía a su paso.

Francamente no comprendía cómo sus compañeros preferían per-

da, colocó en ella el otro y esperó.

Con una gorra flamante bien puede permanecer cubierto un aspirante, se dijo para sí, y con la mejor sonrisa, saludó militarmente, antes de descubrirse, a la dueña de la casa.

Quien vió y oyó en ese instante al aspirante de guardia saliente del día 10 de mayo del año 19... sabe muy bien lo que es mantener en alto el buen concepto de toda una "brigada".

—Usted será bondadosa con nosotros, señora; pero mi "brigada" está hoy invitada por nuestro ministro a la matinee de la legación — dijo con tono afectado. — Usted, comprenderá señora, — agregó cambiando de mano los guantes — lo que son estas obligaciones oficiales para nosotros los marinos... A más de la pena que embarga a mis compañeros por verse privados de vuestra presencia, lo que tengo especial encargo en testimoniar, he sido designado para obtener de us-

ted, señora, el perdón a que no seríamos acreedores, pero... confiamos en su amabilidad de usted.

Se me ocurre ahora, a la luz de la filosofía que las andanzas del vivir me han enseñado, que a la buena matrona no le preocupaba gran cosa nuestra ausencia y que la invitación era un mero cumplimiento de las niñas de la casa para con nosotros. Este breve comentario que hago en primera persona, parecería indicar que el protagonista del episodio fuese el que suscribe. Si alguien así lo interpreta no será yo quien proteste. Y prosigo.

Embriagado el aspirante, por el triunfo de su oratoria, pasó a la sala a oír música y a la vera de una de las chicas de la casa, espía el momento oportuno para ofrendar su cinta. La menos interesante de aquellas niñas, creyéndolo sacrificado por el baile perdido o quizá con intención manifiesta de comprometerlo a dar unas vueltas, preguntóle: — ¿Le gusta a usted el baile, señor?

Y él, sintiéndose solo, cerca de una niña bonita que calla y de una fea que invita, dijo con tono de hombre de mundo y reverencia extraña:

—Prefiero la buena conversación de ustedes.

Encontrábase orgulloso de ocupar una posición espectable en la reunión, cuando unos golpes del llamador, que repicaron en su alma súbitamente alarmada, atrajeron la atención de la dueña de casa.

¿No sería que habían notado su ausencia, y vendrían a notificarlo de algún disgusto del jefe de estudios? Pero la realidad fué cosa más grave. Tratábase de un aspirante, uno de los representados... Queriendo, entonces, cuidar la línea, dijo, sin que nadie le preguntara nada:

—Es de la "brigada" de "estribor"... de la otra... de la que está de guardia, ¿saben?

Pero nada le valió la explicación, porque la suerte ingrata se ensañó con él con alevosa crueldad, depurándole ese día seis llamados más, que correspondían a otros tantos aspirantes.

Y algunos, para que la plancha fuera más solemne, casi repetían a la letra el discurso que él pronunciara al presentarse, con la esperanza de conquistar el favor de las personas que los recibían...

Su diplomacia, su "savoir faire", su gentileza "garreaban sin hacer cabeza"... ¡Qué efímeros son los triunfos sociales!, pensaba.

El último aspirante que Hamó a la puerta le dió el golpe de gracia... ¡Era el dueño de la gorra conquistadora!

Sentíase mal; estaba a punto de asfixiarse. Gotas de sudor corrían por su semblante.

Haciendo, entonces, un esfuerzo supremo para aparentar serenidad, colocó en el brazo de la más fea de las niñas de la casa, la cinta con el nombre del buque-escuela y agregó ante el derrumbe catastrófico de sus ilusiones:

—Parece que refresca...

Y a los acordes de un vals, la cinta marinera que más que un moño que la uniera a su brazo resultó un nudo "Ballestrinque" "un as de guía", para no oír las disculpas del último de sus camaradas, se abandonó furiosamente a la danza.

La martingala

Por Mauricio Dekobra

Uno de mis pecados, aunque no el mayor, es la ruleta de Montecarlo. No me gustan ni el "bridge", ni el "mah-jong", ni el dominó, ni las damas, ni el billar, ni el "poker"; pero la ruleta me entusiasma.

Claro que tengo una martingala que me permite, con un fondo de doce mil francos, ganar veinte francos por día, jugando durante nueve horas consecutivas. Os la comunicaré por si el corazón os lo pide.

Ponéis diez francos a pares. Si sale par, lo dejáis dos jugadas y ponéis veinte francos a encarnado. Si gana encarnado, dejáis pasar tres golpes y ponéis cuarenta francos a falta. Si ésta gana, dejáis pasar cuatro boladas y ponéis sesenta francos a negro, etc., etc. Podéis perder temporalmente siete u ocho mil francos; pero al cabo de nueve horas, reloj en mano, los recuperaréis con una ganancia de veinte francos.

Mi martingala salvó la vida el año pasado a una joven y linda señora rubia, a quien conocí en la mesa de juego. Una de mis fichas cayó por casualidad en su escote. Trabamos conversación, y la señora rubia me dijo:

—Veo, caballero, que usted tiene una martingala.

—Sí, señora.

—Combinaciones para perder, ¿no es eso?

—La mía es infalible, señora.

—¡Siempre se dice lo mismo!

—No, señora. Con doce mil francos yo gano matemáticamente veinte francos.

—Entonces, ¿con doscientos veinte mil francos se ganarían doscientos?

—Sí, señora. Y con un millón doscientos mil francos, dos mil francos cada día... ¿Tiene usted acaso un millón?

La señora rubia sonrió y siguió viéndome jugar. De vez en cuando ponía diez francos en los números y perdía.

—Su sistema me da dolor de cabeza — dijo al cabo de algún tiempo.

—Llevo siempre sellos de aspirina... ¿Quiere usted?

—Gracias... Hasta la vista, caballero... Me espera Carlos en el café...

—Dele usted recuerdos de mi parte a Carlos.

—No bromee usted. Carlos es un marido temible y antipático, porque es celoso como un tigre... Adiós, caballero.

* * *

Ocho días después, la dama rubia, que me había vuelto a encontrar en el Casino, me abordó discretamente en el "hall". Parecía preocupada y nerviosa.

—Señor, — me dijo, — no sé cómo explicarle... ¡Me da vergüenza!... Pero ¡qué caramba! Me inspira usted confianza... Me ha sido usted simpático, y me veo en un conflicto... Figúrese usted que yo estaba muy aburrida... Ya le dije que tengo un marido celoso.

—Sí, Carlos.

—Eso es... Pues bien; tuve la debilidad de hacer conversación con un argentino, que antes de partir para Roma me regaló un solitario de treinta y cinco mil francos.

—Ese argentino sabe vivir.

—Escuche usted... El solitario constituye hoy para mí un motivo de gran preocupación. Si lo llevo, me preguntará Carlos de dónde lo he sacado. Se figurará cualquier cosa fea y me matará. ¡Sí, me matará! Le conozco muy bien.

—Y yo, señora...

—He pensado en usted.

—Gracias, señora; pero prefiero que no me mate Carlos.

—¡No se trata de eso!... Escúcheme: Usted tiene una martingala, y siempre que juega inscribe usted sus cálculos en unos cartoncitos que he visto... ¿Quiere usted prestarme esos cartoncitos? ¡Oh, nada más que cuarenta y ocho horas!... El tiempo preciso para enseñárselos a Carlos, y poderle decir: "Mira, tenía esta com-

binación, he jugado y con las ganancias me he comprado este solitario". ¡Se lo suplico, señor! Haga eso por mí... ¡Evitará usted una catástrofe, créame!

—Dios mío, señora; si eso basta para salvarle a usted la vida, no debo dudar un momento en prestarle mis cartones... ¡Ojalá impidan que Carlos se venga de usted!

Durante cuatro días, no encontré a la señora rubia en las salas de juego, y como no podía apuntar sin los cartones, me paseé sin jugar y furioso por haberme dejado ablandar por una Magdalena no arrepentida.

Al quinto día no pude resistir a la tentación de entrar en las salas. Me detuve ante una mesa, en la que se agrupaban los curiosos. Todos tenían la vista puesta en un jugador, que amontonaba ante él innumerables fichas. Me incliné para ver mejor al afortunado punto. Era un hombre de aspecto ordinario, de gran bigote negro y cejas muy pobladas. Cuál no sería mi sorpresa al ver que tenía colocados mis carto-

nes ante él y que se inspiraba en mis cálculos para apuntar.

¡Era Carlos!

Mi primer impulso fué darle en el hombro y pedirle que me devolviese mi martingala. Pero pensé en las complicaciones que podrían originarse, y no tuve ganas de verme mezclado en las desavenencias conyugales de aquel celoso con cuello de toro y manos de estrangulador.

De pronto sentí una ligera presión en mi antebrazo. Al volverme reconocí a la dama rubia. Discretamente me llevó fuera del Casino, haciéndome señas para que la siguiera detrás de los bosquecillos del jardín, y allí me dijo:

—Estoy desolada por no haberle devuelto ya sus cartones. Pero Carlos se ha empeñado en ensayar la martingala. No sé qué modificación ha hecho en el sistema de usted; pero el caso es que desde hace tres días gana treinta mil francos cada noche. No sé cómo explicármelo. Ayer estaba tan contento, que me ofreció espontáneamente una perla de quince mil francos... Mírela usted... Es bonita, ¿verdad?



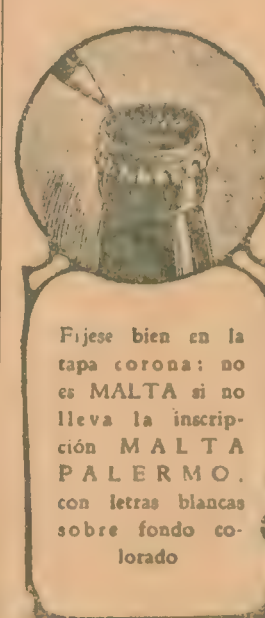
Confidencias...

—"sencillamente ha sido sorprendente el bien que me ha hecho, no sólo mejorando el color de mi rostro, que tanto te admira, sino que me siento más enérgica, activa y alegre desde que tuve la feliz idea de adoptarla como bebida de mesa."

La Malta Palermo es el reconstituyente natural que por sus altos valores nutritivos y fácil digestión, ha sido considerada unánimemente por el cuerpo médico argentino, una bebida de mesa excepcional para todas las edades y circunstancias.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Fijese bien en la tapa corona: no es MALTA si no lleva la inscripción MALTA PALERMO, con letras blancas sobre fondo colorado





Poetas uruguayos

Manuel Ruiz Díaz

MI AMOR ES DIECIOCHESCO...

Mi amor es dieciochesco, exquisito y perfumado como un acicalado marqués de Pompadour; tan etéreo, tan leve, tan sutil, tan alado que se ha quintaesenciado volando en el azur...

El puede, como un sabio, hablar en cien idiomas, conoce los aromas de lúcida embriaguez, es tibio como un nido de cándidas palomas y su dulzor de pomas es casi una acidez...

Mi amor es primoroso como un antiguo orfebre mi amor sabe de insomnios, mi amor sabe de fiebre y anhela una remota y espléndida ilusión:

Encerrar en mi vida, como en un cofre exiguo, (mi amor es primoroso como un orfebre antiguo) cual místico tesoro, tu inmenso corazón...!

CIUDAD BAJO LA LLUVIA

El relámpago escribe su enorme Z de oro en el gris y enigmático encerado del cielo, y los lamentos hondos del vendaval sonoro semejan estallidos de llantos sin consuelo.

El asfalto mojado (bien azogado espejo para las lamparillas y los arcos voltaicos) refracta la silueta irrisoria de un viejo que persigue mujeres con arrestos prosaicos.

De los altos tejados, de los viejos balcones, de las torres sombrías y de los canalones se despeña el torrente del agua en libertad.

Y, en medio del estruendo loco de las bocinas, en esta hora adorable de gracias vespertinas, la lluvia le ha lavado la cara a la ciudad.

JAZZ - BAND AND COMPANY LIMITED

En la marejada del salón que esplende, como olas de fiebre que vienen y van, el hombre se excita, la mujer se enciende en el cruel bochorno del placer que tiende sus dos manos largas a la Humanidad.

La fiebre del goce se alarga y ondula lo mismo que el clásico ofidio ancestral; surgen los pecados de lujuria y gula y en el elegante aquelarre modula lechuza agorera su grito fatal.



La fama de este poeta uruguayo data de la reciente publicación de su primer libro "Clangor", bello conjunto de poemas que presenta un original contraste: tan pronto hace ver al poeta como a un simbolista, madrigalesco y respetuoso de las formas clásicas, como nos lo muestra en un derroche de fina ironía, dominando ampliamente el léxico pintoresco de la hora actual.

Ruiz Díaz romántico, tiene muy bella sensibilidad apoyada, sólidamente, en una vasta cultura que lo distingue en el Parnaso uruguayo. Elegantes, suaves, grávidos de ensueños, prodigiosos de delicadeza, son los versos de su primera faz. En ella no es posible imaginar al poeta de otra manera que con peluca empolvada y calzón corto, entonando madrigales bajo un claro de luna, junto al balcón florido...

En la segunda, para hacer más violento el interesante contraste, Ruiz Díaz ha desatado todo su humorismo — un humorismo muy siglo XX — dándonos la también bella impresión de un poeta observador de lo que le rodea, pero celoso de la integridad de su tesoro espiritual.

Poeta, bien poeta, es este joven uruguayo que hace gala de encomiable gusto artístico y da un verso a cada latido de su corazón. Tiene facilidad para componer y una riqueza de léxico junto a tal erudición, que hacen de su libro una copa inagotable de vino añejo y depurado. Con estas bellas condiciones yo desearía — sin embargo, que Ruiz Díaz fuera definitivamente conquistado por las inquietudes de la hora y las modernas tendencias de la lírica.

... "Clangor" queda como el bello desahogo de un romanticismo remanente. Podemos esperar, confiados en el talento de Ruiz Díaz, la nueva obra, inquieta, emotiva, vigorosa, personalísima.

ALICIA PORRO FREIRE.

Montevideo, Octubre del 26.

Los negros del jazz-band se agitan frenéticos, marcando del shimmy el violento compás y es como si fueran posesos heréticos dignos de la hoguera o asnos epilépticos con su risa loca los negros del jazz.

El banjo padece furias comunistas y, loco, proclama la revolución... Turquesas, rubíes, perlas, amatistas arrancan al piano los clavicordistas en la sincopada música en acción.

Y baten el parche los tamborileros, sacuden la lonja crema del tambor que evocan remotos festejos guerreros, mientras las pecheras de los caballeros reflejan chistosas escenas de amor.

El negro más grande chewing-gum mastica y guía su banda con brío y calor... ¡Quizás en el fondo su vida complica triste remembranza del gran Tanganika con claros de bosque y florestas en flor...!

Se escuchan bocinas, golpean serruchos y flautas y pitos suenan por doquier; las damas se han puesto lindos cucuruchos, en las mesas: rosas, jacintos, cartuchos; afuera: la gloria del amanecer.

Se desarticulan los fracs promisorios, se desencuadernan en el ambigú, y en el denso ambiente de los corredores y en el aire puro de los miradores hay reminiscencias hondas de Bornú.

Mareo, catástrofe, ansia, locura, crueldad, epilepsia, deseo, frenesí... Coloquios amables que infunden pavora, risas detonantes, rictus de amargura y suaves olores de extractos Coty.

La carne en la orgía toma tonos claros (el deseo es pálido y el dolor azul), parece que brillan fantásticos faros y en los estallidos brutales y raros, las luces son ojos, los ojos son luz.

En las contorsiones de las tobilleras, rubias y morenas, triunfa el charleston, entre los escotes brillan las pecheras, revuelan vestidos, faldones, polleras: la danza negrera feroz explotó...

En la marejada del salón que esplende, como olas de fuego que vienen y van, el hombre se excita, la mujer se enciende en el cruel bochorno del Placer que tiende sus dos manos largas a la Humanidad...!

MANUEL RUIZ DIAZ.



Buenos Aires populoso y sorprendente en su gigantesco desenvolvimiento, tiene siempre para sus habitantes que creen conocerlo todo, verdaderas sorpresas que depararles, así sea en sus adelantos materiales como en sus progresos culturales.

Si de caridad se trata, es indudable que son pocos los países del mundo en los cuales esté lo filantrópico tan desarrollado como en la República Argentina.

Sumas considerables están afectadas anualmente al bienestar del pueblo, a socorrer al indigente, a cobijar a la vejez y a tutelar, en todas formas al niño, desde su más temprana edad hasta el momento de bastarse para sí y para los suyos con su propio trabajo. Y es de observar que ese cúmulo de beneficencia social que se distribuye, sin ostentación, sin ruido, es la obra del peculio particular, de la iniciativa privada, sin que intervenga el Estado, quizás porque éste se ha habituado a esperar todo del sinnúmero de asociaciones que sostienen las señoras de la alta sociedad porteña.

Mucha perseverancia se necesita para convertir en realidad hermosos programas con no menos hermosas finalidades. A veces, los mismos a los cuales se trata de beneficiar son los principales obstáculos con que se tropieza. Hay mucha indiferencia, también, cuando no mala voluntad, precisamente entre aquellos que, en razón de sus funciones o de su cultura, son los indicados para dar calor y vida a tales iniciativas.

Pero hay que convenir en que nuestras damas son, en ese sentido, muy tesoreras, y así se explica cómo llegan a encontrarse instituciones que progresan rápidamente, que de inmediato dan excelentes frutos, mientras que en otros países han sido la obra de muchísimos años, contando además con el concurso de los gobiernos.

En nuestro país tenemos un ejemplo en dicho sentido:

No hace muchos años, un núcleo selecto de señoras fundaron la Asociación Escolar Mutualista, siendo una de las más entusiastas y eficientes colaboradoras, la señora Sara Senillosa de Carranza, quien ha desempeñado la presidencia durante dos períodos y es hoy secretaria general.

Esta clase de asociación está muy difundida en Europa, pero difiere de la nuestra por cuanto las existentes en el extranjero están, por lo general, amparadas y regidas por leyes protectoras, son instituciones casi del Estado, mientras que la nuestra se debe a la iniciativa particular y carece, no obstante su importancia y los bienes que reporta, del concurso oficial que le sería indispensable.

Hemos visitado el local social situado en la calle Paraguay 1630, teniendo oportunidad de observar los beneficios que reporta.

Son varias las utilidades de esta asociación que tiene por objeto el fomento del ahorro entre los niños; la protección mutua y el espíritu de unión entre los alumnos y ex-

La mutualidad escolar en Buenos Aires. Una visita al local social

(Véase, en las páginas de información fotográfica, el complemento gráfico de esta crónica).

alumnos de escuelas y otras instituciones análogas, mediante el aporte de una pequeña contribución mensual entre ellos de 0.20 centavos los de menores de 16 años y de 0.50 desde 16 en adelante.

Los socios activos tienen los siguientes derechos:

Auxilio en caso de enfermedad.
A las gestiones necesarias para

tal particular a los que hubieren ingresado en edad escolar. Para obtener la pensión de invalidez se deberá tener por lo menos 2 años de asociado.

El auxilio de enfermedad consiste en 1 peso diario a los menores de 16 años y de 2 pesos a los mayores de dicha edad.

La asociación goza de personería



—Está muy bien arreglada la valija para el colegio... Pero, en ese hueco, podías poner un libro más.
—Lo dejé así por si se te ocurría llenarlo con una caja de galletitas.

que puedan colocarse en escuelas, casas de comercio, industrias, talleres o empleos, cuando carezcan de medios para hacerlo o presentarse, de acuerdo con los reglamentos que se dicten por la Junta de Administración.

Pensión de invalidez y vejez a los cincuenta años de edad o capi-

jurídica, acordada por el gobierno desde la época de su fundación, que fué en 1914.

Los recursos de las cajas de asistencia por enfermedad, auxilio de previsión y pensión de vejez e invalidez, se forman con las cuotas de socios activos y protectores, sub-

vención nacional y provincial e ingresos extraordinarios.

En casos extraordinarios, la Junta de Administración podrá acordar a la familia del socio fallecido un auxilio pecuniario, de acuerdo con el capital particular de pensión de vejez, acumulado por el socio fallecido.

Además, la asociación facilita medicamentos y ropas a los niños y posee una buena biblioteca que está a disposición de los socios.

Tiene la asociación diversas cursales en las cuales, además de poderse inscribir los socios en ellas se distribuye ropas, calzado, tónicos, etc.

El total de socios asciende actualmente a 120.000, más o menos, lo que da una idea de su importancia.

La institución, pues, es digna de todo el concurso del pueblo y en particular de las directoras de las escuelas que mucho pueden colaborar, cumpliendo además con disposiciones del Consejo Nacional de Educación, que se dictaran durante la presidencia del doctor Arata.

La comisión directiva está compuesta en la siguiente forma:

Presidenta honoraria de la Junta Directiva: Regina Pacini de Alvear.

Presidenta: Elvira Pérez de Cranwell.

Vicepresidentas: Irene Martínez de Hoz de Campos y Susana del Campillo de Mitre.

Secretaria General: Sara Senillosa de Carranza.

Secretaria de Notas: Angélica Centeno.

Secretaria de Actas: Gisella Show.

Prosecretaria: Sara Pearson Esnaty.

Tesoreras: Laura Lanús de Alcobendas y Carlota Casá.

Tesorera de Valores: Emilia Hortensia Senillosa de Pearson.

Roperas: Josefina Klappenbach Piñeiro, Belén del Campillo, Laura Alcobendas y María Elvira Sánchez Chopitea.

Bibliotecarias: Mabel Senillosa y Leonor Rigal.

Asistencia y trabajo: María Antonia Romero Beazley, Rita Mulcahy y Judith Fonrouge.

Anteojos y tónicos: Lía Seiber.

Consta, además de una extensa Junta Consultiva y de una numerosa Comisión de Fiestas, en las cuales figuran damas de lo más selecto de nuestra sociedad.

Un sinnúmero de establecimientos educacionales oficiales y particulares están adheridos a la Asociación Escolar Mutualista, así como muchas de las principales instituciones benéficas que prestan a aquélla su concurso moral en pro del ahorro, de la unión y de la previsión social.

Ningún niño, ni rico ni pobre, debe de dejar de ser socio de tan benemérita asociación mutualista. El rico ayuda con su peculio y el pobre se ayuda mutuamente a sí mismo.

Madres: recordad que vuestros hijos adquieren el hábito del ahorro y de la unión con la práctica, que es el mejor ejemplo.

EL ORO DE LOS SIGLOS

El tiempo es infinito en tus manos, Señor. Nadie puede contar tus minutos.

Los días y las noches pasan, y las edades florecen y se marchitan como las rosas. Mas, tú sabes esperar.

Los siglos tuyos se suceden unos tras otros en su afán de hacer cada vez más perfecta hasta la más diminuta flor silvestre.

Nosotros no tenemos tiempo que perder, y siendo así, debemos coger, luchando, cada ocasión. Somos tan pobres para que podamos ser tardíos, Señor.

Así el tiempo va volando; yo lo doy a cada hombre hurao que me lo demanda; y tu altar, entretanto, queda desierto de mis ofrendas hasta el fin.

Al término del día corro presuroso con el temor de encontrar clausurada tu puerta; pero encuentro que hay tiempo todavía, que siempre hay tiempo, Señor.

RABINDRANATH TAGORE.

La conmemoración de la suegra

Por Luís Taboada

La esposa abre los ojos, se sienta en la cama y rompe a llorar.

—¡Ay! ¡Ji... ji... ji...!

El esposo, dando un salto y sentándose a su vez:

—¿Qué sucede?

—¿No sabes qué día es hoy?

—Sí; el 2 de noviembre.

—¿Y no te recuerda nada esta fecha?

—No hago memoria...

La esposa reemprende la tarea del llanto, enjugándose con el embozo de la sábana.

—Mujer, no te pongas así. No seas ridícula.

—¡Pobre mamá! Hoy hace dos años que murió. No sé qué diera por verla ahora.

—Pues estará apetitosa.

—Nicanor, no digas barbaridades... ¡Pobrecita! Cada vez que me acuerdo de que se la habrán comido los gusanos, me da una pena...

—¡Vaya, no seas cursi!

—¿Qué madre hemos perdido! Yo no podré olvidarla nunca.

—Ni yo; aún tengo la cicatriz en esta ceja de cuando me tiró el platillo de las aceitunas.

—Aquello fué un pronto, que lo demás ella te quería mucho.

En aquel momento entra la mucama en la alcoba con el chocolate.

—Eusebia — dice la señora, secándose los ojos con la manga del camisón. — Dígame usted a la cocinera que suba. ¡Ay, Dios mío!

—¿Está mala la señora?

—No; es que me acuerdo de mi madre, que en paz descanse.

—¡Dios la haga perdonado!

—Ji... ji... ji...

La chica deja el chocolate sobre la mesa de noche y desaparece. La señora siempre gimiendo, coge el chocolate y empieza a tomarlo entre suspiros y exclamaciones de pena, mientras el marido se viste silenciosamente.

—¿Se puede pasar? — pregunta la cocinera desde el pasillo.

—Pase usted, Paca. — (Entra la cocinera). — Va usted a hacerme el favor de llevar las velas de todos los años a la pobrecita de mi mamá — gime la esposa ahogada en lágrimas. — Ya sabe usted: el número 108, según se va a mano derecha.

—Sí, señora, ya lo sé.

Y antes friega la lámpida con arena y ve usted si tiene alguna rendija para evitar que le caiga nada dentro.

—Así se hará.

—Y cuide usted de que no la pisen.

La cocinera prodiga sus mejores consuelos a aquella hija inconsolable, y ésta, que está en todo, le dice:

—Paca, hágase una costilla para que se la coma en la Chacarita, porque no podrá venir a almorzar.

Cuando ha desaparecido la cocinera, la señora reanuda el llanto y se viste entre sollozos, confundiendo las prendas hasta el punto de meterse una media por la cabeza, creyendo que es la blusa de casa. Al notar el error aumenta su desconsuelo y dice:

—No sé lo que me hago. ¡Dios mío! ¡Qué día voy a pasar!

Aún no ha acabado de decirlo y se oye en la cocina a Eugenia que canta un tango andaluz. La señora corre hacia allá desolada, diciendo con acento de indignación:

—¡Silencio!... ¡Parece mentira que en un día como éste tenga usted gusto para cantar! ¡Se olvida usted de aquella santa que está pudriendo tierra!...

El esposo, entretanto, se ha ido a lavar, y observa que no hay agua en el palanganero.

—¡Agua! — grita desde el gabinete. — Vátera más que en vez de llorar procuraras que

estuviesen las cosas en su sitio. Lo primero es lo primero.

—Hoy no tengo la cabeza para nada — contesta la esposa. — Hoy es un día para mí muy triste, tristísimo, desgarrador.

—La tristeza no tiene nada que ver con el aseo. ¡Se puede estar triste y lavarse al mismo tiempo!

Por toda contestación, la esposa llena el jarro y después se sienta a llorar, arrimada a una cómoda.

—¿Piensas pasarte el día así? — pregunta el marido echando lumbre por los ojos.

—Respeto mi sentimiento. Se trata de un ángel que he perdido para siempre.

—¿Ángel?

—Ángel, sí: ángel. ¿Qué tienes que decir de ella? ¿Por qué te tiró un plato con aceitunas vas a negarle las buenas condiciones que poseía?

—No me hagas hablar.

—Y tú respeta mi dolor. Hoy debe reinar en esta casa la tranquilidad y el recogimiento.

El marido se ríe; la mujer se irrita; los dimes y diretes van tomando un giro peligroso, y él, fuera de sí, coge a ella por el moño y la arroja contra un sofá. Defiéndose ella con ardimiento, él se enfurece, desplómase un armario, ruedan por el suelo varios chirimbolos y tienen que acudir la criada y unos vecinos que van en busca de la policía.

—¿Qué pasa aquí? — pregunta el vigilante.

—Nada — dice el esposo. — Que estamos conmemorando a nuestros queridos difuntos.

Un
cerebro
nuevo



Para tener un cerebro como nuevo y volver a trabajar con la energía, entusiasmo y provecho de siempre, es necesario tomar

NUCLEODYNE

(EL TONICO QUE DA FUERZAS)

Conviene a los deprimidos, pesimistas e indiferentes, que se vuelven enérgicos, entusiastas y optimistas, pues la NUCLEODYNE es un estimulante del espíritu que exalta la personalidad.

La NUCLEODYNE es probablemente el mejor tónico que existe. Entren en su fórmula: fósforo fisiológico, alimento de las células; estricnina, tónico de los nervios, y zumo testicular de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

La NUCLEODYNE es un alimento cerebral que hoy y por mucho tiempo será insustituible.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida Buenos Aires



Centro Cultural de ex-alumnas y alumnas de la Escuela Profesional Núm. 4



Con objeto de allegar fondos en beneficio de la caja social del Centro Cultural de ex Alumnas y Alumnas de la Escuela Profesional N.º 4, realizóse un lucido festival artístico en el teatro Grand Splendid, que alcanzó el más brillante éxito.—A la izquierda: las señoritas Marisa Amadeo, Beatriz Eguía Muñoz, Zulema Paz, Justa Galarza Méndez, Judith Cerini Eastman, Bertila Miqueo López, Ernestina Bonomi, Eida Almeida, Mora Blasco y Antonia Saez, que interpretaron con toda propiedad "El patio andaluz", uno de los más atrayentes números del programa.—A la derecha: una de las parejas que tomaron parte en el cuadro "Los románticos", de la zarzuela "Doña Francisquita", original del maestro Amadeo Vives.



El cuadro titulado "Los románticos", de la zarzuela "Doña Francisquita", Son ellas, las señoritas Irma Ferro, Clara Feinsilber, Angela Mangiaroti, M. C. Gómez del Castillo, Sara Broitman, Zulema Paz y Dora Torracca; y "ellos", las señoritas García, Troisi, Salvati, Poiotto, Miqueo López, Eguía Muñoz y López.

Las señoritas Beatriz Eguía Muñoz, Zulema Paz, Clara Feinsilber, Irma Ferro, Eida Almeida, Delia Durán, Ana Herman y Mora Blasco que, bajo la dirección del señor Pedro Lugones, integraron el conjunto denominado "Fiesta campera", otro de los números del programa hábilmente representado.

Demostración a la educacionista señora Victoria F. de Jordán

Con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación, la señora Victoria F. de Jordán, directora de la Escuela Normal N.º 3 del Consejo Escolar VIII, fué objeto de un homenaje por parte de las ex alumnas de dicho centro educacional, consistente en un festival organizado en su honor y realizado en el teatro de la Opera. — Las señoritas de Cánepa, López, Cazzullo, Lastreto, Tarascón, Zanini, Fourrier, Castellano, Noscilio, Lamas, Arabia, Schultz, Arauz, Llorento, Musmanno, Millono, Azzaretti, Castella-o, Barberis, Gómez, Schultz, Giambastiani, Devalle, Pastré, Maquieyra, Arriaga, Grimo'di, Fasce, Pouriot, Adánoli, Schultz, Callot Bois y Fernández, que interpretaron el cuadro "Rococó", bajo la dirección de la señorita Luz Artega.





La partida a Europa de don Ramón Cabezas



Retribuyendo atenciones de que ha sido objeto y con motivo de su partida a Europa, don Ramón Cabezas ofreció un banquete en honor de destacadas personalidades de la banca, del comercio y de la industria españoles y al cual asistieron también el cónsul de España y las autoridades de diversas asociaciones hispanas.—La cabecera de la mesa.



El sitio de honor en el banquete que el personal superior de la importante casa comercial del señor Cabezas, ofreció a este caballero en vísperas de su partida. En dicho acto se pusieron de manifiesto los sinceros afectos y simpatías de que dicho señor goza entre sus subordinados.

Inauguración de consultorios médicos en la policía de la capital



En el departamento central de policía, llevóse a cabo el acto inaugural de los consultorios médicos destinados a prestar servicios profesionales en las especialidades de vías urinarias, nariz, garganta y oídos, oftalmología, odontología, radiología y laboratorio químico.—A la izquierda: el doctor Carlos Arenaza, jefe de Sanidad de la policía.—A la derecha: el jefe de policía y altos empleados de la repartición, durante el lunch.

Bibliografía

Visita de estudio

Música



Nuestro colaborador, señor José María Brana, que acaba de publicar un volumen de interesantes cuentos, titulado "El señor destino".



El profesorado de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini y del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, realizó una visita de estudio a las instalaciones de la Cervecería Palermo.—Los visitantes durante el lunch con que fueron obsequiados por la dirección del establecimiento.



El notable compositor Nicolás Verón, director de la orquesta del Real Cine y autor de la marcha "General Alvear", obra que ha obtenido gran éxito.

El general Julio A. Roca tendrá un monumento



La presidenta de la junta central de señoras de la Comisión Nacional pro monumento al general Roca, rodeada de los miembros de la misma, durante la función realizada con todo lucimiento en el Grand Splendid, ante una concurrencia de lo más calificada, que llenó totalmente la sala de dicho coliseo.



Señora doña Antonia Méndez de Galarza, a cuya iniciativa se debe gran parte del éxito.



Señoritas de Lugones, Méndez y Bermúdez, que contribuyeron eficazmente al brillo del acto, interpretando diversos números del programa.



Vera Vergani, que tomó parte principal en la fiesta, prestando su valioso concurso.

Teatros



Ofelia de Aragón, la notable cantante de aires nacionales, españoles y criollos, que ha obtenido brillantes triunfos en los escenarios porteños.

Partido internacional de basket ball



Arriba: equipo uruguayo, a quien correspondió el triunfo por 37 a 24 tantos. Abajo: conjunto argentino vencido en su encuentro con los uruguayos, realizado en la cancha del Club Hindú.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—Enlace de la señorita Ana Peluso Castel, con el señor Ricardo M. Fernández Mira.



La señorita Adela Lalanne Marengo y el doctor Juan Carlos Sigwaed, después de la bendición de su enlace.



Los desposados, señorita Sara Petrouille y señor Francisco Delleplane.



Enlace de la señorita Isolina Zulema Boccio con el ingeniero Adolfo A. Arana.



Los esposos Enrique Gómez y Edelmira Durante, rodeados de su familia, en ocasión de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



La señorita Angela Berlingeri y el señor Francisco Boquette, después de sus desposorios.



ROSARIO.—Enlaces: Señorita Lola Mazza Gigena con el señor Jorge Carbó Paganini.



Señorita Carmen S. Motta con el doctor Isidro M. Natale.



Señorita Francisca Díaz con el señor Manuel Román.



Señorita Pepita Isern con el señor Godofredo T. Milano.



Actualidades cinematográficas



Laura La Plante, como protagonista de "¡Qué noche aquella!", divertida cinecomedia Jewel, que la Universal estrenará el 12 de noviembre.



Ivor Novello y Mae Marsh, en "El apache", cinedrama que la Corporación exhibe desde ayer.



Catherine Hessling, en "Naná", cinedrama que la General estrenará el 12 de noviembre.



Irene Rich, Helene Costello y Williard Louis en "La vida es un charleston", que la General estrenará el viernes próximo.



Mademoiselle Josyane en "Aurora de sangre", film que la New York exhibe desde la semana anterior.



Virginia Lee Corbin y Otis Harlan, en "¡Qué escándalo!", film que la Universal estrenará el 19 de noviembre.



Escena de "El torbellino del matrimonio", que interpretan Nita Naldi, Corine Griffith, Kenneth Marlan y Harrison Ford, que Glücksmann exhibe desde anteayer.

La mutualidad escolar en Buenos Aires

(Véase en la página 15, la crónica correspondiente a esta nota gráfica)

La presidenta de la Asociación Escolar Mutualista, señora Elvira Pérez de Cranwell, la tesorera, señora Laura Lanús de Alcobendas y la secretaria general, señora Sara Senillosa de Carranza, atendiendo la sección subsidios por enfermedad, de la humanitaria institución mencionada, en la cual obtienen numerosos beneficios los millares de alumnos y ex-alumnos de las escuelas, que se hallan inscriptos como socios de la misma.



La sección ropero, atendida por la señora Elvira Pérez de Cranwell.



La sección anteojos y fortificantes, cuyo funcionamiento se halla a cargo de las señoritas de Carranza y de Echezarraga.

DE CORDOBA



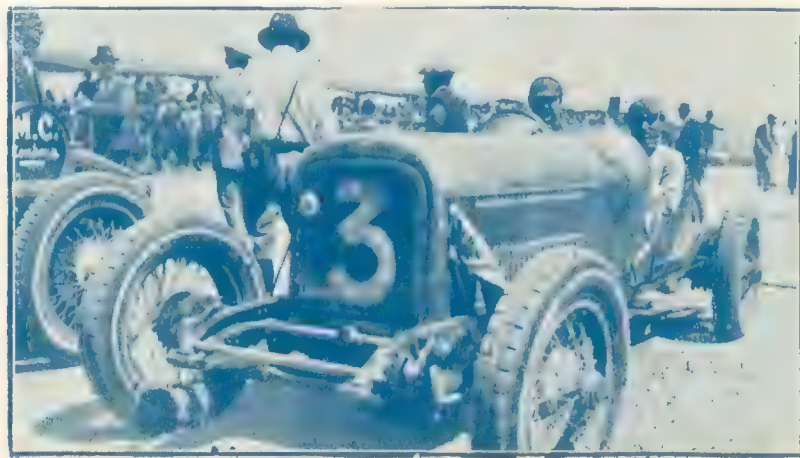
Grupo de esgrimistas que tomaron parte en el campeonato de primera categoría últimamente realizado en el Club Social.



Carrera automovilista.—Ernesto Bossola, con coche Bugatti, ganador de la prueba, acompañado de Gregorio Wolovick.



Domingo Bucci, piloteando un Hudson, con el que obtuvo el segundo puesto.—Le acompaña Héctor Salmograghi.



Alejandro E. Posca, a quien correspondió el tercer lugar dirigiendo un Dodge.—Acompaña Pedro Zarza. (Fots. Guillaume).

Notas de España. - Condecoración del alférez Núñez



En Las Palmas de la Gran Canaria y a bordo del cañonero "Bonifaz", llevóse a cabo la ceremonia de la imposición de la Gran Cruz de María Cristina al alférez de navío, don Jesús Núñez, por su valiente actuación en el desembarco y toma de la plaza de Alhucemas. El alférez Núñez es hermano del heroico teniente de navío don Antonio, que se arrojó desde un dirigible por salvar al malogrado teniente de navío don Juan Manuel Durán.—Grupo de damas y caballeros concurrentes al acto, tomado a bordo de la citada unidad de la armada española.



El comandante del "Bonifaz", don Gabriel Ferrer, en el momento de condecorar al valiente oficial. (Fots. Teodoro Malsch.)



De izquierda a derecha: comandante del cañonero "Bonifaz", don Gabriel Ferrer; alférez de navío don Jesús Núñez, y don Emilio Ley Arata, distinguida personalidad de Las Palmas, que representó al contraalmirante Núñez, padre del condecorado.

De Asunción (Paraguay). - Manifestación en honor de la Argentina



Dos instantáneas de la gran manifestación realizada en homenaje a la República Argentina y como acto de agradecimiento del pueblo paraguayo, por los socorros enviados a las víctimas de la catástrofe ocurrida en la ciudad de Encarnación. (Fots. H. J. Carrón.)

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



Un aspecto del banquete realizado en el Palace Hotel y organizado por los expositores del Segundo Salón del Automóvil.—El presidente, señor Copello, hablando.



Enlace de la señorita Aurora Bertola con el señor Natalio Molinari.—Los contrayentes e invitados, después de la ceremonia nupcial.



Elenco infantil que, bajo la dirección del señor Larrechea, hace las delicias de la gente menuda, en el Jardín de Niños.



Cotella, ganador de la carrera ciclista de 60 kilómetros organizada por el Club Ciclista Rosario, llevado en andas después del triunfo.



Incendio de la fábrica de bolsas de Saint Froes.—Los bomberos atacando el fuego que hizo presa en los fardos de arpillera y que duró tres días.



El comandante del cuerpo de bomberos, señor F. Otero, y su ayudante capitán Benaprés, dirigiendo la lucha contra el voraz elemento.



Match Rosario Central v. Tiro Federal. — Equipo de Rosario Central, que venció por 5 a 0 goals.



Match Newell's Old Boys v. Bolgrano.—Una incidencia del partido, que se resolvió por empate de 2 a 2 goals. (Fots. Flores Toledo).

Entre los papeles del famoso literato ruso, fueron hallados últimamente los manuscritos de quince cuentos inéditos, cuya publicación, en ruso, ha llamado hondamente la atención. Este cuento fue escrito en el año 1851, permaneciendo desde aquella fecha sin publicarse. La traducción — fiel y literal, por primera vez en castellano — ha sido hecha especialmente para FRAY MOCHO.

Escribo la historia del día que pasó, no porque haya sido extraordinario o se haya distinguido de los otros, sino simplemente porque hace mucho ya que yo deseaba contar la parte espiritual de lo que vive un hombre en un día. Sólo Dios conoce la enorme variedad de sensaciones y de ideas que crean las impresiones de un hombre en el corto período de un día.

Si lo pudiera contar a manera que yo solo pueda leerme y que otros no lean como yo me leo, sería fácil escribir todo un libro interesante. Pero dudo si habría tanta tinta, en el mundo entero, para escribir todo lo que se piensa, y algún tipógrafo que pueda componerlo.

Ayer me levanté tarde. Eran las diez menos quince. ¡Es claro, cómo me había acostado después de las doce! (Hace mucho tiempo que resolví acostarme siempre antes de las doce, pero no puedo remediarlo y esto de acostarme tarde me sucede a menudo).

Además, las cosas pasan siempre de tal manera que no se puede decir que yo sea el culpable. (Sin embargo, esta vez, creo que la culpa es mía). He aquí lo que pasó: Yo jugaba a las cartas. No es que yo sea un jugador empedernido, como se podría pensar. Me pasaba lo que a aquel bailarín, que baila no porque le agrada bailar, sino simplemente porque quiere dar vueltas. Entre todas las cosas que aconsejaba hacer Juan Jacobo Rousseau — y nadie le obedeció — está también la de jugar al "Bilbock" para que las manos estén siempre ocupadas de algo. Pero esto no basta. Cuando se está en sociedad es necesario que no sólo las manos, sino también la mente, estén ocupadas con algo con lo cual se puede tanto hablar como estar callado. Lo mejor del caso es jugar a las cartas.

La gente de la antigua generación quejase de que hoy no se mantienen conversaciones en la sociedad. No sé qué hombres habrán existido antes (creo que eran como los de hoy), pero creo que no hay cosa más tonta que una conversación. Es imposible llevarla en sociedad, no porque les falte inteligencia a los hombres, sino porque se quieren demasiado. Cada uno quiere hablar de él o de lo que para él es interesante: si uno habla y el otro se calla, no es una conversación, sino una conferencia. Y si ya se reúnen dos personas que podrían mantener una conversación, basta que se meta una tercera para echarlo a perder todo: porque es necesario darle ocasión al tercero para que diga algo. Cuando abre la boca, todo el tema se va al diablo.

También hay conversaciones de personas ocupadas de un solo asunto y nadie las interrumpe; pero esto es peor, porque cada uno habla sobre su tema desde su punto de vista; interpreta todo según su concepto y mide todo según su me-

La historia de un día que se fué

Por León Tolstói

(VERSION DE JOSE LIEBERMANN)

dida y con la continuación de la conversación cada participante se aleja más de los otros y luego cada uno nota que no conversa, sino que predica, que se pone como ejemplo, a sí mismo, y que los otros no oyen palabra de lo que dice, porque hacen lo mismo que él.

Una conversación entre personas es como hacer rodar huevos. Cada

huevo va rodando a otro lado. Ya no me refiero a aquellas conversaciones que se llevan así nomás, sin objeto ninguno, porque no es propio callar en sociedad, así como no lo es aparecer sin la corbata en su lugar.

En tal caso, sucede lo siguiente:

Uno piensa: Usted ya comprende que yo no tengo el más mínimo in-

terés en la conversación, pero hablo porque no está bien quedarme con la boca cerrada. El otro piensa: Habla, habla, que te conipadezco. Sé que no es propio quedar callado.

Esto no es una conversación. Es un frac negro, una tarjeta de visita o unos guantes — porque así es la costumbre y no hacerlo sería pecar contra la etiqueta. Por esto digo que jugar a las cartas, en sociedad, es una gran cosa.

Cuando se juega a las cartas puede uno permitirse el lujo de callar. No hay obligación en hablar y si uno quiere, puede lucirse largando alguna frase bonita, sonora, y nada más. No está obligado uno a continuar la conversación. Dicha la gran frase — y nada más.

El mejor chispazo de la inteligencia hay que reservarlo para el fin, cuando ya se toma el sombrero y el bastón. Entonces es el momento de disparar la gran idea. En sociedad hay que aparecer como un caballito de carrera: si uno no se distingue al final, queda en ridículo. No una vez tuve ocasión de ver personas, no sólo inteligentes, sino que a veces podían lucirse en la conversación, perderse en el momento final, porque no tuvieron ocasión de reservarse lo mejor para el momento de la despedida, sino que dispararon ante toda su munición. Mientras les resulta agradable la conversación, dicen cosas muy chispeantes y bonitas, pero cuando se fastidian, pierden las ganas de hablar y hasta les da pereza contestar cuando se les dirige la palabra. Cuando se retiran, la impresión que dejan es mala y se dice: ¡Qué hombre pesado!

Pero cuando se juega a las cartas, nada de esto puede suceder. Uno puede darse el lujo de no hablar. Además, juegan también a las cartas las señoras jóvenes; y ¿qué puede haber mejor que estarse dos o tres horas cerca de una bella mujer! Ya es una vieja ley que en cualquier sociedad, con tal que haya mujeres, sobre las que pueda posarse la vista, ya todo está bien.

Así es que jugué a las cartas; me sentaba a la derecha, a la izquierda, enfrente... en todas partes estaba divinamente bien.

El reloj había dado las doce menos cuarto cuando terminamos el juego... ¿Por qué ésta mujer me quiere... (¡Si pudiera poner punto aquí y terminar la frase!) hacer perder el tino y verme confundido? Con sólo estar sentado a su lado ya me encuentro medio perdido. A cada rato me parece que no tengo las manos bastante limpias, que estoy mal sentado... y me estoy torturando en este momento porque tengo un granito en la cara y justamente en el lado donde está sentada ella.

Además creo que ella no tiene la culpa: yo soy el que me pierdo, como me pasa siempre cuando me encuentro en una reunión de gente que quiero poco o que quiero demasiado. ¿Por qué es así? Porque a unos quiere demostrarse que se le quiere poco y a otros, que se les aprecia mucho, y es muy difícil demostrar lo que se quiere. A mí siempre me resultan las cosas al revés. Quieres ser frío y te parece que exageras y para remediarlo, te haces demasiado amable. Conmigo que quieres mucho te resulta también difícil traer la pauta de conducta. La idea de que ellos puedan pensar de que no los quieres como debieras quererlos, te pone

Pidan

“QUILMES
CRISTAL”

La mejor cerveza

ANECDOTA

En vísperas de subir al poder el partido fascista, bullía y se agitaba, atacando con igual agresividad a los comunistas y a los “populdrí” del cura don Sturzo.

Una delegación fascista se presentó en el Vaticano a audiencia de Su Santidad. Nadie conocía las normas religiosas del nuevo partido, y si sólo su desdén por la rutina y el protocolo. Todo ello hacía muy embarazosa la situación del visitado.

Y el cardenal que fué a avisar la visita a Pío XI, oyó que Su Santidad murmuraba:

—¡Qué fastidio, los fascistas...! Y lo peor es que no se les puede decir que no estoy en casa...

dificultades y te descarrila de tu camino y te vuelves seco y serio, aunque no lo quieras.

Ella, es para mí una mujer, porque posee todas aquellas agradables cualidades que obligan a quererla, o tal vez la quiero simplemente porque es más agradable que no quererla. No porque ella pueda pertenecer a un hombre. Esto no lo pienso siquiera. Tiene la fea costumbre de hacerle caricias a su esposo en presencia de la gente. Pero ¡qué me importa! Me da lo mismo que si ella hubiera besado la estufa o la mesa. Es un juego que le gusta.

Es una coqueta... no, no es una coqueta. Solamente le gusta agradar y hacer perder la cabeza a los hombres que se interesan con ella. No quiero decir que es coqueta, porque el concepto de la palabra no es muy bueno. Cuando una mujer muestra su cuerpo desnudo, o es hipócrita en amor, no puede llamarse coqueta, sino desvergonzada y vil. Pero si quiere solamente agradar o tiene la debilidad de hacer perder la cabeza a los hombres que la rodean, no hay que acusarla. No hace mal a nadie. Al contrario: es un inocente placer para ella y para el otro.

Por ejemplo: yo estoy ahora contentísimo de que me guste y no quiero nada más.

Hay dos clases de coquetería: una inteligente y otra tonta.

La coquetería inteligente pasa casi desapercibida y nunca podéis pescar a la pecadora: pero la coquetería tonta salta en seguida a la vista. La mujer que coquetea tontamente, parece decir: "Es cierto que yo no soy de las hermosuras célebres, pero tengo piernas lindas. Obsérveme bien cuando subiré al coche... Vea qué piernas tengo!" Esto puede ser cierto, señora. Tiene usted piernas muy lindas, pero yo las he visto, simplemente porque me las habéis mostrado. La coqueta inteligente dice: "A mí me da lo mismo; yo tengo calor, y me quito el sombrero. ¿Le gusta? ¿Y a mí qué me importa?"

Esto es inocente y es hermoso.

Miré el reloj y me levanté. ¡Qué raro! Parece que en todo el tiempo ella no me miró y solamente lo hacía en el momento en que yo la hablaba. Sin embargo no se le había escapado ninguno de mis movimientos. "¿Qué reloj extraño tiene! ¡Un reloj rosado!" A mí me ofendió lo que dijo. ¿Cómo se le ocurre que mi reloj es rosado? Me parece que quedé bastante turbado, porque cuando quise explicarle que se había equivocado, que mi reloj no era rosa, sino un reloj muy bueno, de acero, quedó también ella algo confusa. No dudo que se habría arrepentido por lo que dijo, aquello del reloj rosado, que me había confundido completamente.

Comprendimos los dos que aquello era muy cómico y nos pusimos a sonreír. Me resultaba muy agradable. ¡Muy bien! Los dos medio abatados y sonriéndonos los dos. Sea una fruslería todo el asunto, la cuestión es que era de ambos. En general me agradaban mucho aquellas relaciones que se expresan con una sonrisa mutua y con los ojos. Hay algo que no se explica y en eso está su belleza. Es cierto que uno no comprende al otro. Pero cada uno comprende que el otro comprende que lo comprende.

No sé si quiso ella terminar la conversación que tanto placer me causaba, o si quiso ver simplemente

si me agradaba seguir sentado a su lado y jugar a las cartas; observó las cifras anotadas en la mesa; tomó un pedazo de tiza y dibujó una figura, miró al marido, luego a mí, y dijo:

—¿Seguimos jugando?

Observando sus movimientos, que tenían una gracia indescriptible, me puse a buscar en mi memoria alguna frase feliz... pero no encontré nada y repliqué secamente:

—No, yo no juego más.

En seguida me arrepentí de lo que dije. Es decir yo del todo no, sino una parte de mi yo. No hay cosa contra la cual no proteste par-

te — no gozaré aquí de un placer tan extraordinario; en verdad no me gusta tanto y además me encuentro un poco confundido por su culpa; y ya dije que no jugaba más y no puedo retirar mis palabras.

—"Qué amable es este joven" — dijo ella en francés. Esto lo dijo en seguida después de haberme negado yo a continuar jugando. Empecé a excusarme, de que me era imposible seguir y para mí coleteo pensaba:

—Me resulta muy agradable de que ella hable de mí en tercera persona y no me nombre. Si ella hubiera hecho esta observación en

presiones en tercera persona, no me dí cuenta que al mismo tiempo que me disculpaba por no serme posible quedarme, volví a colocar el sombrero en la percha y me senté a la mesa. Está claro que mi parte espiritual no se daba cuenta de lo que haría el cuerpo.

Ella, con la tiza que tenía en la mano, escribió algo en la mesa, que no pude distinguir; levantó luego la mano, más de lo necesario, y arrojó la tiza. Apoyó los brazos en el sofá y moviéndose de un extremo a otro, levantó la cabecita — una hermosa cabecita con una carita redonda, con ojos semicerrados, negros, muy enérgicos, una naricilla angosta y con una boquita que estaba en conjunción con los ojos y expresaba algo nuevo.

¿Qué decía la boquita en aquel momento? Esa reflexión y burla, un leve despecho y el deseo de no reírse, capricho extraño, inteligencia y tontería, pasión y pereza... Vaya a saber uno lo que expresaba aquella boquita!

Pasaron unos minutos. El esposo salió, sin duda para dar las órdenes de preparar la cena.

Y, siempre sucede lo mismo: Cuando me dejan solo con ella me invade un temor y me siento mal. Cuando mis ojos siguen a las personas que se van, siento un dolor extraño en mi corazón. Me parece que mi dama se pasa a otro lado y que yo quedo solo. Estoy seguro que a Napoleón no le dolió tanto el corazón cuando vió, en Waterloo, que los sajones se pasaban al campo enemigo, como me dolió a mí, en los años juveniles, al ver alejarse de mí a una dama.

En tal caso apelo al mismo remedio que tengo al bailar un *cua-dril*. Hago la parada de no darme cuenta que estoy solo.

La conversación que habíamos iniciado antes de marcharse el esposo, terminó; yo no hice más que repetir las últimas palabras, agregando, además:

—Sí, sí; así es.

Y ella repitió también sus últimas palabras, agregando:

—Sí.

Pero luego iniciamos una conversación en silencio, sin hablar.

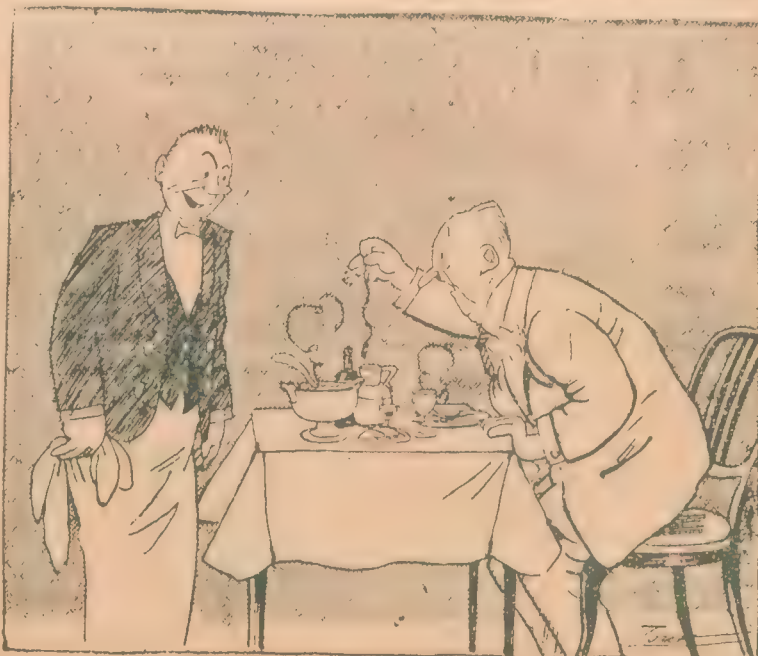
Ella: Sé bien porqué usted repite sus palabras anteriores; se avergüenza usted de estar solo conmigo y sabe que yo también me avergüenzo, pero para no demostrarlo, usted habla; bueno, le agradezco la galantería; pero ya que habla podría haber dicho algo interesante.

Yo: sí, es cierto, tiene usted razón, pero no sé por qué me avergüenzo al quedar sola conmigo. ¿Puede usted acaso creer que estando solos le diré algo desagradable? Y para demostrarle que estoy dispuesto a sacrificar mis placeres por usted — por más desagradable que sea para mí — iniciaré una conversación en voz alta. Pero es mejor que empiece usted.

Ella: No, es mejor que empiece usted.

Yo había ya puesto cara de circunstancias y mi boca se disponía a hablar, a decir cosas que permiten pensar en otras, pero en aquel momento ella inició una conversación sobre un tema serio, que podía prolongarse mucho. Aquello no servía, porque en cosas así los problemas más complejos se superficializan, porque al hablar se continúa *in mente* la conversación iniciada sin palabras.

Dije una palabra. Ella otra. Callamos luego.



—¡Oiga, camarero! ¡Este pelo tan largo en la sopa no es de mucho gusto!

—¡Naturalmente, señor! ¡A usted le gustaría a lo "garçon"!

te del alma. En cambio hay otra que nunca protesta y que media: —"Qué desgracia es cuando uno se acuesta después de las doce? ¿Estás acaso seguro que mañana volverás a tener una velada tan agradable?"

Parece que esta parte de mi alma habló en forma muy hermosa y convincente, porque empecé a buscar excusas.

—Ante todo — quise convencer-

alemán, me habría ofendido y resultaría una grosería. Pero a mí me gustaría aunque lo dijera en alemán. ¿Pero porqué no me encuentra ella algún nombre apropiado? Parece que se avergüenza de llamarme por mi nombre, por mi apellido o por mi título.

—Quédate a cenar con nosotros — dijo el marido.

Y así como mi pensamiento estaba ocupado pensando de las ex-

Voces de otoño

¡Oh, campanas sonoras de la ciudad! Campanas que en la tarde apacible, quieta y dominical, ungís con vuestras voces profundas, las lejanas soledades de oro de mi parque otoñal.

...Y hay un trémolo lírico en las viejas fontanas al quebrar sus azules agujas de cristal mientras se abre el ocaso tras las torres lontanas cual la cola magnífica de un gran pavo real...

¡Oh, campanas, campanas! Vuestra grave armonía ha revuelto los pozos de mi melancolía, —esta melancolía que parece que guarde

el eco dulce y triste de esa eterna elegía que ponen los jardines de otoño, cada día en el hueco y dormido corazón de la tarde.

ANIBAL DIAZ.

Continuó la conversación sin palabras.

Yo: No, es imposible hablar en serio, porque veo que usted tiene vergüenza. Sería mucho mejor si su marido volviera.

—¡Eh, hombre! ¿Dónde está Iván Ivanovich?

Así exclamó ella dirigiéndose al criado.

Si alguno no cree en la posibilidad de conversar sin palabras, vea la continuación de lo que nos decíamos:

Yo: Estoy muy contento de que estemos solos y debo decirle que muchas veces me ofende usted con demostrarme tan poca confianza; cuando por casualidad mi pie toca, debajo de la mesa, su piecillo, lo retira usted inmediatamente y se disculpa, no dándome tiempo para hacerlo, antes de que yo abra la boca; esto debe ser porque no me considero caballero.

Entró el marido; cenamos, conversamos, y cuando salí hace rato habían dado las doce.

Estamos a principios de primavera. La noche es tranquila y clara; sobre las tejas rojas de las casas brilla la luna: las calles están cubiertas con un poco de nieve.

—¡Hola, Dimitri, el trineo!

Afuera me esperaba mi trineo de noche y Dimitri, mi cochero, oyó en seguida que yo salía y empezó a hacer ruido con la boca, de tal manera que parecía besar a alguien: en realidad era una orden al caballo para que se acercara. Allegóse el trineo hasta el corredor; el criado, tomándose bajo el brazo, me llevó hasta él. Si él no me tuviera agarrado, yo saltaría inmediatamente al trineo, pero no quise avergonzarme y me dejé llevar, metiéndome en un charquito de agua helada, que me mojó completamente los zapatos.

—¿Qué tal Dimitri, te estás helando?

¡Qué tonto! ¿Para qué lo pregunto? En fin, tal vez no sea en realidad tan tonto. Quieres hablar porque te sientes bien. ¿Por qué me siento tan bien? Si hubiera subido a mi trineo con media hora antes, no hubiera entablado conversación con Dimitri. Pero porque hablé muy bien antes de irme; porque su marido me acompañó, diciendo: "¿Cuándo te veremos de nuevo?"; porque el criado se estremeció al verme salir, dando un salto hacia mí; porque le di medio rublo de propina: por esto me siento bien. Pasa siempre lo mismo:

De nuestro recuerdo se pierde la parte media y quedan solamente el principio y el fin; la primera y la última impresión. Especialmente la última: por esto es muy buena la costumbre de acompañar a los visitantes hasta la puerta, cuando se retiran: ya entonces el dueño de casa tiene alguna palabra amable y todo sale bien.

"¿Cuándo nos veremos de nuevo?" Estas palabras, en realidad, no significan nada. Pero el visitante las interpreta a su gusto: "Cuándo", significa: Haga usted el favor y venga lo más pronto; "nos" quiere decir "yo y mi esposa, que se alegra de verlo"; "de nuevo", significa: Hemos pasado una velada muy divertida; con usted no se puede estar triste; "nos veremos", es decir: Sea tan bueno y prométame el placer. Gracias a esta interpretación el visitante queda plenamente satisfecho.

Es también necesario, especialmente en las casas donde los criados no son muy serviciales, ofrecerles propinas. Así os reciben mejor y os acompañan con más dignidad. Es cierto que lo hacen por el medio rublo, pero se puede traducirlo así: "Todos lo aprecian y lo quieren mucho en esta casa; por

—¡Diablo, eh! ¿Has comido demasiada avena!

Así grita Dimitri.

En silencio y humildemente nos deslizábamos con el trineo, no recuerdo en qué *boulevard*; durante todo el tiempo tomábamos la derecha; hasta que de repente un "infeliz" (así lo llamó más tarde



esto nos portamos con tanto respeto con usted". Es muy posible que el único que os quiera en la casa sea el lacayo y sin embargo resulta agradable. ¿Y qué hay si nos equivocamos? Si los hombres no cometieran equivocaciones no habría...

Dimitri), que guiaba un coche con dos caballos negros, chocó con nosotros. Chocamos, nos apartamos y seguimos viaje. Entonces Dimitri dijo: "¿Qué infeliz! No sabe dónde está la derecha".

No vayáis a creer que mi coche-

La Orden de la Abeja

En 1703, el duque del Maine, hijo natural de Luis XIV de Francia, contrajo matrimonio con Ana Luisa Benedicta de Borbón, y los cortesanos quisieron buscar para la joven esposa un emblema y una divisa. Como era menudita (casi enana, según algún historiador), y se movía mucho, por emblema escogieron una abeja, y por divisa esta frase tomada de la "Aminta" de Tasso: "Picola, sí, ma fa pur gravi la ferite". (Aunque pequeña, infiere sin embargo graves heridas).

A la nueva duquesa le hizo gracia la ocurrencia, y al punto la aprovechó para fundar una orden de fantasía, que prodigó entre su pequeña corte, la orden de la Abeja. Tenía por insignia una medalla de oro, con el busto de la duquesa en el anverso, acompañado de la inscripción L. BAR. D. SC. D. P. D. L. O. D. L. M. A. M.: Luisa, baronesa de Sceaux, directora perpetua de la orden de la "Mouche a miel", y en el reverso una cola si, etc." Los caballeros de la orden hacían al recibirla este curioso juramento: "Juro por las abejas del monte Himeto, fidelidad y obediencia a la directora perpetua de la orden, llevar toda mi vida la medalla de la Abeja y cumplir mientras viva los estatutos de la orden. Si falto a mi juramento, que la miel se torne para mí en hiel; la cera en sebo, las flores en ortigas, y que las avispas y los tábanos me atravesasen con sus agujones".

Al principio, se codiciaba mucho en Francia el título de caballero de esta orden, mas como ni el rey ni el papa quisieron sancionarla, se acabó por tomarla a risa y no tardó en desaparecer.

ro Dimitri es de aquellos que se avergüenzan de las palabrotas o tiene que buscarlas en el bolsillo: al contrario, a pesar de no ser fornido ni mucho menos, es un tipo que conoce su valor y puede ser severo cuando hace falta. Para esta vez se calló ante aquel "infeliz" que se le fué encima. El motivo fué éste: Primero, porque está acostumbrado a llevarme en coche, que se hace respetar y ahora íbamos en un humilde trineo, con un solo caballo; además, las varas eran muy largas y aquello tenía un aspecto ridículo. Y a esto bastaba para que Dimitri pierda un poco de su orgullo. Segundo: Era posible que la causa haya sido mi pregunta, sobre el frío. Esto le recordó que en el otoño le hacía yo la misma pregunta; quedó pensativo, un poco perplejo, y se olvidó completamente de los insultos que siempre tenía prontos. Porque entre los cocheros existe la ley, que el que primero empieza a insultar tiene razón.

Pero hay excepciones: Ejemplo: El cochero de un pequeño carrito nunca insultará al de un coche lujoso. Además, la cuestión depende de la personalidad del cochero, de la dirección en que se va... Yo mismo tuve ocasión de darme cuenta de la impresión que causa una persona con tal de que tenga suficiente insolencia.

Era día de fiesta, en Tula. Trineos con dos caballos, con cuatro, coches, faetones, carritos, todos corrían velozmente por la calle Kieff. Había la mar de gente a pie. De repente oyóse un grito que venía de una calle lateral: "¡Eh, refrena un instante, deja pasar!" Pero, ¡qué grito! Seguro y firme, como una orden. Como sin querer los que caminaban se hicieron a un lado; los trineos, coches, faetons y carritos, todos, se detuvieron. ¿Qué había pasado? ¿Quién era el gritón? La gente se desternilló de risa. Un cochero estropeado, con un trineo chico y todo deshecho, del que tiraba un triste caballo... Pero el hombre se impuso y pasó del otro lado.

Dimitri, mi cochero, es de fin natural muy quisquilloso y le agrada insultar al otro y dejarlo como cinco de queso. Pero tiene un buen corazón y quiere mucho a los caballos. Es cierto que usa látigo, pero lo emplea solamente para que el caballo no se tome demasiadas libertades. Sí, por ejemplo, no quiere estar quieto, le afloja unos tremendos latigazos. Pero sin causa, nunca. Tuve ocasión de observarlo ahora: al pasar de una calle a otra el caballo apenas caminaba y vi a Dimitri que vacilaba. Darle un latigazo, no le gustaba ni estaba acostumbrado. Pero, ¿qué haría si el caballo se detiene en medio de la calle? El no resistiría la vergüenza, aunque por el momento no habría ningún otro cochero que se burlase de él. Y esto solo es la mejor prueba de que Dimitri cumple su trabajo seriamente y no porque quiera complacer con su patrón.

Pensé mucho de las relaciones mutuas de los cocheros, de su inteligencia, movilidad y orgullo. Parece que con solo chocar, se reconocen y de ahí que muchas veces pasen del odio a la amistad. Es muy interesante observarlo todo en el mundo y más aun a las clases a que no pertenecemos. Cuando dos coches que siguen la misma dirección, chocan entre sí, los cocheros se insultan durante largo rato. El que primero ofendió trata

de adelantarse o quedar atrás, pero el otro alcanza muchas veces a demostrarle que es el culpable. Además, siguiendo el mismo camino, resulta casi siempre vencedor el que trae mejores caballos.

También me resulta interesante observar las actitudes de los señores de los coches con sus cocheros. Cuando un coche, por ejemplo, se engancha en otro, el grito de: "¡Eh animal, desgraciado, dónde te metes!", parece ser dirigido tanto al cochero como a los que están adentro y el señor trata entonces de tener una cara seria o despreocupada — con una palabra, una expresión que no tenía antes. Se puede notar en seguida que hubiera estado más contento si el caso fuera al revés. Según mis observaciones, los señores de bigote se enojan mucho cuando se le insulta el coche.

—¿Quién es el que va ahí?

Así gritó un vigilante, a quien, en mi presencia, había ofendido un cochero esta mañana. Cerca del policía había un coche. El auriga, fornido y barbirrojo, colocando las riendas debajo de él, se recostó cómodamente para tomar sol. Cerca de él el vigilante acomodaba una tabla, tendida sobre un charco. De repente parece que no le agradó la vecindad del coche, tal vez envidiando el calorito que se tomaba el rojo auriga. Tal vez porque simplemente tenía ganas de hablar. Dió un golpe con la varita sobre la tabla y gritó: ¡Eh, tú, que atajas el camino!

El cochero abrió el ojo izquierdo, miró al vigilante y volvió a cerrarlo.

—¡Eh, tú, te digo que te mandes mudar! ¿Oyes o no?

Ninguna respuesta.

—¿Estás sordo? ¡Mándate mudar, te digo!

Viendo que el auriga ni siquiera lo miraba, el policía empezó a pasearse a grandes trancos, echó una mirada a las calles laterales y ya estaba dispuesto a proferir una amenaza feroz. Pero el cochero se despezó bruscamente, tomó las riendas y volviendo su cara dormida hacia el vigilante, barbotó:

—¡Eh, pedazo de animal; ni te dieron fusil y gritas como si fueras algo!

—¡Te digo que marches!

El cochero obedeció y se fué, a paso lento. Yo miré al vigilante; murmuró algo, todo furioso y me miró como si fuera a matarme; parece que no le había gustado de que yo escuchara todo.

Sé que con nada puede ofenderse tanto a una persona como con el hecho de darle a entender que se ha visto, pero que no se quiere hablar del caso: por esto me sentí inmutado, le tuve lástima y me fui.

A Dimitri lo quiero mucho porque es maestro en dar sobrenombres apropiados a las personas que ve por primera vez. Me divierte mucho. "¡Eh, muévete, gorrita, sirviente, barba! ¡Eh, lavandera, estatua, idiota!" En general los rusos saben encontrar sobrenombres reventadores para personas. Tienen nombre para todos. A un hombre sencillo de la ciudad, le llaman "cuereador de gatos"; a un criado, "lamedor"; a un campesino, "pajarito"; a un cochero, "comedor de caballos", etc. No puedo hacer la lista completa. Que riñan dos rusos por primera vez y veréis qué nombres se darán: "Perro rengo", "Diablo tuerto", "Bestia patuda", "Demonio bizco"... Pero lo extraño es que siempre pegan ahí donde



EL.—¿Qué miras?
ELLA.—La calidad de las medias. ¿Y tú?
EL.—La calidad de las piernas.

duelo. Yo nunca olvidaré el insulto que me hizo un ruso al decir, refiriéndose a mí, en una sociedad: "¡Ah, él, el hombre de los dientes malos!" Habéis de saber que realmente mis dientes no son muy lindos y hay bastante distancia entre uno y otro.

En casa.

Llegamos. Dimitri saltó ágilmente,

para abrirme la portezuela. Yo también salté del trineo, para entrar primero. Así nos pasa siempre: yo me apuro para entrar, porque estoy acostumbrado, y él se apura a guiarme, porque también está acostumbrado así.

Llamo, llamo, y nadie responde. La vela de sebo ha hecho humo y Prova, mi viejo criado, duerme profundamente. Al seguir tocando la campanilla pensaba: "¿Por qué me

resulta siempre tan desagradable entrar en la casa donde vivo? Ya estoy aburrido de verlo al mismo Prova, en el mismo lugar, la misma vela de sebo que se derrite, las mismas manchas en las paredes y los mismos cuadros — una angustiosa tristeza me oprime cuando lo veo todo. Los que más me revientan son los cuadros y los papeles pintados en las paredes — lo hacen porque deben llenarlo de colores, pero resulta que al mirarlos dos días se hacen más feos que una pared blanca. ¡Un sentimiento tan raro y triste me domina cuando llego a mi casa! ¿Será porque no es el destino de un hombre de veinte y dos años ser soltero? Muy distinto resultaría todo si yo pudiese preguntar al viejo criado:

—¿Ya duerme la señora?

—No, señor; está leyendo un libro.

¡Qué lindo sería! Con las dos manos yo asiría su cabecita, la miraría, la miraría, la besaría mucho... y no sería tan triste volver a la noche, después de las doce. Pero ahora no me queda más que hacerle una pregunta al viejo Prova, pregunta con la que demuestro de que creo de que nunca duerme cuando yo no estoy:

—¿Vino alguien?

Prova me contestará:

—Nadie.

Cada vez que le pregunto esto, el viejo Prova me contesta con voz quejumbrosa y triste, de tal manera que me entran ganas de decirle:

—¡Eh, Prova! ¿Por qué contestas siempre con una voz tan desgarradora a mi pregunta? En realidad estoy muy satisfecho de que no haya venido nadie.

Pero me contengo y no lo digo. Prova puede ofenderse, porque es hombre de mucha dignidad.

Generalmente yo anoto de noche todo lo que me ha pasado en el día; también hago la cuenta del dinero gastado. Hoy no gasté nada, por que nada tenía, así es que no tengo que anotar nada.

En cuanto al diario mío ya es otra cosa. No sería malo que anote lo que me pasó hoy. Pero como ya es muy tarde, lo dejaré para mañana.

Ya muchas veces tuve ocasión de oír la frase: "Es un hombre vacío, vive sin objeto". Yo mismo también digo esto, no porque repita lo que los otros dicen, sino porque me doy cuenta que está mal y que un hombre debe tener una finalidad en su vida. Pero... ¿Cómo se hace para no ser un vacío y para tener una finalidad en la vida? Crearse uno mismo una finalidad es imposible. Ya lo he ensayado, pero sin resultado ninguno. No es posible inventarla: hay que encontrarla y debe ser tal para que concuerde con las inclinaciones que uno tiene, es decir que hace tiempo se encuentra en nosotros sin que lo sepamos.

Me parece que hallé la tal finalidad. Una educación completa y el desarrollo de todas mis aptitudes. Uno de los medios para alcanzarlo es tener un libro-diario. En él yo confieso diariamente todo el mal que hago. Anoto mis debilidades: soy perezoso, falso, goloso, me falta valor, amo a mi persona y me gusta sobresalir, adoro los placeres... y mucho más. Pasioncillas, en fin.

Empecé a desnudarme y se me ocurrió lo siguiente:

¿Dónde está la instrucción general y qué relación tiene con el desarrollo de mis facultades? ¿Qué tiene que ver éste con cualidades

Es la misma de entonces

Es la misma de entonces; como siempre serena; pálida como nunca; sencillamente buena.

Te ví hoy. Al mirarme con tu mirada triste, tuve la certidumbre que no me conociste. Soy aquel que en los días del amor delincuente, cuando mi adolescencia reía triunfalmente, por lo que yo creía varonil arrogancia, te hice víctima fácil de mi loca inconstancia. Comenzó así mi deuda con el dolor, pasaron los días cuyo frío mi entusiasmo agotaron, y mis lauros efímeros, marchitos sin remedio, agostó la inclemencia negativa del tedio. Así es como ahora en falencia me advierto: mi cuenta con la vida se encuentra en descubierto.

Te ví hoy. Tú podías volverme mi entusiasmo, tu ayuda lograría disipar mi marasmo. Sabía tu aquiescencia, y por eso al mirarte, mis labios se movieron como queriendo hablarte; mas, un resto de orgullo, me inhibió en el instante y pasé por tu lado con gesto vergonzante. Inmóvil, impotente, permití que te fueras: te llevabas contigo mis últimas quimeras.

Es la misma de entonces; como siempre serena; pálida como nunca; sencillamente buena...

E. RODRIGUEZ GARCIA.

buenas? ¿Adónde me llevará el diario, que no es más que un indicador de mis maldades, de mis errores y de mis extravíos, que aumentan cada día? Aunque yo arrancara de raíz estas cosas malas de mí, no me convertiría en hombre bueno, lleno de cualidades. ¡Me engaño a mí mismo y juego como un chico con su muñeco! ¿Acaso basta a un pintor saber lo que tiene que hacer para ser un buen pintor?

¿Cuando uno se contiene y no comete actos malos, lleva a cabo, acaso, obra buena? Al agricultor no le basta arrancar las hierbas malas de su campo, sino que debe arar y sembrar. "Hazte una regla para ser hombre bueno y guíate siempre según ella". Esto lo decía aquella parte de mi inteligencia que se dedica a la crítica. Quedé pensativo. ¿Cuando se destruye completamente las causas del mal, créase acaso el bien? Lo bueno es lo positivo y no lo negativo. He aquí su ventaja: lo malo se puede destruir y lo bueno, no. Lo bueno está siempre en nuestra alma y el alma es el bien, pero el mal es siempre un agregado. Si no existiera el mal, florecería el bien.

La comparación con el agricultor no sirve; él debe sembrar y arrancar las malezas, mientras en el alma no debe sembrarse el bien —que ya existe ahí desde siempre. —Un pintor ha de trabajar para hacerse práctico en su labor. Para hacerse práctico en el bien no hay necesidad de trabajar. El trabajo es vida. Frio, es ausencia de calor; oscuridad, ausencia de luz y el mal es ausencia del bien. ¿Por qué ama el hombre a la luz, al calor, al bien? Porque son lo natural y existen las causas de la luz, del calor y del bien. El Sol, Dios; pero no hay sol frío, ni sol con sombras, así como no hay Dios malo. Vemos la luz y buscamos la causa en los rayos y decimos luego que existe un sol; esto nos lo evidencian el calor, la luz, la ley de atracción universal. Esto, en el mundo físico. En el mundo espiritual vemos el bien, los rayos de lo bueno, vemos también como el bien anhela algo superior y que la fuente de su origen está en Dios. Qúitate la envoltura grosera al diamante, y brillará. Arroja todo lo malo que tienes y serás hombre bueno, pleno de cualidades. Pero ¿es posible todas estas nimiedades que anotas en tu diario te impidan ser bueno? ¿No posees acaso males peores, pasiones más enervantes? Además, ¿por qué se te agregan nuevos males con el andar del tiempo? Esto es engañarse a sí mismo. Así obran los cobardes. En realidad yo no puedo transformarme en hombre bueno con anotar mis errores. No hay caso. Esto último me lo sugirió aquella parte mía que se ocupa de crítica.

Es cierto que todas las debilidades anotadas pueden calificarse en tres clases, pero como cada clase tiene diversas graduaciones de debilidad, resulta que tengo la mar de debilidades.

Primero: Soy demasiado orgulloso.

Segundo: Tengo poca voluntad. Tercero: me falta inteligencia.

Pero no se puede colocar las diversas graduaciones del mismo mal en la clase a que pertenece, porque se originan en una sola unidad. La de primera clase disminuyen mientras que la tercera puede mejorar con el tiempo. Por ejemplo: dije una mentira y en el acto pudo notarse que no tenía fundamento.

Me invitaron a comer y me negué y después me excusé diciendo que debía estudiar. ¿Qué debía estudiar? Inglés. Era mentira, porque lo que debía hacer era gimnasia.

¿Dónde están las causas, los motivos?

Ante todo, poca inteligencia. Porque si tuviera más inteligencia notaría en seguida que dije una mentira tonta. Luego, poco orgullo. Porque si yo tuviera bastante orgullo diría siempre la verdad.

Tercero: orgullo tonto, vanidad de pavo. ¿Por qué se me ocurrió que estudiar inglés es una excusa mejor que hacer ejercicios físicos?

¿Puede uno acaso hacerse hombre bueno, librándose de las pequeñas dificultades que nos hacen mal? Me parece que libertarse de las debilidades sería hacerse mucho mal. Pero, no; esto no es cierto. Inocencia da felicidad, porque felicidad da inocencia. Cada vez que soy franco conmigo en mi diario, no me duele que tenga debilidades; me parece que con sólo confesarlas, me salvo de ellas. Esto es muy agradable.

lo agarro a Vasili y bailamos Perro... No es Vasili, es ella! y de repente... cielo, ábrete! Noto que mis pantalones son tan cortos que se me ven las rodillas. ¡Cómo sufrí por eso! (En el sueño se me habían destapado las rodillas y apenas logré taparlas de nuevo). Pero aquello no terminó. Bailaba una polka con Vasili, cuando noto que está la reina de Wurtemberg. Entonces empiezo a bailar un "Kozachok". ¿Para qué? Así no más. No puedo estar quieto y bailo. Por fin me trajeron un sobretodo y un par de botas. Pero me siento peor: Quedé sin pantalones. ¡Pero esto es imposible! ¡Me parece que duermo! Despierto. Vuelvo a dormirme. Pienso de nuevo. Veo mucha claridad. Después las cosas pierden su contorno. Un caos... Me dormí.

Parece que un sueño se compone de la primera y de la última impresión. Creí que ahí, debajo de la frazada, nadie podría allegarse a mí. Durante el sueño se pierde completamente la conciencia. Pero como uno no se duerme bruscamente, sino de a poco, pierde también la

ANÉCDOTA

Caninio Julio tuvo un altercado con Caligula, quien al despedirlo le dijo: — No dudarás que te he condenado a muerte.

—Gracias, excelentísimo emperador — repuso Julio. Este pasó diez días esperando tranquilamente que se cumpliera la sentencia de Caligula, y se hallaba jugando a las damas cuando llegó el centurión encargado de anunciarle que debía morir.

—Espera a que cuente las damas — dijo. Y añadió, dirigiéndose a sus amigos, que lloraban: — ¿Por qué os entristecéis? Vosotros discutís la inmortalidad del alma. Yo voy a descubrir la verdad sobre ese punto.

Y como, mientras que se aproximaba al lugar del suplicio, preguntárale un amigo en qué pensaba, le respondió:

—Quiero observar si en este breve instante advierte el alma que va a salir del cuerpo.

Oré y me acosté a dormir. A la noche oro mejor que a la mañana. Comprendo mejor lo que digo y siento cada palabra. De noche no me tengo miedo y a la mañana, sí. ¡Hay tanto por delante! En general el sueño es algo muy bueno: prepararse a dormir, dormirse y dormir.

Me estiré y al hacerlo me acordé de mi amigo Serioja y al acordarme de él pensé en Mascha, su hermana. ¡Qué hermosa es! ¡Ah, si yo tuviera una esposa así!

Parece que al llegar a esto me dormí. Pero yo corría detrás de una dama. De repente, una montaña. Empujo a la dama con la mano, y cae. (La almohadilla se cayó de la cama). Llegué a casa. El almuerzo no está pronto. ¿Por qué?

El cocinero Vasili está muy ocupado. Cuando se le quiere preguntar por qué está ocupado —toma! Viene vestido de uniforme y lleva espada. Me asusto, caigo de rodillas, lloro y le beso las manos... Me es agradable, pero si hubiera besado la mano de ella, me resultaría más agradable. Vasili ni me mira y pregunta: ¿Listo el coche? Y le contesta el panadero de Tula: "Listo". "¿Listo?" "¡Buena, fuego! Oigo disparos. (Eran los postigos que se cerraron de golpe). Pero yo

conciencia paulatinamente. Conciencia es lo que se llama alma. Pero lo que se llama alma es uno y la conciencia constituye el resto. Creó que son tres cosas:

Razón.

Sentimiento.

Cuerpo.

La conciencia de la razón es lo más elevado y la poseen los hombres superiores. Bestias y seres humanos, que son bestias, no poseen razón. Se duermen en seguida.

La conciencia del sentimiento poseenla solamente los seres humanos y se duerme un poco más tarde.

La conciencia del cuerpo es la que se duerme la última y no totalmente. Se hace de a poco. Entre las bestias se efectúa bruscamente. Lo mismo pasa con las personas que se hallan en un estado inconsciente: después de una impresión muy fuerte o después de haberse embriagado bien. Con tal de que uno se acuerde de que duerme, se despierta.

En el momento en que despertamos del sueño, amalgamamos todas las impresiones que tuvimos antes de dormirnos, con las que soñamos y unimos todo con la sensación que nos hizo despertar. Esto ocurre con tal rapidez que es difícil seguirlo con el pensamiento.



Luz, calefacción, ventilación, fuerza-motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones

La Compañía Italo-Argentina de Electricidad invita al público a visitar su Exposición de aparatos eléctricos donde hay permanentemente un empleado para facilitar todas las informaciones que se le soliciten

Calle Corrientes 651-659

D. T. (31) Retiro 3401 al 3408
C. T. 1387 y 2524, Central

¿Cómo puede explicarse un sueño largo que termina con algo que nos despierta? Soñáis por ejemplo, que estáis de caza; preparáis el fusil, apuntáis y hacéis fuego... El ruido del disparo es en realidad el que produce una botella que arrojáis de la mesa. O soñáis, por ejemplo, que al llegar a la casa de un amigo, no lo encontráis en casa. Esperáis, esperáis, hasta que el criado os anuncia que su señor ha llegado. ¿Qué era? Es nuestro propio criado el que os despierta. Que Dios os guarde de creer en los sueños. Las personas que os cuentan las maravillas que ellos mismos vieron en sueños, no hacen más que dar formas a cosas vagas: ocultan mucho, agregan más.

Si queréis, podéis hacer el ensayo. Acordáos de los pensamientos que se entremezclaban en vuestra mente antes de dormiros y si alguien por casualidad os ha visto dormido y os cuenta todo lo que pudo influir sobre vuestro sueño, os daréis cuenta porque soñasteis una cosa y no otra. Es muy difícil resumirlo todo.

Se dice que cuando se sueña de que se vuela o se nada, es señal de que se crece. Entonces, ¿por qué se vuela una noche y otra se nada?

Si alguno, hábil en contar sueños, hubiera tenido mi sueño, no dudo que lo contaría así:

"Soñé que veía correr a Santo Tomás, y le pregunté: ¿Por qué corre usted así?" El me respondió: "Corro en busca de una novia". Y veréis que sucederá una de las dos cosas: o se casará o recibirá una carta.

Generalmente el hombre se despierta algunas veces por la noche. Pero sólo lo hacen las dos conciencias inferiores: la del cuerpo y la del sentimiento. Se duermen luego. Pero las sensaciones que se han tenido se unen a las sensaciones del sueño general, sin orden. Si hubiera despertado también la conciencia de la razón, el sueño ya sería otro...

AMOR Y TRAGEDIA

Un enigma de la historia

Fué la reina de Escocia María Estuardo, el juguete de fuerzas si-
niestras entre las garras de la po-
lítica, o fué una mujer sin cora-
zón, infiel, que se servía de los
hombres como muñecos para sus
fines?

La memoria de María Estuardo
es una moneda confusa en la que
no se sabe cuál es el anverso y cuál
el reverso.

La belleza, el amor, la tragedia
de la vida de la reina de Escocia
han despertado dos bandos: el uno,
la ataca; el otro, la defiende; pero
ninguno de ellos acaba de apuntar
datos y documentos que puedan re-
solver el enigma.

Durante su vida sólo un hombre
pudo librarse de sus fascinadores
encantos: Juan Knox, el severo re-
formador.

Desde su muerte no ha habido
hasta el día mujer más ardiente-
mente defendida ni vilipendiada
que María Estuardo; ni ha habido
vida que más se indague, estudie y
revuelva. Su vida ha sido el tema
de escritores como Schiller, Alfie-
ri, Walter Scott, Swindurne, Drink-
nater y otros.

De todas las versiones, aparte de
su ambición de sentarse en el tro-
no de Inglaterra, sólo hay en claro
el hecho indiscutible de su belleza
y de sus encantos.

María fué desde su trono de Es-
cocia la principal o una de las prin-
cipales figuras en la lucha entre
católicos y protestantes.

La vida de la Estuardo toca cua-
tro coronas: las de Escocia y Fran-
cia, que poseyó, y las de España e
Inglaterra que en ciertos momen-
tos pareció iban a ceñir sus sienes.

Si se hubiera casado con el prin-
cipe que después fué Eduardo VI
o si don Carlos hubiese sido su
consorte, la historia de Europa hu-
biera cambiado por completo.

Otra vez estuvo a punto de ser
reina de Inglaterra cuando las ne-
gociaciones para hacerla esposa del
duque de Norfolk.

A los cinco años fué enviada a
Francia; a los diez y seis, prome-
tida del delfín; a los diez y siete,
reina de Francia; a los diez y ocho,
en el año 1560, viuda del rey.

Santa o pecadora, María vivió en
plena tragedia, rodeada de perso-
najes que creían en la magia. Su
época se esfuma cuando ya su hijo,
Jaime VI de Escocia, llega a ser
Jaime I de Inglaterra.

Aparece Catalina de Médicis, con
cuyos hijos se educa María en
Francia. Quizá allí conoció a Ra-
belais; la atmósfera de la corte se
deja ver en una carta de Catalina,
en la cual invita a un primo suyo
a un almuerzo en el que se asesi-
nará a otro invitado.

Catalina aborrecía a María, y
contra ella conspiró cuando aun
llevaba el luto por su hijo Fran-
cisco II.

Chastelard, hipócrita cortesano,
la acompañó en su viaje a Esco-
cia; dos veces le encontraron es-
condido en las habitaciones de la
reina, y fué decapitado. ¿Era su
amante, o un espía que se hacía pa-
sar por tal?

Rizzio, el italiano, llega a ser su
secretario particular, y su poder es
tal que irrita.

El secretario se encuentra cenan-
do con la reina; un grupo de no-
bles escoceses, capitaneados por
Darnley, penetra en la habitación;
uno apunta a María con una pisto-
la, mientras otros sacan a Rizzio
de detrás de la reina, que lo ocul-
taba con sus faldas, y le asesinan
en la cámara contigua.

Cuando notificaron a la reina
que Rizzio había sido sacrificado
a los insanos celos y a la intriga
de Darnley, con voz firme exclamó:
"¡Basta de lágrimas; pense-
mos en la venganza!"

Pero aun la tierra está húmeda
con la sangre del italiano cuando

María pasa a ser esposa del asesi-
no. Un día, según cuentan los ene-
migos de la Estuardo, dijo ésta a
Darnley: "Ya han pasado doce me-
ses, y ya es hora de que uno más
grueso que Rizzio vaya a yacer a
su lado". El asesino, que había en-
gordado mucho, murió en una quin-
ta que fué volada con pólvora. Lo
que aún se ignora es si la reina tu-
vo o no parte en el crimen.

Finalmente, aparece el conde de
Bothwell, amigo de la poesía, uno
de los caballeros más ilustrados de
la época.

Bothwell era el mimado de las
damas. Tuvo tres mujeres, además
de María. Para casarse con ésta se
divorció de su mujer; pero una vez
casado con la reina conservó como
mujer "adjunta" a la esposa divor-
ciada.

La reina no tenía otra voluntad
sino la del conde, y éste, que hacía
su voluntad, llevaba a Escocia la
guerra civil por la supremacía de
las religiones.

En febrero de 1567 voló la casa
en que estaba encerrado Darnley.
En mayo otorgó María el título de
duque de Orkney al conde, y se ca-

Dentaduras Postizas

Se componen en el día
por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

só con él, a pesar del divorcio y
de su religión.

Pocos sintieron la muerte del
gordo Darnley. Era insolente, hu-
millante y bajo en sus maneras y
costumbres; mal esposo y mal pa-
dre.

Bothwell fué acusado por cons-
pirador; se presentó ante los jue-
ces armado, según era costumbre.
Fué absuelto; pero la nobleza an-
daba revuelta con las cuestiones
religiosas, y se llegó al terreno de
las armas.

Bothwell y los suyos y, por con-
siguiente, María, fueron vencidos.
La reina de Escocia se vió obliga-
da a huir disfrazada de hombre.

Bothwell pudo o le dejaron esca-
par. Se refugió en Dinamarca, en
donde acabó sus días.

La reina fué encontrada disfra-
zada de campesina, en julio de 1567
y se la obligó a que abdicara en fa-
vor de su hijo, el niño Jaime VI.

María, la alegre, la bella, la en-
cantadora reina que ciñó dos coro-
nas, fué encerrada en una prisión.
Llamó a Bothwell, y cuando la di-
jeron que estaba en lugar seguro,
muy contento, viviendo con su an-
tigua legítima esposa, su desespe-
ración fué grande: quería morir.

Su vida, en realidad, fué sólo me-
dia vida. A los veinticinco años de
edad abdicó; a los cuarenta y cua-
tro, su cabeza rodaba por el patí-
bulo.

Un amigo, alguien que no le que-
ría bien, la aconsejó que huyera de
la prisión de Loehleven y pasase a
Inglaterra, y así lo hizo, presentán-
dose a la reina Isabel. El ratón en-
traba en la jurisdicción del gato.
Muchos son los cargos que allí se
le hicieron, las falsedades, las fal-
sificaciones, las cartas supuestas,
de todo hubo, pero hoy nada de
cierto se sabe. El enigma histórico
sigue en pie.

Arboles musicales

En Barbados existe un árbol que
silba. Tiene hojas de una forma ca-
prichosa, y todas sus ramas tienen
ranura en los bordes. El viento, al
atravesar por entre las ranuras
emite sonidos que semejan un sil-
bido. Existe un extenso valle po-
blado de estos árboles, y cuando el
viento sopla a lo largo de la isla,
surge del valle un continuo y mo-
nótono silbido, que producen efec-
tos sobrenaturales en el que lo es-
cucha.

En el Sudán existe también un
árbol, de la familia de las acacias,
que se conoce localmente como el
"árbol silbador".

AL FIEL CAMARADA

(A UN TRAJE VIEJO)

Traje que te marchas
después de seguirme
durante unos años
a doquier que fui:
al irte parece
que contigo fueran
los pocos vestigios
de edad juvenil.

Fuiste la envoltura
que presta realce
y que al bien ceñirme
mucho me preció,
dándome con ello
la idea, aunque vaga,
de que siendo el mismo
era algo mejor.

Fuiste al infundirme
la idea prescripta,
antídoto grande
de mi cortedad;
me diste un arresto,
me diste tal brío,
me diste tal fuerza,
un denuedo tal;

Que aquel que en otrora
para las mujeres,
para los amores
fuera timidez,
después de ser tuyo
de ir en tí enfundado,
si no Juan Tenorio
Luis Mejía fué.

Y eso en los amores,
que en otras empresas
de menos poesía
de más utilidad,
como el arte mismo,
como los negocios,
como la incesante
lucha por medrar,

Fuiste el pasaporte,
fuiste la tarjeta,
fuiste el ujier útil
que sabe decir:
"El señor Fulano,
digno caballero
de cuantos ha habido,
de usted y de mí".

Y como al ceñirme
me hiciste escultura,
y como al moverme
diérasme no sé,
mostréme gallardo,
pasé por apuesto,
pasé por "pasable"
y entré por doquier.

¡Pobre amigo mío,
camarada infausto,
confidente íntimo
de mi situación
entre el mundo externo
y la forma informe,
flácida y menguada
que hoy tiene mi yo!

Hoy nadie te mira,
hoy nadie te quiere,
colgado en la percha
de un zaquizamí,
pareces harapo
que espera al traperero;
pareces despojo
que aguarda su fin.

Sin embargo, en ese
garfio del que cuelgas
como Cristo exangüe
de mi pobre lar,
eres la obligada
visión de mis ojos,
 viniendo del sueño,
cuando al sueño van.

Y aunque así no fuera,
y aunque nadie, nadie,
nadie te pudiese
consideración,
yo, que te conozco,
que no soy ingrato
y que a tí te debo
gloria y esplendor;

Si el mundo no fuese
tan malo cual dicen
y estricto cumpliera
mi pedir postrer,
la jornada grande,
la jornada augusta,
la arcana, la ignota
contigo la haré.

JOSE PAVIA R. JAEN.

En aquella época prestaba yo servicio como capataz del cuerpo de buzos del gran acuario de Miami, a las órdenes de su sabio director, el ictiólogo mister Mowbray.

Este acuario de Miami, población situada en el Estado de Florida, al norte de Panamá, en el golfo de Stream, cuyas aguas tienen una temperatura media de setenta grados, es, quizá, el más hermoso del mundo.

Baste decir que consta de ciento cincuenta piscinas de cristales, divididas por corredores que arrancan de una rotonda central en forma de abanico, en cuyo lado opuesto está la gran vitrina de treinta y seis pies de largo por quince de alto, donde se alojan pescados de hasta doce pies de tamaño.

El total de huéspedes allí albergados pasa de dos mil quinientos y cada uno de los departamentos recibe la luz cenital directamente del sol.

Inútil es decir que a este acuario concurren tantos turistas como a los más célebres museos.

Desde que Aristóteles, el gran Proteo de la observación, describió la vida de los pescados, nade se hizo, durante más de veinte centurias, en su investigación, hasta que el sabio sueco Peters Artedi, llamado "el padre de la ictiología", dedicó toda su vida a esta ciencia.

Víctima de ella, murió trágicamente en uno de los canales de Holanda, dejando multitud de clasificaciones de pescados que el inmortal Linneo aprovechó y publicó en 1738, sentando las bases para el estudio de esta nueva ciencia, hoy tan adelantada merced a los trabajos de las estaciones o laboratorios biológicomarítimos.

El acuario de Miami, está dedicado especialmente a la exhibición de la fauna de los mares tropicales, gran parte de la cual, quizá los ejemplares más curiosos, habitan en el fondo de las aguas, en la región fantástica de las medusas, de los corales y de los grandes tesoros perdidos.

Para cubrir las bajas, el acuario tiene sus barcos pesqueros, con sus correspondientes buzos, de los cuales en aquella época era yo el contramaestre.

Y fué haciendo una excursión científica a Bahama Island, bajo la dirección del profesor Barrymore, que ocurrió el emocionante drama motivo de este relato.

Ya llevábamos varios días anclados en la preciosa ensenada de Baidhur, rica en fauna submarina, cuando una mañana se nos presentó el buzo Jhones, uno de los más resistentes y expertos, cruelmente maltratado; tenía toda la cara llena de cardenales.

No hubo manera de que confesara la causa de aquellas vejaciones. A nuestras preguntas y a nuestras bromas, contestaba con sonrisas poco convincentes, pues a través de ellas se columbraba un dejo de tristeza trágica.

Me resbalé y pegué de bruces contra una roca — murmuró una vez, por contestar algo.

Luego, más acosado, llegó a confesar que había bebido.

Tampoco esta afirmación nos satisfizo, porque Jhones, por una excepción entre los de su oficio, era completamente abstemio.

Alguien apuntó que debía haber pollera de por medio, o por mejor decir, faldellín hecho de rafia, de alguna india nativa que, a pesar de su color achocolatado, tienen la turgencia y el delineamiento suge-

Tormenta de odios en el fondo del mar

Por Carlos Grondont

rente de la naturaleza virgen, realzados por el desnudo.

Jhones debía haberse enamorado de alguna de las danzarinas bahamánicas, que en las barracas próximas al fondeadero hacían las delicias de la gente marinera; y aquella noche había tenido un encuentro con algún rival.

No dimos mayor importancia al incidente y Jhones y sus compañeros se pusieron los escafandros para comenzar la tarea de colocar las redes y las palagres en el fondo del mar.

Fué la tarea pródiga. En los diversos turnos se consiguieron los más curiosos ejemplares.

El llamado "pez espada", conocido también por el "ángel blanco", que tiene doce pies de largo y el moray verde, con su diabólica faz de serpiente y su largo cuerpo, a veces de once pies, que le da toda la apariencia de un ofidio.

minándole hacia donde tenga buena caza.

También cayeron ejemplares de erizo de mar, llamado así porque tiene su cuerpo redondo, completamente poblado de espinas, lo mismo que el de tierra y se hace, como él, una bola para defenderse.

La llamada reina de los peces, nombre que no responde ni con mucho a su poderío, pues es el único habitante del mar que se deja pescar a mano.

Otro ejemplar curiosísimo es el soldado portugués, maravilloso pescado que parece un casco militar, pues tiene el cuerpo semiesférico, de color azulado oscuro, coronado por una especie de penacho de color azul más claro con un ribete rojo. De este casco penden unas largas barbas filamentosas, entre las cuales viven enredados pescaditos muy pequeños llamados "nomeus". De donde resulta que es-

un punto a otro.

Esto nos alarmó y decidimos comunicarnos con ellos por teléfono, pero no contestaron a ninguna de nuestras insistentes llamadas.

Entonces di orden de izarlos.

Desde las primeras vueltas del torno notamos que el aparejo de Henrich subía suelto, sin el peso correspondiente al cuerpo del buzo. En cambio, el de Jhones caminaba más difícilmente, como si su cuerpo no ayudase para nada a la erección.

Nuestra ansiedad era grande, pues ya sospechábamos que algo grave había ocurrido.

El aparejo de Henrich, por la falta de peso, fué izado más pronto. Nuestra sospecha era cierta. El cuerpo del buzo se había quedado en el fondo del mar. Sus cables habían sido cortados y su asfixia, por falta de la renovación del aire, era segura. ¡Pobre Henrich!, parecían decir, con mirada ansiosa, todos sus compañeros.

Cada segundo que tardaba en aparecer Jhones en la superficie, nos parecía un siglo.

Al fin se vislumbró la silueta del buzo entre dos agua. No hacía el menor movimiento para favorecer el ascenso. Ni siquiera iba con ambas manos agarrando el cable, como es costumbre entre nosotros. Por el contrario, sus brazos caían lánguidamente a lo largo del cuerpo. Al llegar a la superficie nada hizo para agarrarse a la borda del lanchón buccero. Indudablemente debían haber sufrido algún contratiempo. Tal vez algún gran pescado, un tiburón que en la época de aovar descendían hasta el fondo del mar a depositar su cría, los había sorprendido en su labor, atacándolos con la furia propia de su especie y con sus terribles coletazos había roto el aparejo de Henrich y dado algún golpe a Jhones, que lo había privado del sentido, si no le había roto además alguna costilla, a pesar de lo resistente de la envoltura impermeable y de la coraza que forman en el cuerpo del buzo todos los auxiliares del escafandró. Nos apresuramos a desceñirle éste y a despojarle de todos los aditamentos indispensables.

Jhones no estaba muerto, pero respiraba muy fatigosamente.

Su faz presentaba el aspecto comatoso de la agonía.

Al desceñirle las ropas, la sangre se volcó sobre el suelo, manchando nuestras manos.

Tenía en el bajo vientre una profundísima herida cuyos bordes palpitaban humeantes. Había sido producida indudablemente con un cuchillo de los que gastamos los buzos para defendernos de los grandes pescados, y una vez muertos descuartizarlos.

No podía ser otro que el cuchillo de Henrich.

Un momento se reanimó la faz de Jhones; se abrieron sus labios secos y se hizo más intensa y más franca su trágica sonrisa.

—Le corté la comunicación con el mundo de un hachazo — murmuró. Y un chorro de sangre salió detrás de sus palabras.

Tras de aquel esfuerzo la agonía se presentó fatal y horrible.

Y mientras su boca se contraía en el rictus supremo de la muerte, balbucía:

—¡Era... mía... mía!

Todos nos miramos sin pronunciar palabra; pero en la mente de todos se resolvió, rápido, el enigma de la tragedia.



TALLER DE GRABADOS
SELLOS DE GOMA

NOMENCLATURAS
PLANCHAS DE BRONCE

FÁBRICA DE CHAPAS ESMALTADAS

BARALE Hnos

LAVALLE 752
31-RETIRO-3970

FABRICA
JOSE M. MORENO 549
CALLE 872 FLORES

El pez loro, de colores rojo, verde y amarillo, el más grande de la especie, y cuya carne perfectamente comestible, es dulce y muy sabrosa.

La mariposa submarina, conocida también con el nombre de "el pescado de los cuatro ojos" que tiene la particularidad de introducirse en la boca de los grandes pescados, alimentándose al mismo tiempo que ellos de cuanto mastican, y una vez que se han hartado, se salen de aquel restaurant flotante sin darle siquiera la propina al mozo.

En otro de los turnos los buzos izaron en los tanques, preparados al efecto, nuevos ejemplares curiosos, entre ellos el pez chanco, de cuerpo gris y alas amarillas, que mide hasta quince pies de extensión.

El sargento mayor, de cuerpo negro y amarillo, a rayas verticales, también se le llama "pez piloto", porque practica el deporte de ponerse a nadar delante de los grandes pescados, especialmente del tiburón, al que sirve de guía, enca-

te soldado portugués tiene las barbas descuidadas.

Cuando sube, raras veces, a flor de agua, hace el efecto de un soldado que se estuviera ahogando y sólo se le viese la punta del casco de gala.

Era necesario pescar algunos caballos de mar, animales que por su tamaño diminuto y por ocultarse entre el césped submarino, son de caza bastante más difícil que los de tierra.

Hay que ser muy práctico para con ellos, y por esta razón establecí un turno formado por Jhones y su compañero Henrich.

A poco de descender, notamos algo anormal en el servicio de cables y tubos de aire, atribuyendo sus vibraciones al paso de grandes pescados que chocasen con ellos o los sacudiesen con sus potentes aletas.

Al mandarles los tanques de servicio para encerrar en ellos la pesca viva, no notamos en los cables ninguna señal de que los hubieran agarrado y menos de que los trasladasen en el fondo del mar, de

EL BRUJO

Mi despedida a García Sanchiz

Era en las horas mágicas de la infancia. Un hombre vestido de negro aparecía en el escenario de un teatrillo cualquiera, con su sombrero en la mano, que mostraba vacío al público; y en seguida comenzaba a sacar de él toda clase de objetos heteróclitos: un pañuelo, un pájaro, un rollo de papel, una flor, cuchillos, una cinta larga, larga, tan larga que no terminaba nunca de salir...

¿Quién no recuerda el asombro infantil, las preguntas interminables, concluida la sesión de ilusionismo; el cavar inquieto, y sobre todo, la aureola de poder sobrenatural con que rodeábamos a ese ser misterioso, capaz de sacar de la nada un mundo, en mucho menos tiempo que el que empleara para crear el nuestro, el venerable Dios de Israel?

Han pasado muchos años... La vida nos ha hecho tolerantes, escépticos, y un poco fatigados...

Y he aquí que de pronto, nos llega un día, no sabemos de dónde, acaso de la luna, acaso de Sanghai, un hombrecillo de frente baja y de cabellos espesos y revueltos; con una boca grande y expresiva, dos ojos negros y afectuosos, y el rostro surcado, hendido, trabajado, profundamente labrado por la reja de la vida...

Y este hombrecillo vestido de negro se presenta una noche en el escenario de Solís; un escenario desnudo y frío, cerrado por las banales cortinillas verdes de todos los escenarios. Se presenta así, sin más trebejos que una caja de música y sus dos manos desnudas y vacías. Y he aquí que de la caja de música empiezan a salir notas graves y profundas, de terciopelo vivo, tan cálidas que están arrancadas a un metal enrojecido al oscuro de los altos hornos. Y luego son notas cristalinas, como si hubieran escapado de la caja, todas las campanas colegialas, repiqueando alegres en una mañana de sol...

Y entre tanto las manos, esas dos manos habladoras, y creadoras, y modeladoras, que están siempre llenas de una arcilla dócil, van creando cosas maravillosas que el brujo coloca en el escenario de Solís, a su lado, a su alrededor, más lejos, en el fondo, a los costados; y lo va llenando de una muchedumbre de objetos, de personas, de animales, de monumentos, de flores... todos vivos, animados, que se mueven, y hablan y cantan y danzan... El San Miguel de Valencia, la Giralda, la catedral de Toledo, calles de Sanghai, una rusa romántica, un diplomático *frelaté*, como en las comedias de Abel Hermant, glicinas del Japón, gheissas que caminan sobre sus pintorescos calzados de tacones, un kimono bordado de dragones fabulosos, el talle casi aéreo de las celestes de Pekín, Eugenia de Montijo bailando un vals, el traje de luces del Espartero, un cementerio de Oriente, sedas maravillosas de todos los tonos que acarician como una carne de mujer, lacas vivas, marfiles enfermos de nostalgias, un claro de luna sobre

los canales de Venecia, Trini la Malagueña... Se oye una seguidilla, duerme Brujas entre los tules de sus brumas, pasa un inglés flemático, una yanquita baila el charleston al compás ensordecedor de un jazz-band; hay mulatos de cabellos ensortijados y de tez caliente y mate; perfuman las flores paradisíacas de la Riviera, mientras las sordidas viejas de Montecarlo esperan reconquistar en la ruleta sus pasados triunfos de amor, de gloria o de fortuna... Relumbra el cielo deslumbradoramente azul de Tánquer, y reverberan al sol sus casas encaladas...

Hay tanta maravilla ahora en el escenario del Solís, que nos perdemos en él, extáticos, absortos, tan lejos de nosotros mismos, que no somos ya sino niños maravillados; niños, divinamente niños, ingenuamente niños, oyendo los relatos encantados de Perrault, o aquel otro niño grande también, que quedó tantas noches embelesado escuchan-

para existe. Yo la ví una mañana, almorzando con él en el Prado. Y la ví una noche, sentada a su lado, mientras tomábamos te en el escritorio de mi casa; y otra vez, volví a verla, cenando con él, en el Alhambra... Brillaba en sus ojos negros, y sus manos la frotaban de pronto, en el aire, para hacernos viajar, impensadamente a regiones fabulosas de color y de luz... Y yo me sentía con el alma ingenua y deslumbrada de la niña soñadora y aventurera que fui, cuando tendida en el suelo, bajo las tinajas innumerables del enorme patio colonial de mi casa, me transformaba en el Robinson de las selvas de América, donde cazaba fieras bajo la espesa y lujuriosa vegetación que me cubría; y me hacía pequeña, pequeñita, encogiéndome toda bajo las patas de las tinajas para que las hormigas y los insectos todos que subían por el tallo de los jazmineros o de los helechos gigantes, pudieran adquirir las proporciones asustadoras de los tigres y de los leones...

Brillaba en sus palabras que se ahuecan para hacerse más sugeridoras, lo mismo que cuando encarnamos para los niños, el ogro de Pulgarcito, o la ferocidad de Barba Azul... Y todos nos prestamos dócilmente, con una alegría infantil y sabia, a la deliciosa superchería; y antes de que él nos lo pida, ya

La columna más alta

La humanidad, considerada en globo, ofrece un conjunto de seres abyectos, egoístas, que son superiores al animal por cuanto a que su egoísmo es más reflexionado. Pero en medio de esa uniforme vulgaridad se elevan hacia el cielo columnas cuya excelsitud da testimonio de un destino más noble. De todas esas columnas que enseñan al hombre de donde procede y a donde debe dirigirse, Jesús es la más elevada, la más grandiosa. En él se reconcentró cuanto de noble y bueno se contiene en nuestra naturaleza.

ERNESTO RENAN.

do los mágicos relatos de Scheerazade...

Y no otra cosa es este hombrecillo brujo, que con la sola magia de sus manos desnudas y de la oculta caja de música de su voz, realiza el prodigio de volvernos niños: un Perrault redivivo, un moderno avatar de Scheerazade...

Y este es su arte, su embrujamiento, su poder de encantador de serpientes. Ahí está la serpiente multicorpórea, el monstruo de las mil cabezas, Medusa asustadora que sabe silbar, y morder, y envenenar... Ahí está, tendida a los pies de su encantador, vencida, domada, encantada por el misterioso poder de la voz engañadora que la arrulla, y la mece, y la acaricia, y la aduerme, y la arrebatada en sus alas a través de la distancia, sobre el mar y sobre la montaña, en comarcas lejanas, bajo cielos intensos o ciudades de agua...

Y hay también... El cuento mágico ya no está en pasado, como los aforados de la infancia. Las hadas existen, poderosas, que nos transportan al golpe de su varita mágica, a distancias fabulosas y a países de ensueño... ¿No es acaso la invisible lámpara de Aladino la que cambia así de pronto el escenario de Solís en este país extraño en que paseamos ahora...? Sí, la lám-

nos hemos transformado, por virtud de su sola presencia, en la criatura crédula y ávida que pide más... insaciablemente más...

Y ahí está el secreto de sus éxitos. Porque sinceramente él se hace niño, llega directamente, García Sanchiz, al niño eterno que llevamos en todos nosotros; y nos hace puros e ingenuos, con un deseo extraño de renovarnos por los viajes, y nos hace soñadores, ávidos de cuentos maravillosos que rompan la costra espesa de nuestra vida cotidiana y nos sumerja en un baño luminoso de despreocupación, de novedad, de frivolidad...

Sí; hay mucha frivolidad en los cuentos mil y unanochescos de este moderno Ahasverus. Encanta porque no obliga a pensar; porque nos hace olvidar el pensamiento torturador de cada día; porque nos abre puertas insospechadas por donde contemplamos horizontes diversos, cielos nuevos; bajo los cuales soñamos con el imposible hecho certeza, de alejarnos de nosotros mismos...

¡Ah, qué profunda filosofía la de esta frivolidad! Cáscara amable y ligera que recubre una oculta, una enorme trascendencia; pero tan bella, tan artísticamente disimulada, que hay que buscarla como el buzo, en el fondo del mar. Como en los

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior & moduro.

cuentos de Perrault, como en las narraciones de Scheerazade...

Porque ha descendido hasta el secreto último de la humanidad, nos trae las perlas de cambiantes reflejos y tornasolado oriente que es el alma del hombre, niño eterno bajo su trascendente capa de filosofías abstrusas. García Sanchiz, niño él, maravillado niño vagabundo, que va de pueblo en pueblo dándose entero; pero libando al mismo tiempo en la corola monstruosa de cada ciudad nueva que atraviesa, el néctar diferente con que elabora la miel de sus sortilegios encantadores.

García Sanchiz no está en su libro. La Tángier de "Color" no es la Tángier de sus *charlas*. La primera es una fotografía pálida, sin vida, junto a la palpación reverberante del cielo que crean sus manos y que ilumina su voz. La voz y las manos de García Sanchiz son todo García Sanchiz. Y sus ojos, y sus cabellos, y sus arrugas, esas arrugas parlanchinas que se animan y cobran una vida propia, una elocuencia propia cuando él habla; y su cordialidad, y su afectividad, y los brillantes vidrios de colores de su fantasía, son los hilos innumerables y sutiles con los que va tejiendo la inmensa tela de simpatía, de gratitud, de afecto, con que va envolviendo a la tierra entera, como una araña paciente a su presa gigantesca...

Por las horas de infancia revividas, por el calor de simpatía, por la inmensa visión de Arte, por el ansia de aventuras y de viajes que despierta al embrujamiento de su palabra, por todo ese maravilloso panorama desplegado ante nuestros ojos extáticos, de tierras y de soles, de árboles y de agua; por una humanidad distinta y siempre semejante a sí misma que ha hecho desfilar ante nosotros: Federico García Sanchiz, amigo nuestro y mío, gracias.

LUISA LUISI.

La ciudad de las cruces

Como un lejano albergue de mortecinas luces, en silencio se yergue la ciudad de las cruces.

Los silentes sepulcros cual marmóreas arrugas, son los palacios puleros de infinidad de orugas.

Y mientras los cipreses una y cientos de veces sus tristezas desfilen...

Mostrándonos las yertas mandíbulas abiertas las calaveras rien.

A. Nicolás Blanco.

"ROSA DE FUEGO"

Por Jimmy Starm

Johnson estaba emocionado. Acababa de entrar de meritorio en el gran diario canadiense "The Globe" y ya le llamaba nada menos que el director a su despacho.

No acertaba a abrir la puerta. Cuando estuvo ante su presencia, temblaba como un azogado.

—Es usted el hombre de la suerte—le dijo.—Va usted a debutar con un trabajo que puede proporcionarle en veinticuatro horas uno de los puestos más destacados de la redacción. Se trata de una "interview".

—Una "interview" — asintió Johnson, tartamudeando.

—Sí. Necesito que inmediatamente vea usted a sir George Searles.

—¿Al gran banquero que acaba de fundar el "trust" de Asfalto?

—Pero no para ese asunto. Para otro mucho más interesante.

—¿Más interesante? — repitió Johnson para disimular su azoramiento.

—Acabo de recibir un cable cifrado de Londres manifestándome que Searles ha adquirido el célebre brillante "Rosa de Fuego", la joya más preciada de la emperatriz que fué de Rusia. ¿Usted lo conoce?

—¿El brillante? No, señor.

—Me refiero al banquero.

—Tampoco.

—Perfectamente. Debo advertirle, para su conocimiento, que es un hombre refractario al periodismo. A pesar de su dinero, o precisamente por él, tiene un carácter tan rudo y tan violento, que no respeta las más rudimentarias fórmulas sociales.

—¿Es una fiera?

—Una fiera. Nacido en el Oeste, en cuyo campo ha hecho su gran fortuna, tiene además una comple-

xión atlética. No será usted el primer periodista que haya tirado por la ventana.

—¡Caramba! ¡Qué bábaro es mister Searles!...

—Eso sí. Luego los indemniza con un espléndido donativo.

—Procuraré que me reciba en una habitación de la planta baja...

—De la baja o del último piso. A mí me da lo mismo. Lo interesante es que para la edición de la mañana tengamos una información completa de cómo lo ha adquirido, precio, quilates, etc., etc.

—¿Traigo el brillante para que hagan de él una fotografía? — preguntó Johnson inconscientemente, para dar una prueba de su actividad periodística.

El director se le quedó mirando perplejo sin saber si aquella extravagante pregunta era una prueba irrecusable de imbecilidad o por el contrario un arrogante desplante de la audacia heroica de un gran repórter ignorado.

—Como si se quiere usted traer al propio banquero — respondió después de algunos segundos.—Pero, si no trae usted la información, no se tome la molestia de volver al diario.

—La traeré, vivo o muerto, señor director — contestó Johnson con una decisión espartana.

—Perfectamente. Ya sabe usted donde tiene el palacio.

—Sí, señor. En Highland, a veinte kilómetros de la capital.

—Muy bien. Tome inmediatamente el tren y espero su vuelta dentro de tres horas.

—Puede usted contar o con la noticia de "Rosa de Fuego" o con la de mi defunción víctima del de-

ber — repuso Johnson con ánimo decidido, dirigiéndose a la puerta.

—Oiga — le advirtió el director cuando se disponía a trasponerla. —Si por su estado no puede redactar la información completa, se la dicta telegráficamente al médico que lo asista y le ruega, en mi nombre, que la transmita inmediatamente al diario, que le tendremos muy en cuenta tal favor.

—Así lo haré, mientras pueda hablar — repuso Johnson mientras salía del despacho, taconeando fuerte y dándose aires de conquistador.

Con más velocidad que el tren que lo conducía a Highland, volaba la imaginación del novel repórter, quien se sentía un héroe que iba a realizar una hazaña de la que dependía su porvenir y su fama.

No bien bajó en la estación Highland, se apresuró a preguntar a uno de los mozos hacia qué lado caía el palacio del banquero, invocando, para ser mejor atendido, su condición de periodista.

—¡Periodista, y va usted a ver a mister Searles! — exclamó sorprendido el interrogado.

—Sí, señor — replicó Johnson con la firmeza de su naciente orgullo profesional.

—Está usted muy mal con sus huesos — insistió el mozo. — Precisamente hace unos cuantos días regresó a Ottava un compañero de usted, de no sé qué diario, con la cabeza vendada. Menos mal que, para consolarse, llevaba en el bolsillo, según se dijo, unos cientos de libras que le había dado para árnica.

—Sería un pobre gato periodístico — replicó Johnson con la serenidad de un veterano de la prensa.

—Allá usted — dijo el mozo. — El palacio no tiene pérdida. Por esa avenida adelante. Cuando encuentre usted el hospital de San Jorge, el edificio siguiente es el palacio. Tiene sus iniciales en la verja de entrada al parque.

—Muchas gracias — repuso Johnson deslizando en sus manos una moneda.

—Vea: no estará mal que al pasar por el hospital entre usted a avisar que le reserven una cama...

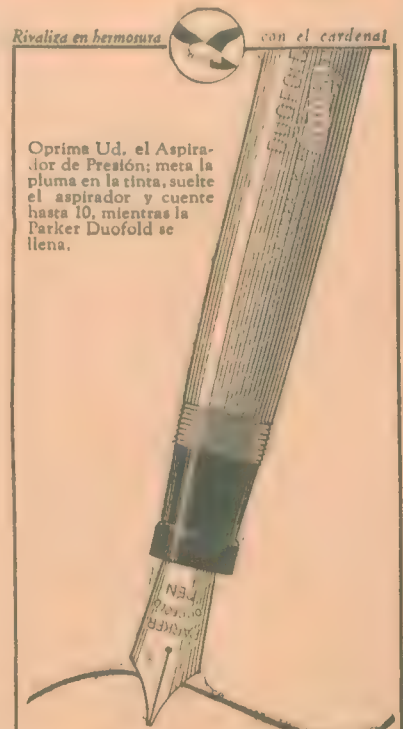
El joven repórter se limitó a sonreír y emprendió el camino a pie con la misma serenidad con que había venido en el tren. Sin embargo, al pasar por delante del hospital sintió una ligera inquietud. La tarde invernal caía en un crepúsculo que hacía más intensa la sombra de los frondosos árboles que bordeaban el camino.

Pero se le disipó el temor al encontrarse abierta la puerta del parque, que atravesó resueltamente, llamando en la del suntuoso inmueble.

Salió a abrirle un viejo criado con librea, que antes de contestar a su saludo se apresuró a preguntarle si era periodista.

—No — contestó Johnson con un aplomo que no dejó la más ligera duda en el sirviente.

—Se lo pregunto — aclaró éste, — porque el señor me tiene dadas órdenes terminantes de no recibir a ningún periodista. Les tiene un odio mortal desde que por causa de la indiscreción de uno de ellos, tuvo el disgusto más grande de su vida, que por poco le cuesta toda su fortuna.



Los que escriben con Parker Duofold van con

7 puntos de ventaja

¡y cada punto vale bien su precio!

- 1 Pluma que dura 25 años
- 2 Clásica Belleza
- 3 Espacio para Reserva de Tinta
- 4 Equilibrio para Escribir
- 5 Aspirador de Presión
- 6 Alimentación "Lucky Curve"
- 7 Casquete Hermético

ESTÁ dándose el caso extraordinario de que miles, sí, decenas de miles, de personas, se deshacen de sus plumas-fuente anticuadas para adquirir la Parker Duofold con la pluma que dura 25 años.

Por todo el mundo se ve lucir su cañón de viva laca roja con casquete negro: el color que la hace difícil de extraviar.

Ningún capricho en la forma de escribir tuerce esta pluma-fuente Parker Duofold, de modo que puede prestársela sin temores. ¡Una pluma que se garantiza, si no se la maltrata, por 25 años de USO!

Invitamos a Ud. a que pase a probarla en la primera buena tienda en que las vendan.

THE PARKER PEN COMPANY
Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50.
"Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:
RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Caszara y Cia., 769 Moreno 775,
Buenos Aires

Parker Duofold LUCKY CURVE 25 años **\$24**

Con la punta que dura 25 años

Duofold, Jr., \$16. Igual, pero más pequeña

Lady Duofold, \$30. Con aro para cadencia

ANÉCDOTA

Cuando le llevaron a Séneca la orden de morir, solicitó un momento para variar algunas disposiciones de su testamento, y como ello le fuese negado consoló a sus amigos recordando sus conversaciones habituales y dejándoles, ya que otra cosa no podía, el ejemplo de su vida y el odio contra Nerón, asesino de su madre, de su hermano y de su maestro. Y como su esposa Paulina le dijese que quería morir con él, Séneca no se opuso y le dijo:

—Yo, que te he enseñado la manera de vivir, no te envidiaré el honor de morir. Si tu conciencia es igual a la mía, será siempre más gloriosa.

Hízose abrir las venas y continuó dictando a sus escribientes. Luego, viendo que la muerte tardaba demasiado en llegar, hizo que le metiesen en un baño caliente y roció con el agua a los siervos que lo rodeaban, diciéndoles:

—Hago estas aspersiones en honor de Júpiter libertador.

Paulina le imitaba en otra cámara adyacente, pero Nerón, enterado del sacrificio voluntario de la esposa, mandó que por fuerza le restañasen las heridas.

—Mala gente — asintió Johnson para acabar de sembrar la confianza.

—¡Figúrese que un repórter descubrió una operación de bolsa en que el señor Searles se jugaba todo su dinero!

—Precisamente yo soy secretario de un hombre de negocios y vengo, en su nombre, a hablar con el señor Searles de un asunto urgente.

—Pase, señor, — repuso cortésmente el viejo sirviente.

—Voy a pasarle recado. — Y se retiró, después de encender la luz eléctrica.

Al iluminarse la estancia se vió de espaldas, en uno de los balcones, la silueta de una mujer que volvió la cabeza sorprendida en su contemplación del atardecer sobre el parque.

—Disculpe, señorita... no sabía... — se apresuró a tartamudear el criado y se quedó rígido, sin saber qué determinación tomar.

—Vaya, Ramón, vaya a anunciar a mi papá la visita de este caballero — insinuó la sorprendida, que era una jovencita como de veinte años, de esbelto cuerpo y hermoso rostro en el que sus serenos ojos denotaban una clara inteligencia. En el dulce rictus de las comisuras de su pequeña y risueña boca había una inocencia y una amabilidad encantadoras.

Johnson la saludó cortésmente con una grave inclinación de cabeza.

Transcurrieron unos segundos que al joven repórter le parecieron siglos, y rompió el silencio la suave y aterciopelada voz de la hija del banquero, quien le preguntó si era periodista.

Johnson respondió afirmativamente.

—¿Y usted no sabe que mi papá es refractario a las "interviews" periodísticas?

—Sí, señorita.

—¿Y que tiene un carácter rudo y usa con los repórteres modales violentos?...

—Sí, señorita — volvió a contestar Johnson con un tono de afable resignación.

—¿Y entonces?... — musitó la joven con una especie de reconvenido caritativa.

—Vea, señorita: yo ni puedo ni debo engañarla — se apresuró a contestar el joven. — Soy periodista y para mí hablar con su papá me representa un gran triunfo en mi carrera periodística que estoy comenzando y que me es indispensable para mi subsistencia. No puedo serle más sincero...

—¡Pero es una locura! — repuso la muchacha acentuando su afabilidad ingenua.

En aquel momento regresó el sirviente, quien anunció:

—El señor me ha comunicado que suba usted.

Johnson saludó a la joven con otra respetuosa inclinación de cabeza y salió detrás del criado que lo condujo por una suntuosa escalera de mármol hasta los altos.

La joven se deslizó hasta el pie de la escalera con su turgente pecho palpitante de ansiedad.

Pasó un largo rato que ya empezó a tranquilizar a la joven haciéndole creer que el novel repórter había tenido más éxito que otros más avezados, cuando de repente comenzaron a oírse los gritos desaforados del banquero, mezclados con vigorosos denuestos e instantes después un cuerpo humano como impedido por un ariete bajaba rodando

y rebotando, como una pelota, por las aristas de los escalones, hasta quedar inmóvil y sin sentido al pie de la misma, recibiéndole en su brazos la joven.

—¿Qué has hecho, papá? — gritó ésta desde abajo.

—Nada — repuso el banquero asomando por entre el cortinado la cabeza cuyo brusco y agrio continente encuadrado por una enmarañada cabellera gris, era suficiente para adivinar el resto de la figura.

—Está desvanecido — volvió a lamentar la hija.

—Yo no puedo tolerar que nadie se entrometa en mi vida privada.

—Has debido lastimarlo — gimió la muchacha.

—No es nada — repuso el padre.

—Es el susto. Que le echen agua y le dé el administrador cien libras.

Tenía razón. Fuera de la ridícula caída, Johnson no se había hecho absolutamente nada porque,

Prueba de ello es que como, después de ser reconfortado por una copa de Oporto, persistiera en intentar hablar con el irascible banquero y arrancarle la información de la adquisición del brillante "Rosa de fuego", la propia joven se brindó a ayudarlo y hasta le sugirió una idea ingeniosa para conseguirlo.

—¿Usted sabe manejar un buen "auto"? — le preguntó.

—Sí, señorita — contestó Johnson.

—Perfectamente. Pues dentro de una hora tendremos que marchar mi padre y yo en el nuestro, a la capital, para asistir a la comida íntima de unos amigos.

Y continuaron hablando con voz casi imperceptible en el vestíbulo.

Una hora después paraba en la puerta del suntuoso palacio el magnífico "auto" del millonario, quien montaba en él con su hija.

Lo que dicen los sabios

Modelar una estatua y darle vida, es grande; pero modelar una inteligencia y darle la verdad, es más grande todavía.—V. HUGO.

Lleva con paciencia lo que no puede ser cambiado.—SENECA.

El hombre perfecto es aquel que perdona con tanta bondad como si cada día cometiese algunas faltas, y que las evita con tanto cuidado como si no perdonara a nadie.—PLINIO (el joven).

El que da al pobre no mendigará: el que desprecie al mendigo tendrá miseria.—SALOMON.

Hay que ayudarse mutuamente, tal es la ley de la naturaleza.—LA FONTAINE.

Quien quiere lo bueno, que lo sea él también.—GOETHE.

Tan fácil es engañarse a sí mismo sin notarlo, como difícil engañar a los otros sin que lo noten.—LA ROCHE-FOUCAULD.

Lo que más daña es la oscuridad y lo que más hiere es la mentira.—ZOLA.

por fortuna para él, las escaleras estaban recubiertas por un magnífico y mullido tapiz de Esmirna, capaz de aminorar los golpes producidos desde un rascacielos. Si permanecía al parecer privado de conocimiento era para consolarse sintiendo sobre su frente la suave y caritativa mano de la muchacha que le frotaba con un sedativo traído por una sirviente.

Por eso, al notar que ya se alarmaba por lo prolongado de su desvanecimiento y se disponía a reclamar los auxilios facultativos, optó por volver en sí haciendo a las mil maravillas la comedia y empezando por entreabrir los ojos y clavar una mirada lánguida en su bienhechora, demostrándole su agradecimiento con una débil y dolorosa sonrisa, con lo que se ganó aquel corazón inocente y compasivo, mucho más de lo que él, en sus íntimos designios, sospechara.

Irían ya por la mitad del camino de la capital, deslizándose el coche por entre las tinieblas que proyectaban los corpulentos árboles en una fría noche sin luna, cuando aquél se detuvo inesperadamente.

El chofer descendió de su asiento como para reparar alguna avería y al asomarse a la portezuela el acaudalado hombre de negocios para inquirir lo que pasaba, encontróse con el cañón de un revólver que le enfrentaba el pecho, mientras una voz varonil le gritaba:

—¡Arriba las manos!

Ante lo eficaz de la amenaza, el banquero optó por rendirse doblemente dominado por la presencia de la hija querida a quien no quería hacer correr peligros.

—Señor Searles — gritó, arrancándose con la mano izquierda la barba postiza, el chofer, que no era otro que el novel repórter de-

FOTOGRAFADOS

TRICROMIAS

CONFECCION DE CLISES, PARA REVISTAS, CATALOGOS, FOLLETOS Y OTRAS PUBLICACIONES.

Pujol Marpons

PRECIOS SIN COMPETENCIA. TRABAJO GARANTIZADO ENTREGA INMEDIATA.

B. MITRE 1259

UT. 38 MAYO 2589

TRICROMIAS

butante,—ahora ha llegado la mía.

—¿Con que no era usted un periodista, sino un miserable asaltante? — le increpó el banquero.

Arrebujada en el interior del coche había una figurita de mujer que aparentaba tener pánico, ocultando su cabecita entre las pieles, pero en verdad lo que ocultaba era una alegre sonrisa.

—De modo — insistió el sorprendido banquero, — ¿que no habiendo podido asaltarme en mi propia casa, porque te dominaron mis puños, piensas hacerlo a mansalva entre las tinieblas y la soledad?

—No, señor Searles, no soy asesino ni ladrón. Quiero sólo que me diga todo lo que sepa del célebre brillante "Rosa de fuego", porque en ello va mi porvenir como periodista y por tanto mi vida.

—¿Su vida?

—Sí, señor Searles. Porque esta información es la primera que me ha encargado un gran diario en cuya redacción acabo de entrar a prueba, y si no la realizo, el director me arrojará a la calle. Sea usted generoso, por mi pobre madre.

—No sólo le doy palabra de caballero de decirse, sino que en vista de su ingeniosa audacia y de su voluntad tesonera, le ofrezco el cargo de secretario particular, porque precisamente necesito un hombre de su decisión.

Dos horas después presentaba Johnson sobre la mesa del director de "The Glove", una interesante y novedosa información acerca del célebre brillante "Rosa de fuego", al par que su dimisión de periodista.

—¡Pero, cómo! ¡Después de haber obtenido un éxito que le vale la dirección de sección de repórteres! — exclamaba el director asombrado.

—Es que he tenido otro que me vale la secretaria del señor Searles.

—¿Y no ha traído el célebre brillante para sacarle la fotografía? — preguntó el director, con sorna, comprendiendo que acaba de perder un gran repórter.

—Hoy no — replicó Johnson sin inmutarse. — Pero creo que muy pronto conduciré de mi brazo a la señorita Searles, que lo traerá prendido sobre su pecho...



Esta graciosa señorita ostenta un rico collar de perlas Nacarfine, especialidad de la Casa Scarinci.

PRIVILEGIADA RELOJERIA LONGINES CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

La Gran Moda de las Perlas se impone cada día más. Para tener un Collar de Perlas que conserve su lindo oriente, debe usted comprar la Perla "Nacarfine". Es la única Perla que el más experto la confunde con la valiosa Perla Fina.

A los lectores de FRAY MOCHO ofrecemos el descuento del 10 o/o sobre los siguientes precios:

Collarcito de Perlas macizas, con Broche, apropiadas para Nena, desde \$ 10; con Broche Fino, 18 K., desde \$ 30 con DIAMANTES FINOS.

Collarcito para Niña, con Broche Artístico, Plata Fina, desde \$ 15.

Collarcito para Señorita o Señora, con Broche Oro, Platino, Brillante y Diamante Finos, desde \$ 50; 75; 100, etc.

Collarcito para Señorita o Señora, con Broche Artístico imitación, Fino, desde \$ 10; 15; 20; 25; 30

Sautoir con Perlas "Nacarfine" EXTRA, desde \$ 150; 100; 60; 50; 40.

" " " " LA REINA, desde \$ 50 hasta \$ 30.

" " " " PRINCESA, desde \$ 40 hasta \$ 20.

" " " Maciza marca SANGEN, \$ 15; 10; 7; 5.

Al efectuar su pedido telegráfico o por carta sírvase citar Precio y Categoría **EXTRA, REINA, PRINCESA, SANGEN**, dirigir a **CASA SCARINCI, Florida 142, Buenos Aires.**

La escasez de buenos lectores de música a primera vista se debe:

1.º A la falta de ejercicios adecuados.

2.º A la carencia de método en el estudio, y

3.º A la desaplicación.

Los ejercicios útiles pueden hacerse paulatina y progresivamente, empezando por los muy fáciles y concluyendo por los más difíciles, no avanzando en el estudio, ni pasando a la serie siguiente mientras no dominemos la anterior.

Varias son las obras selectas en las que se puede aprender a ser buen lector de música a primera vista. Nosotros nos permitimos recomendar las siguientes, de entre las cuales se puede elegir la que cada uno crea más de su gusto, y que más se adapte a sus condiciones.

Los buenos autores constituyen la parte principal, y el acierto en la elección contribuye a hacer buenos lectores y, a la vez, a formar el gusto.

Después es el método en el estudio lo que se recomienda por sí mismo; pero antes hay que contar con la paciencia que tenga el alumno. Tan importante es la paciencia, que ella es la madre de la constancia y de la asiduidad, las cuales suplen en muchas ocasiones la falta de una buena capacidad. Un alumno aplicado de mediana inteligencia conseguirá mucho más que otro apático e indolente, por mucho talento que tenga.

Hay que tener en cuenta que para saber es menester estudiar. En este mundo nadie nace enseñando, todos tenemos que aprender, y nadie aprende por ciencia infusa. To-

La lectura musical a primera vista

Por Julio Lottermoser

dos aprendemos con el estudio. Cuanto más se quiere saber, más hay que profundizar y cuanto más se profundiza más trabajo es menester. Acostumbrándose a vencer las primeras dificultades, se adquiere insensiblemente práctica para vencer las más arduas y difíciles, que lo serán tanto más, cuanto más adelantemos en el estudio.

El camino de la gloria es muy estrecho, y está empedrado de obstáculos. Los grandes autores han adquirido fama a costa de mucho estudio. La misma inspiración por grande que sea no puede prescindir de las reglas del arte.

Las reglas principales de todo estudio pueden reducirse a tres: buenos libros, ciencia y conciencia.

en el maestro, y un entendimiento regular, y mucha aplicación en el alumno. Si no concurren estas tres circunstancias se perderá lastimosamente el tiempo.

También es innegable que no basta estudiar, y que hay que estudiar lo práctico y útil, aquello que puede sernos de algún provecho. Mirada la cuestión bajo este aspecto es innecesario ponderar lo beneficioso que le es al artista el ser un buen lector de música a primera vista.

Con la música ocurre lo que con el idioma: el que lee bien y conoce la materia de que trata el libro que tiene en la mano, empieza por leer con sentido, y varía el tono cuando es preciso, a cada frase de su expresión peculiar, y se muestra plenamente compenetrado de las ideas que expresan las palabras que lee.

El que apenas sabe deletrear, o lee a tropiezones, sin hacer pausas o tardando lo indecible en leer una línea, ni se entera de lo que lee, ni el que le oye tampoco.

Las notas del pentagrama son lo mismo que las letras del idioma. Unas y otras expresan las ideas del autor, y para comprender a un autor hay que empezar por saber leer, y hacerse cargo de lo que dicen.

Un buen lector de música a simple vista es muy preferible a otro que no lo es, entre otras razones, porque su idoneidad puede ser muy necesaria en ciertos y determinados casos, para acompañar a cuatro manos, a otros instrumentos, o sustituir a otros artista, y, por lo mismo, lleva mucha ventaja al que no puede tocar sin previos y repetidos ensayos.

LA TEMPESTAD

Y corría, volaba, precedida del relámpago y acompañada del trueno; el rayo iluminaba su oscura masa y el hombre pedía a Dios que la disipara, mientras que los animales se refugiaban aterrados en sus guaridas.

El agua lo cubría todo.

— ¡Oh, nube miserable! — exclamó la hormiga. — Has inundado mi granero.

— ¡Has destruido mi obra! — zumbó la abeja.

— ¡Maldita seas! — gorjeó el pájaro.

— ¡Pretende ahogarnos! — pensaron los reptiles.

— ¡Bendita seas! — susurraba el trigo. ¡Me abrasaba y has venido a refrescarme!

— Has llenado de diamantes nuestra vestidura. ¡Gracias! — murmuraron las flores.

— ¡Cómo me purifica! — silbó el aire.

— ¡Ingratos! — rugía en tanto la nube. — ¡No había pensado en favorecer al trigo, a las flores, ni al aire, y me dan las gracias; y el pájaro, la hormiga y los reptiles, que comerán los frutos que alimento y respirarán el aire que purifico, maldicen mi presencia!

¡Cuántas veces el hombre se queja de la Providencia, porque desconoce los beneficios de que le rodea!



Misia Patricia Santos de Villegas era una viuda muy ricacha del partido del Azul. No tenía hijos y le gustaban tanto los cachorros (como ella llamaba a los niños), que tenía un sin fin de ahijados a su cargo, a los cuales vestía y educaba con cariño maternal. Señora criolla, sencilla, criada a la antigua, era buena y de sanos principios morales.

El invierno lo solía pasar en el pueblo, en su cómoda casa, frente a la iglesia, y el verano en su estancia "La Refalosa".

Tenía una ahijadita que vivía con ella, desde que quedó huérfana de madre, hija del capataz de la estancia.

La madre de la muchacha había dado mucho que hablar por su mala conducta, y al tomar doña Patricia la huérfana bajo su protección, no faltó quien le aconsejara que desistiera de su caritativo propósito. ¡Pues ya le daría más de un dolor de cabeza la criadita! Pero la buena señora sólo hizo caso a su conciencia y deberes de madrina, llevando consigo a la pequeña. Se llamaba Virginia, era en todo y por todo, una rebobada. Chúcar y voluntariosa como buena china. ¡Dañina y golosa hasta más no poder!

La madrina siempre la reprendía, pero jamás consiguió ablandarla. Penetrar hasta el fondo del alma de aquella criatura, era imposible y no podía saber, si era o no buena.

Don Manuel, el cura de la iglesia, era muy amigo de misia Patricia y algo pariente de ella. Con mucha frecuencia iba a comer en su casa y le llamó la atención, desde un principio, el carácter tan retraído de Virginia.

Le buscaba la lengua, pero la chica no se daba con él; permanecía siempre con la boca cerrada, que sólo abría para comer, con una avidez sin igual, mientras lo observaba de reojo, siempre con su cabeza gacha.

Creció la chicuela al lado de su madrina, educándose en una escuela rural, donde por espacio de seis años repitió el mismo grado, siendo raro el día que no se quedara en penitencia.

La señora de Villegas pidió al padre Manuel que la ayudara a aconsejar a su ahijada, pues aunque ya iba transformándose en una señorita, no dejaba de ser siempre la misma salvaje.

Don Manuel puso a la tarea de enseñarle el catecismo y prepararla para la primera comunión, la que recién tomó a los quince años; pues cuando el padre le pedía que recitara las oraciones en alta voz, ella solía responderle cínicamente.

—¡Juá! ¡juá!... Sí, cómo no, que voy a hablar de esc... avise; porque usted lo diga; se cree que lo voy a tragar?... ¡Salga, salga de acá con ese berro bolacero!

SACRIFICIO

(CUENTO CRIOLLO)

Por María Efoelc

Siempre rebelde e impenetrable, nada la atemorizaba.

Una noche en la mesa, al notar el cura que la joven comía más de

dejó de comer, pero cuando se levantaron todos de la mesa y el padre pasó a la sala, Virginia se dirigió a la cocina, volviendo a co-

le tanto gusto al cuerpo, porque es enemigo del alma y si sigues así, tu alma estará pensando cuando vos sea finada. Bueno, no te pongas triste porque hablo de dejuntos, que Dios aparte, y guarde. Portate bien muchacha, ya sabes, ¿no?... Virginia bajó la cabeza y siguió comiendo...

Otra vez, se le mandó a bañar, lavándose solamente los pies; y al retarla la madrina, exclamó con socarronería:

—¡Ah, qué embromar, también! ¿Y no me dice siempre que sólo hay que darle a medias el gusto al cuerpo, pué?

—¡Ah, qué embromar, también! ¿Y no me dice siempre que sólo hay que darle a medias el gusto al cuerpo, pué?

Pero, un día... ¡oh!... Un día la negra cocinera del patio de los peones dijo a la señora de Villegas:

—Vea, doña Patricia, mientras usted seeste, Virginia y Casiano, el hijo del mayordomo, andan alzaus por entre el chalar.

—¡No seas tan mal intencionada, negra mandinga!

—¡A malhaya hablara yo por boca e víbora, patrona! Vea que cuando hay tormenta se cuaja la leche.

—¿No mentís?

—Por esta cru, mi ama.

Inmediatamente mandó Patricia atar la volanta, se prepararon las valijas y marcharon al pueblo, madrina y ahijada. No recriminó a la joven, ni ésta sospechó a lo que iban, pues la buena señora no quería dar escándalos.

Conforme llegó a su casa, hizo llamar al cura, diciéndole:

—Vea, padre; averígueme qué es lo que hay de cierto entre Virginia y Casiano; parece que ha tenido una refalada en "La Refalosa", la muy indina.

—¡Ay, doña Patricia!... esas glotonas siempre acaban indigestadas.

—Bueno, don Manuel, no perdamos tiempo; enciérrase con ella y haga que le diga la verdad.

Fué llamada la moza a la sala, y allí a solas con el cura, después de mil rodeos, confesó Virginia su pecado.

—¡Pero, hija, qué has hecho! ¿No sabes que estás en pecado mortal? ¿Por qué no le propusiste el casamiento, primero?

—Sí, padre... Casiano quería que nos casáramos, pa tener felicidad completa. ¡Y ahí está...! Eso hubiera sido mi gusto, pero como usted siempre me calentaba las orejas diciéndome que pa andar bien con Tata Dios, hay que mocharle algo al gusto y sacrificarse, yo, recordando su decir, raboné lo del casorio; ansina no penará mi alma.

¡Ya ve si me he sacrificau, pa quedar bien con Dios, po!

¿Que sabe usted de esto?

¿SABE USTED que el éxito al hacer algunas conservas depende de un simple principio de esterilización por el calor?

Por este motivo, todo proceso de hacer conservas está sujeto a una temperatura que matará los gérmenes.

¿SABE USTED que los productos a conservar no sólo pueden estropearse, sino disiparse?

Por este motivo, las vasijas que se utilizan en la conserva tienen que estar herméticamente cerradas.

¿SABE USTED que las frutas y vegetales viejos están más expuestos a los ataques de las bacterias?

Por este motivo, todos los productos que se emplean para conservas son frescos.

¿SABE USTED que una fuerte solución de azúcar actúa como preservativo y previene el crecimiento de las bacterias?

Por este motivo, un preparado rico en azúcar, preservará durante algún tiempo los productos que estén en vasijas destapadas.

¿SABE USTED que la acción antiséptica del ácido en algunas frutas y vegetales aumenta en las altas temperaturas?

Por este motivo, las cerezas, grosellas, fresas, piñas y tomates se esterilizan fácil y prontamente.

¿SABE USTED que los vegetales que no contienen ácido son difíciles de conservar?

Por este motivo, el trigo, por ejemplo, estropearía las conservas.

¿SABE USTED que estas deficiencias todas pueden vencerse, sin detrimento para sus cualidades, por la adición de un poco de ácido a la fórmula en que los vegetales se conservan?

Por este motivo, una pequeña cantidad de jugo de limón y vinagre puede emplearse para conservar guisantes, espárragos, judías, etc., etc.

lo necesario, la observó, diciéndola con buenos modos:

—Virginia: eso que tú haces es gula, y la gula es pecado. No hay que darle el gusto al cuerpo en todo, sino a medias, hijita; ya te he dicho que el cuerpo es enemigo del alma. Para servir a Dios debe de hacerse un sacrificio.

—Sí, padre, — repuso la niña, y

mer de nuevo. Sabedora de esto la madrina, fué hacia ella, interrogándole si se había quedado con apetito.

—Sí, madrina, pero no quise desobedecer a don Manuel.

—Haces mal, hijita, en ser así; ya sabes que Dios está en todas partes y todo lo ve; debes de sacrificarte un poco. No hay que dar-

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

D. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... .. 5.00	Semestre... .. 6.00	Semestre... .. 4.00
Año... .. 9.00	Año... .. 11.00	Año... .. 6.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande... cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico... " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande... " "	9.—	2.—
" " " chico... " "	6.—	1.50

«Los Desterrados», por Horacio Quiroga.

En este libro, como en otros anteriores, Horacio Quiroga pone de manifiesto las óptimas cualidades de cuentista que son públicas: su originalidad de observación, su vigor en el estilo, su aptitud para asimilarse lo más pintoresco y exótico de un ambiente bárbaro como lo es el de Misiones.

La primera narración, «El regreso de Anaconda», le sirve para transportarnos al escenario de sus cuentos: a la selva lujuriosa y terrible del trópico, plena de poesía bárbara y de color detonante. Y, sin ser fábula, allí disertan sus animales y reflexionan combinando un plan de ataque al hombre, en complicidad con la naturaleza; y que el hombre, al fin, más astuto que la boa o más implacable que el tigre, concluye por burlar y vencer.

En la pintura de *Los Tipos* es donde la observación de Quiroga se adueña de sus más ricos tesoros: Joao Pedro o Tirafofo, Juan Brown o Elise, son personajes curiosísimos y de una psicología única. La selva tropical con su moliente y el alcohol con sus encantos de sirena malévola, se apropia de un ser inteligente y activo como el médico sueco o el químico francés Rivot, y los transforma en verdaderos ex hombres, sin más voluntad ni apariencia de vida que el ansia de beber.

No debe cometerse, al juzgar a Horacio Quiroga, la torpeza que otros cometen: la de hallar qué similitud pueda tener con otros escritores — London o Harte, por ejemplo — que han descrito como él, un ambiente bárbaro al que caen hombres de civilización y se los devora. Los tipos de *Los Desterrados* no tienen parecido con los que Harte pinta entre los descubridores de oro en California o los de London en Alaska. Su vida es tan evidente que casi aseguraría que él los ha visto y ha hablado con ellos. Y el mayor mérito de este escritor, aparte lo vigoroso de su estilo, reside en la emoción con que sabe calentar sus páginas, las que a veces llegan a la ternura.

«Van Houten» o «Tacuara Mansión», o «El techo de incienso» o «Los destiladores de naranja», son fragmentos de vida que, leído en Madrid, sea el caso, donde el libro se edita, tienen que ejercer una poderosa atracción y despertar de su amodorramiento a más de un crítico, demasiado lector de las novedades parisienses. *Los Desterrados* huele a selva y sabe a fruta ácida de monte.

En las descripciones, ya se sabe que Quiroga es maestro. Ejemplifica la afirmación, la cita de «El hombre muerto»: es la visión del paisaje, unida a las de sus propios sentimientos, en los breves segundos que le restan de vida a un hombre que siente escapársela, con un machete hundido en el vientre. Este sentimiento de *sentirse morir* está tratado otra vez en el libro y de bien notable manera. Lo reproduzco a fin de que al lector le entre la sana inquietud de leer un libro donde se hallan muchas cosas de tan puros quilates:

«El boa irguióse de nuevo, extrañado. Había sentido un golpe seco en alguna parte de su cuerpo, tal vez en la cabeza. No se explicaba cómo. Tenía, sin embargo, la impresión de que algo le había pasado. Sentía el cuerpo dormido, primero; y luego, una tendencia a ba-

PAPEL Y TINTA

lancear el cuello, como si las cosas, y no su cabeza, se pusieran a danzar, oscureciéndose.

Vió de pronto ante sus ojos la selva natal en un viviente panorama, pero invertida; y transparentándose sobre ella, la casa sonriente del mensú.

Tengo mucho sueño... — pensó Anaconda, tratando de abrir todavía los ojos. Inmensos y azulados ahora, sus huevos desbordaban del cobertizo y cubrían la balsa entera.

— Debe ser hora de dormir... —

cercanos al espíritu. El señor de Madrid es un poeta emotivo, un poeta que no se limita a torcer la corriente de su corazón y canta espontáneamente, sinceramente, por un mandato de su ser que no define.

En el volumen, las composiciones dignas de citarse a nuestro juicio son: «Tú eras débil, yo fuerte», de lo más emotivo, «Balada del recuerdo», de una evocación profunda, como así también «Aquí me tienes, vida», donde trasluce la se-

hacia las filas libertadoras al joven Fernando, hijo de don Rodrigo. El día que se descubre esto, hay llanto y vergüenza en la casona del viejo castellano. En su sangre ardiente, un grito de rebeldía y honor le dice que él debe lavar, ante su patria y su rey, la afrenta del hijo mal encaminado.

Después de descripciones y situaciones interesantísimas, la autora coloca a sus personajes, padre e hijo, frente a frente en la famosa jornada de Ayacucho. Luchan cada cual por su parte, aunque sin encontrarse. Luego viene la reconciliación. El padre comprende poco a poco que las viejas ideas conservadoras caen infaliblemente, vencidas por nuevas ideaciones, frutos de cerebros más jóvenes y democráticos. El casamiento de Luis María con la hija de don Rodrigo da fin a la obra.

Este es el argumento y el desarrollo de la novela. En el fondo de todo el asunto se descubre ese sentimiento tradicionalista y patriótico de que hemos hablado al principio de este artículo. Angélica Palma une, en un puente de gloria, la caída del león y el advenimiento de una nueva aurora en el suelo libre de nuestra América. Ya nunca el pabellón de la tiranía ni de la opresión volverá a flamear insolente y orgulloso sobre las fortalezas americanas.

«Tiempos de la patria vieja» mereció el primer premio en el concurso de novelas históricas organizado en Lima con motivo del centenario de Ayacucho. No se podía esperar menos para una obra tan patriótica y vigorosa de fondo y forma.

Es de desear que los escritores de América sigan el ejemplo de Angélica Palma. Nadie se preocupa en estos tiempos de dar a conocer obras que sirvan para desnudar el sentimiento de los pueblos. En nuestro país más de cuatro buenos estilistas que pierden su tiempo en confeccionar novelas románticas, debieran encarar sus motivos con un sentido más noble y a la vez más patriótico.

Eduardo María de Ocampo.

«Gotas de tinta», poesías de Domingo Alberto Blunno.

El autor de este libro de versos se siente poeta y con una tenacidad asombrosa nos ofrece tempranamente su nueva cosecha.

Nosotros, que venimos siguiendo paso a paso su obra, encontramos en el nuevo libro de Blunno, más emoción que en sus anteriores, y en algunos poemas más seguridad en los trazos, pero esto no quita que muchas de sus composiciones no conserven la unidad del pensamiento y halla muchas frases sueltas que sólo sirven para llenar un verso. Sin embargo y como decimos, creemos que esta obra es la mejor de su autor, en un todo, que vemos progreso, y esto es mucho, pues cuando un poeta se supera, es señal que no está distante su triunfo.

Invitamos al señor Blunno a meditar más sus poesías, a que corrija los versos largos y procure así darnos su bagaje intelectual, que no dudamos será cada vez mejor, si se atiene a estas pequeñas observaciones.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OJULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 218
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1266. U. T. 422, Adrogué
ADROGUÉ

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

murmuró Anaconda. Y pensando deponer suavemente la cabeza a lo largo de sus huevos, la aplastó contra el suelo en el sueño final».

«El libro atormentado», por Samuel de Madrid.

El fecundo poeta Samuel E. de Madrid, ha dado a la publicidad un nuevo libro de versos, los cuales, encuadrados en las formas clásicas, difieren en mucho a los anteriores publicados por el poeta, porque en éstos pone de relieve estados de espíritu, con mayor emoción.

Un suave estoicismo fluye de estos poemas, que, a pesar del título que les ha dado su autor, nosotros no encontramos nada que atormentar su alma, al contrario, observamos una mezcla de serenidad y emoción, que dan valor a las composiciones casi siempre flúidas.

Hay en este volumen poemas de una gran subjetividad, con trazos

renidad del poeta y su amor a la belleza que lo avasalla.

Este libro del señor de Madrid, superior a los anteriores, habla en bien de su personalidad de poeta.

«Tiempos de la patria vieja», por la escritora peruana Angélica Palma.

Podemos afirmar, sin equivocarnos, que Angélica Palma es la continuadora de la labor de su padre, el genial escritor don Ricardo. Hay en la autora de «Tiempos de la patria vieja», gran semejanza espiritual y patriótica con aquél.

Este libro está elaborado a fuerza de inteligencia, de viva imaginación y de hondo patriotismo. La figura principal, don Rodrigo de Illestrosa, es un viejo castellano encastillado en sus ideas monárquicas hasta la ridiculez. Luis María, el novio de su hija, consigue atraer

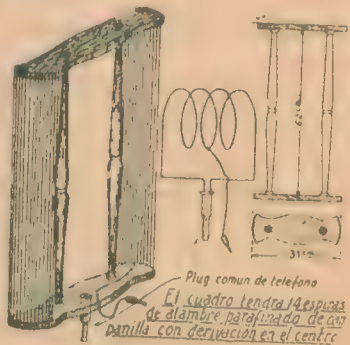
EL RECEPTOR SUPER HARTLEY

Hasta ahora hemos dado algunos circuitos de los más conocidos y cuyos resultados son probados como de los mejores, daremos ahora la modificación más importante que se ha hecho hasta ahora y que es la adición al circuito Hartley descrito en el número pasado, de una etapa de alta sintonizada.

En realidad no hay novedad alguna en el circuito citado, pues las etapas de alta frecuencia, hasta ahora no habían dado el resultado apetecido por muchas razones de orden técnico que no entraremos a enumerar, pero que en principio se debían a la dificultad de evitar las oscilaciones, propias de un circuito de alta frecuencia. El profesor Hazeltine hace dos o tres años descubrió un nuevo método para evitar las oscilaciones de las etapas de alta frecuencia e hizo un receptor que se denominó Neutrodine, es decir, neutralizado; desgraciadamente, el circuito tal como estaba construido no dió los resultados que de él se esperaban, pero la paciencia de los investigadores siguió preocupándose del punto y hoy la neutralización en la forma más o menos igual a la proclamada por Hazeltine, es universalmente utilizada en todos los receptores de radio con etapas de alta frecuencia.

El super Hartley no es, pues, nada más que un circuito Hartley, tal como el indicado en el número anterior al cual se le ha agregado una etapa de alta frecuencia sintonizada y neutralizada. Debe hacerse notar que el introductor de este circuito aquí es el Ing. P. Noizeaux, quien publicó en oportunidad los datos necesarios, de los cuales extraemos aquí los detalles principales.

El circuito citado se recomienda especialmente por su selectividad, sensibilidad, manejo y facilidad de construcción, además si se constru-



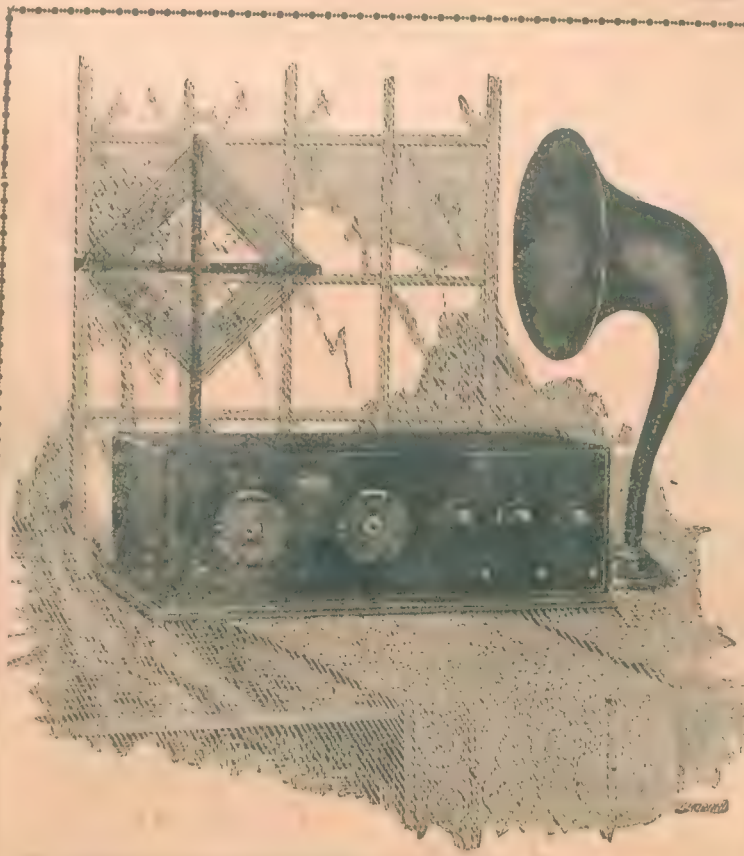
ye en la forma que se indica a continuación, el receptor puede utilizarse tanto para antena de cuadro como para antena aérea, lo cual es una gran ventaja cuando se trata de instalaciones en el centro de la ciudad.

El circuito y la fotografía ilustran ampliamente a la forma de construcción del receptor y por ello no haremos más que dar las indicaciones, para la adquisición de los distintos materiales.

El condensador C1 es fijo y su capacidad debe ser de 0.001 mfd, debiéndose cuidar que sea de buena marca y no esté en corto circuito. C2, C3 y C5, son condensadores variables de pocas pérdidas y de 23 chapas, lo que da una capacidad aproximada de 0.0035 mfd. C4 viene a ser el condensador de grilla que conjuntamente con la resistencia de grilla deberán ser de los



RADIOTELEFONIA



Es fácil, cómodo y agradable gozar de la radio con un **RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO**

Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador

Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ m/n. **220.-**

Pida detalles o una demostración sin compromiso a **MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181. - Buenos Aires**
La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

valores comunes, es decir el condensador de 0.00025 mfd. y la resistencia de 5 megohms o el valor indicado que depende de la lámpara empleada.

El pequeño condensador N, que se ve en el diagrama, es el que jue-

ga un papel muy importante en el receptor, pues es el que se llama de neutralización y está constituido por un pequeño condensador de los denominados mignon o vernier, de los cuales hay de varias marcas en el comercio. El ajuste de este

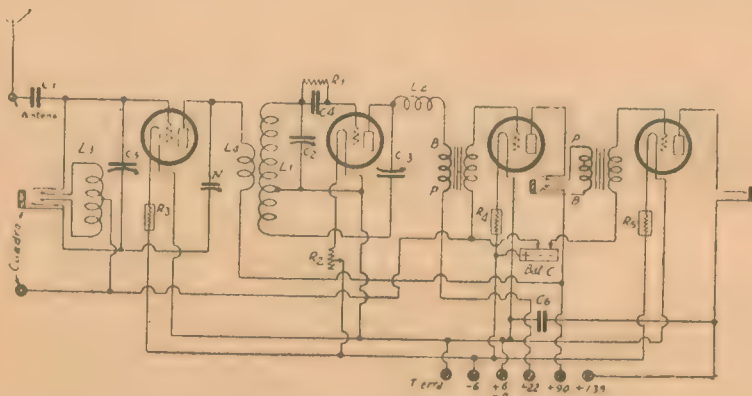


Fig. 1.—CONEXIONES DEL SUPER-HARTLEY

- | | |
|--|---|
| C1—Condensador fijo 0.1/000 MF. | L2—Honey comb. 400 v. |
| C2—Condensador variable de 0.35-1000 MF. | L3—Diámetro 3" largo 2 3/4", 47 vueltas alambre 0.5 mm. doble capa algodón con derivación a la espira 23 1/2. |
| C3—Condensador 0.35/1000 MF. | L4—22 vueltas alambre de doble capa algodón en el interior de L1. |
| C4—Condensador fijo de 0.25/1000 MF. | R1—Resistencia de 5 megohms. |
| C5—Condensador variable de 0.5-1000 MF. | R2—Resistencia variable de 20 ohms. |
| C6—Condensador fijo de 1 MF. | R3, R4, R5—Tubos "Ballast" o "Amperite" y según las válvulas empleadas. |
| N—Condensador variable, mignon de neutralización. | |
| L1—Diámetro 3" largo 4", 71 vueltas alambre de doble capa algodón con derivación a la espira 57. | |

condensador se efectúa de la manera siguiente: Para ello se sintoniza una estación de alrededor de 300 metros, que sea un poco lejana para poder así apreciar debidamente la diferencia de las señales. Se sintoniza lo más exacto que sea posible, teniendo cuidado de no forzar la reacción; luego se apagará la lámpara primera de la izquierda, que es la de radiofrecuencia, procediendo para ello a sacar el tubo balasto o de resistencia que sirve para regular el filamento, casi seguramente se seguirán oyendo las señales, aunque más débiles. Se procede entonces a hacer girar lentamente el condensador N de neutralización, hasta tanto las señales se hayan apagado completamente, lo que indica que el proceso de neutralización está cumplido. La prueba de que la neutralización es completa se efectúa volviendo a colocar el balasto en su sitio lo que indica que la lámpara se encenderá nuevamente, y entonces será posible percibir las señales más fuertes que nunca y que no se oirán chillidos, propios de la alta frecuencia que está oscilando.

Es posible que no se pueda obtener resultados con sólo esta operación, debiéndose entonces proceder en la forma siguiente: Con todas las lámparas encendidas y sintonizado una estación, muévase rápidamente el condensador de izquierda unos 5 a 10 grados de cada lado de sintonía, mientras que con la otra mano se hará girar el condensador de neutralización. En una cierta posición de este último se podrá mover el condensador de izquierda sin que varíe la sintonía, habiéndose llegado a neutralizar entonces el receptor.

Las bobinas son de construcción sencilla y está en la manos el fabricarlas, pero el comercio vende unas que tienen los valores exactos, por poco dinero, y hay conveniencia en adquirirlas. No obstante si alguno desea construir las, damos aquí los valores correspondientes. L1 diámetro 7,5 cm, largo 10 cms., 71 vueltas de alambre de 0,5 mm. doble capa algodón, se saca una derivación en la espira 57. L2 bobina Honey CVomb de 400 vueltas o 200 vueltas de alambre de 0.5 mm., en un tubo de 10 cms. L3 diámetro 7,5 cm., largo 7 cm., 47 vueltas de alambre de 0,5 mm., doble capa de algodón con una derivación en la espira 23 1/2. L4, 22 vueltas de alambre 0,5 mm. en el interior de L1.

R2 es una resistencia de 20 ohms y R3, R4 y R5 son resistencias ballast o Amperite, que dependen del tipo de lámpara usada.

Es posible que muchos aficionados deseen utilizar este circuito recibiendo con antena de cuadro y para ello está habilitado el receptor, pues por medio de un simple enchufe se desconecta la antena y queda colocado el cuadro, siempre que se sigan las indicaciones aquí especificadas.

Por medio del cuadro aquí descrito es fácil receptor las señales de las estaciones de Broadcastings, hasta una distancia de 50 kilómetros de las estaciones emisoras y con un volumen capaz de hacer accionar un altoparlante. El cuadro citado lleva 14 espiras de alambre parafinado de campanilla. Se debe tener, sin embargo, la precaución de arreglar un plug común, más una ficha en la forma que se ve en la figura, la cual es suficientemente explícita.

VINO NUEVO EN ODRE VIEJO

El popular Parra, que cocinaba por sí mismo sus platos del día, ha echado mano esta vez de un guiso recalentado, pero al presentárnoslo le ha dado tal aspecto de novedad que parecía recién hecho. Nos referimos al estreno de la pieza "El rey de los calaveras", traducción de una obra francesa que ya nos dió a conocer una compañía española en la versión castellana de Julián Bernat. Claro es que cualquier obra representada por Parra, nunca es la misma escrita por él o para él, ni aún para nadie. Parra al encarnar sus personajes les agrega tal cantidad de ocurrencias, chistes y filigranas, les da tanta vida y un sello tan personal, que resultan creaciones particularísimas y novedades aún para el mismo autor. Este es quizás el secreto del gran Parra, secreto de gran señor de la escena, que no sigue caminos trillados y que en cualquier momento improvisa y sorprende. Con esta pieza obtuvo uno de sus buenos éxitos de hilaridad, muy merecido.

BATACLAN PRIMAVERAL

El llamado género bataclanesco, casi lleva implícitamente la condición juvenil, porque mal se acompaña la calidad del espectáculo con la presencia escénica de rezagos pasados de moda o exhumados para dar impresiones de belleza y alegría. Por esto, la compañía batáclanica que ha debutado en el Sarmiento, llena bien su misión en lo que se refiere a la composición del elenco, constituido por gente de poca edad dentro del sexo bello y por gente de alguna experiencia en cuanto al sexo feo.

La revista "Nos tiramos un lance", responde a su título. No es como para que el público se dispute a bastonazos las localidades, pero tampoco puede considerarse como un espectáculo inferior, cuyo fracaso pueda temerse. Es una serie de cuadros de revista, algunos de ellos bien compuestos y otros de méritos más relativos, pero todos ellos están artísticamente vestidos y les da brillo y simpatía la presencia del núcleo femenino que está bastante bien de forma y movimiento.

Figuran entre las bellas del elenco: Soledad León, M. E. Borda, J. Farías y B. Farías, y de la otra parte están Giacobino, Ruggero y Mizín.

El público recibió con aplausos a este conjunto, que promete defenderse bien y salir airoso.

CARTEL RENOVADO

El cartel del Apolo fué totalmente renovado durante la semana anterior. Lo han ocupado dos piezas estrenadas con fortuna: "La vida comienza mañana", de Pablo Suro, y "Cancha, guapos", de Eleodoro Peralta.

La primera de dichas piezas, que el autor califica de novela escénica, es un episodio sentimental en la vida de un hombre alegre y despreocupado, que derrochó su juventud y su dinero en aventuras y amores fáciles, hasta que llega a un momento en que, arruinado por completo y sin perspectivas de rehabilitación, está a punto de eliminarse de un mundo que tan mal supo aprovechar, pero en esas circunstancias le tiende su mano generosa una mujercita sensible y

TEATROS

buena que injustamente había abandonado él durante sus correrías y ese amor que renace le salva de la catástrofe, para iniciar un nuevo período de serenidad y noble cariño.

No hay, como se ve, mucho fondo ni gran originalidad en el conflicto. Sin embargo la pieza es simpática y agrada al espectador por la forma discreta en que está desarrollada. Un personaje cómico, ameniza las escenas, haciéndolas más entretenidas.

Una interpretación esmerada por parte de la compañía del Apolo, contribuyó a que la obra saliera adelante con toda felicidad. Arata y Morganti, en los papeles principales, pusieron todo su empeño. Las actrices Notar y Bernal estuvieron muy bien. Merece especial mención el actor Corsini que cantó con mucho gusto el tango "No te engañes, corazón", bisado y largamente aplaudido antes y después del bis.

—La otra pieza estrenada y que se titula "Cancha, guapos", es un sainete criollo que tiene todas las características de esta clase de producciones, incluso el correspondiente tanguito. No obstante, prepondera en tal forma la nota cómica en toda la obra, que la parte sentimental queda relegada casi al olvido y no tiene eficacia ninguna, por lo que el tango que canta Corsini no llega al público en condiciones propicias. Desfilan por las escenas una cantidad de tipos populares, en su mayoría bravucones, cuyas incidencias divierten siempre al público, especialmente cuando tales personajes son encarnados por actores que gozan de simpatía.

Los elementos del Apolo dieron también a esa pieza una interpretación ajustada y eficaz.

ESTRENO MUIÑO

Fuó estrenada por la compañía de Enrique Muño, en el Buenos Aires, la pieza de Manuel Romero y L. Benard, titulada "Los muchachos de antes no usaban gomina".

Se ha tratado en esta pieza de establecer un parangón entre la muchachada porteña de 20 años atrás y la actual, radicando en el empleo de la gomina la característica diferencial, como síntesis de un proceso degenerativo muy discutible. Desde luego no creemos que los autores de esta pieza hayan tenido ni remotamente el propósito de convencer a nadie de la teoría vagamente esbozada por alguno de los personajes en cuanto a los méritos y valores de una y otra generación, pues aunque en ciertos medios acaso pudiera advertirse algún síntoma que pudiera dar la razón a tales apreciaciones, no está planteado el asunto ni se aportan en la obra elementos convincentes, como para darle el alcance de un alegato. La pieza no demuestra nada, pero divierte y entretiene, por más que se trate de un tema muy trillado, de escenas muy vistas, de personajes convencionales y de recursos un tanto explotados.

Enrique Muño tiene oportunidad de lucir ampliamente sus buenas cualidades de actor que sabe adueñarse de la escena creando tipos expresivos y llenos de vida. Tanto en su rol de muchacho aventurero y camorrista, como en el del viejo

criollo que lamenta la transformación de las costumbres y condiciones personales, alcanza un éxito personalísimo, aplaudiéndole el público con verdadero entusiasmo. Los demás componentes de la compañía del Buenos Aires cumplieron su cometido con todo acierto, destacándose Totón Podestá.

VIDA DE COMICOS

La vida trashumante y pintoresca de los cómicos que recorren mundo dando representaciones en donde pueden y logrando apenas comer cuando lo consiguen, en cambio de sus sueños de arte y de gloria, ha servido al autor español Federico Oliver para escribir una obra llena de emoción humana, que ha estrenado la compañía Plana-Díaz en el Avenida. Bien logrado el propósito, la obra llega al público con toda eficacia, a través de una interpretación muy acertada, en la que fué heroína principal la joven actriz Anita Díaz Plana, que encarnó el papel de la protagonista. Los demás elementos de la compañía actuaron con la corrección que ya le hemos reconocido.

FARANDULERIAS

En los círculos teatrales se escucha un ronco clamor que reclama en "sol menor": Concejales, concejales! Dije en "sol menor" y es cierto. Prudencia así no es derroche, pues si el que vive de noche grita en "sol mayor", va muerto. Razones? Yo no las sé, mas es rumor insistente la cultura de Vicente y el talento de José. Qué podrá hacer, Dios amante, un autor viejo o novel, sentado en un sillón del Concejo Deliberante? Mas ya sé de qué se trata y no han hecho "obra" mejor: dar un puesto a cada actor que se encuentre sin contrata.

OJEANDO LAS CARTELERAS

"Los guapos", "Cambios naturales", "El cabo Pinocho" y "Tenorio musical", son las últimas zarzuelas repuestas en el Mayo por la compañía Palmada, con mucho éxito.

—Más de cien y cerca de ciento cincuenta son las representaciones que llevan en el Maipo, "La mejor revista" y "Una hora de locura", respectivamente. Está por estrenarse en breve "Lo mejor de lo mejor".

—"Iris", de Mascagni, consiguió tantos aplausos en el Marconi que dió la impresión de ser una novedad.

ESTRENO EN LO DE RATTI

Fuó dado a conocer en el Smart por la compañía de los hermanos Ratti, un sainete grotesco de Manuel Sofovich, titulado "La familia tiene un héroe". Se trata de una producción bien intencionada, en la que juegan diestramente la parte sentimental y la cómica, dando un resultado que impresiona gratamente. El conflicto estriba en la argucia de un supuesto héroe de la guerra, que se hace pasar por tal

ante la familia, logrando en esa forma apoderarse del cariño y del respeto de todos, al extremo de convertirse en un pequeño tirano, a expensas de un hermano sobre el que hace recaer los más pesados e ingratos trabajos y cargas. Por fin, se descubre la ficción y el supuesto héroe es expulsado del hogar y queda rehabilitado el hermano sencillito y bueno.

Una interpretación excelente por parte de ambos Ratti y Chela Cordero, bien secundados por el resto de la compañía, realzó los méritos de la pieza, que obtuvo muchos aplausos.

PICARESCAS EN EL SAN MARTIN

Consiguió despertar la curiosidad del público, el anuncio de la temporada de teatro picaresco a realizarse en el teatro San Martín, por un conjunto de actores nacionales. A sala llena, se levantó el telón para representarse "Las aventuras de un tipo suertudo" y más tarde "Escuela de gigolós", piezas francesas adaptadas a nuestra escena y a nuestro ambiente. No tardó la gente en encontrar muy de su gusto el espectáculo, celebrando con francas expresiones de alegría las divertidas incidencias de una y otra obra, en las que abundan las situaciones escabrosas, pero tratadas con esa habilidad característica de ciertos autores franceses. En el cartel se anuncia que las representaciones de esa compañía no son aptas para señoritas, pero si bien es cierto que entre nosotros no ha sido cultivado el género y no está la gente acostumbrada a presenciar esas cosas, no es menos exacto que todo el mundo sin distinción de sexos ni edades, va a los teatros bataclaneros a presenciar exhibiciones que pueden afectar el pudor y la honra mucho más que las situaciones pecaminosas y los traspiés que cometen los personajes de ese género amable e intencionado que constituye el teatro picaresco y que está muy lejos de la pornografía. El conjunto del San Martín y en especial la Manchini y la Velázquez se portaron muy comedidos sin que por ello perdieran eficacia las piezas.

GRAN SPLENDID

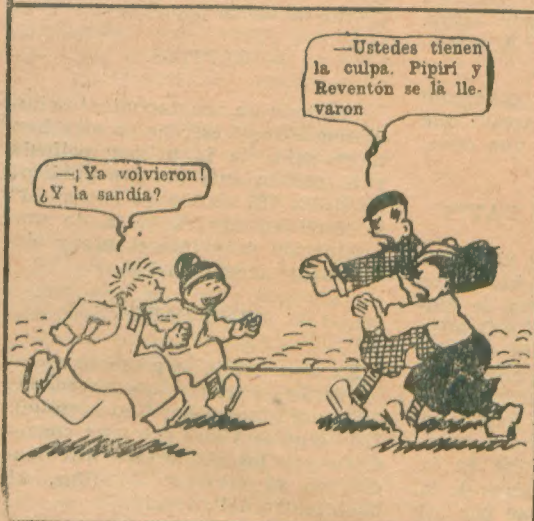
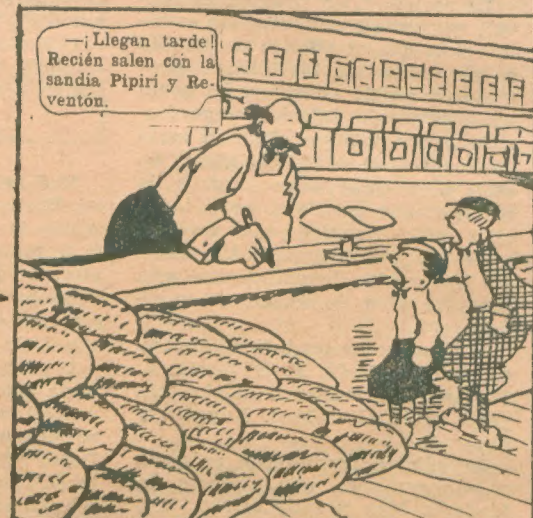
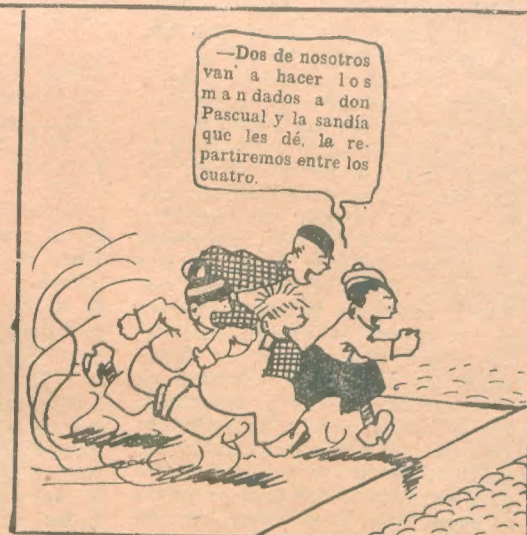
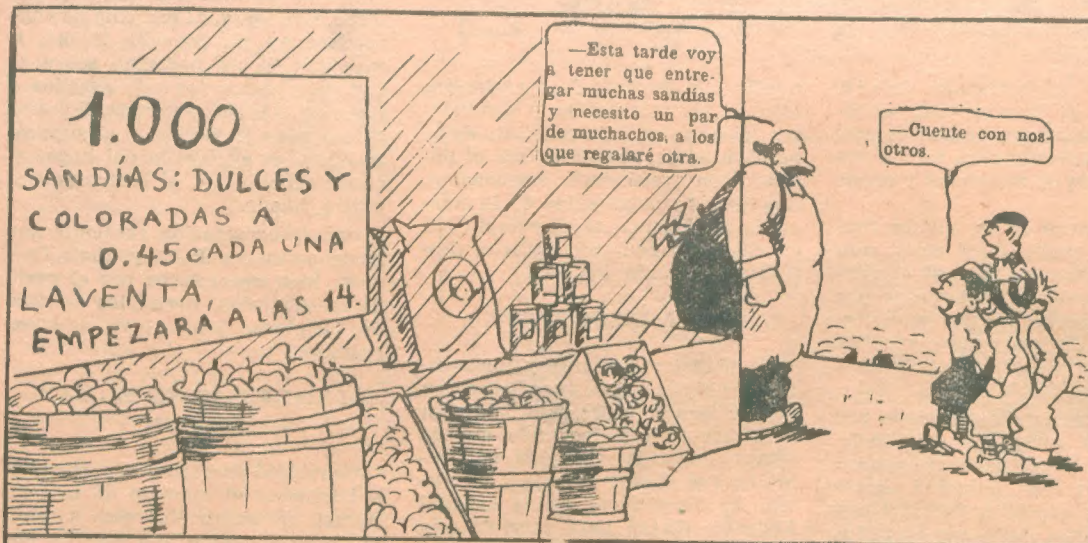
El concurso de tangos organizado por la casa Glücksmann, los que son ejecutados por la magnífica orquesta típica de Fresedo en esta sala, despierta cada día más interés. Ya se han dado a conocer algunos muy buenos, de esos que pronto se hacen populares.

CAPITOL

Fuó todo un acontecimiento cinematográfico el estreno en esta hermosa sala, de la primera película rusa pasada ante nuestro público. Se titula "El acorazado Potemkin" y efectivamente se trata de una producción muy interesante y técnicamente irreproachable.

CINE PARC

En el curso de la presente semana serán exhibidas las novedades más importantes del film mundial. Este cine está siempre muy concurrido por los numerosos aficionados, en su mayoría familias, al buen teatro del silencio.



Últimas creaciones de la moda femenina



TRAJES PARA LA TARDE Y LA NOCHE.—1. Modelo Iteb. — Traje de satén negro velado con tul bordado de perlas de nácar. Ancho cinturón de satén negro, anudado a un costado y echarpe suelta de tul bordada igual que la falda. — 2. Modelo Chantal. — Traje para teatro, de laminado plata, con ligero encaje negro. El delantero va adornado con un volante plata y flor de tono rosa. — 3. Modelo Chantal. — Traje para baile, compuesto de un cuerpo laminado, azul claro y oro, y de una falda de muselina de seda de tono azul pálido, orlada de oro. En el talle y en la cintura, grupos de mariposas en tonos claros.



Thais

Estas galletitas no sólo constituyen el deleite de los niños, sino que han logrado ya una aceptación decidida de parte de los mayores. Y es que el sabor semidulce de su masa, liviana y delicada, las hace igualmente exquisitas con el te como con café y licores.

Pídalas a su proveedor y así, luego, a la hora del te, habrá alrededor de su mesa un motivo más de franca satisfacción.

Se venden en todo el país

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires